ERLE STANLEY GARDNER



PERRY MASON

EL CASO DE LA TIA ENAMORADA

Una joven pareja ya comprometidos, el estudiante de leyes, ella secretaria de un bufete de abogados y que le paga los estudios, llegan a la oficina de Perry Mason para pedirle ayuda pues piensan que la tía de ella, enamorada de un hombre que conoció por correspondencia, piensa casarse con él y se ha ido con una gran cantidad de dinero. Perry pensando que es algo sin importancia los pasa a Paul Drake y la agencia de detectives pero las cosas empiezan a torcerse sobre todo cuando el supuesto embaucador, aparece muerto y las sospechas recaen en la tía enamorada… Perry tendrá que poner en marcha todo su ingenio para resolver el caso y salvar a su clienta…



Erle Stanley Gardner

El caso de la tía enamorada

Perry Mason - 69

ePub r1.1

Titivillus 16.01.2021

Título original: *The Case of the Amorous Aunt*
Erle Stanley Gardner, 1963
Traducción: Ramón Margalef Llambrich

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Guía del Lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

ANDOVER Ronley: Amigo de Montrose Dewitt, con el que vive en el mismo apartamento.
BRENT Howland: Encargado de los intereses de Lorraine Elmore y otras personas.
CALHOUN Linda: Sobrina de Lorraine Elmore.
CROWDER Duncan: Hijo, abogado, incidentalmente colaborador frecuente de Perry Mason.
DEWITT Montrose: Empleado de una entidad financiera.
DRAKE Paul: Jefe de una agencia de detectives privados y colaborador frecuente de Perry Mason.
ELMORE Lorraine: Tía de Linda Calhoun.
FREEMAN Belle: Antigua prometida de Montrose Dewitt.
KETTLE Horace: Médico.
LATTY George: Estudiante de leyes y prometido de Linda Calhoun.
MASON Perry: Abogado.
MARSHALL Baldwin: Fiscal del distrito en el condado de Imperial.
STREET Della: Secretaria de confianza de Perry Mason.

Prólogo

La autopsia es el archienemigo del criminal.

En los crímenes de tipo emocional la autopsia puede determinar hechos que ninguna subsiguiente elaboración logra nunca refutar.

En los crímenes cometidos «a sangre fría», por individuos dotados de gran inteligencia, que actúan con arreglo a un plan, impulsados por la codicia o el afán de venganza, el médico, guiándose por pistas nada evidentes para personas no adiestradas, es capaz de llegar al establecimiento de la verdad.

He aquí la razón de que yo, en estos libros de Perry Mason, haya intentado hacer ver al lector la importancia de la Medicina legal.

La Medicina legal es, desde luego, algo de ámbito internacional. En la ciudad de Méjico, por ejemplo, se efectúan aproximadamente tantas autopsias oficiales como en la de Nueva York.

El doctor Manuel Merino Alcántara, amigo mío, es subdirector del Instituto Forense Mejicano, profesor de Medicina Legal en la Universidad Nacional y editor de *El Médico*, revista similar al *Journal* de la Asociación Médica Americana, publicado en los Estados Unidos. Trabaja diligentemente para llegar a una colaboración internacional y a la comprensión mutua en el campo de la Medicina legal. A mí me ha facilitado una gran cantidad de informes y estadísticas.

Ése es el motivo de que dedique este libro a tan destacada autoridad dentro de Méjico en lo que a la Medicina forense atañe.

ERLE STANLEY GARDNER

Capítulo 1

Della Street, secretaria de confianza de Perry Mason, dijo:

—Una pareja de tórtolos se ha metido en la oficina sin haber concertado previamente una entrevista. Insisten en que lo suyo es cuestión de vida o muerte.

—¿Qué es lo que no resulta siempre cuestión de vida o muerte? —contestó Mason—. Si usted empieza a hacer cábalas con la idea de la vida perpetua, se verá obligada a aceptar el inevitable corolario de la muerte… Pero, bueno, ya me imagino que esa gente no sentirá mucho interés por mis filosóficas reflexiones.

—Esa gente —señaló Della Street—, se interesa exclusivamente por sí misma, por los gorjeos de los pájaros, el azul del firmamento, los reflejos de la luz de la luna sobre las aguas y el sonido del viento al tamizarse por entre las ramas de los árboles.

Mason se echó a reír.

—Esas cosas son contagiosas. Se está usted poniendo romántica, poética… Es evidente que se ha expuesto a contraer una enfermedad infecciosa… Bien. ¿Y qué diablos tienen que ver nuestros dos tórtolos con los servicios de un abogado especializado en casos criminales?

Della Street sonrió enigmáticamente.

—Les he dicho que usted les recibiría, a pesar de no estar concertada su entrevista.

—En otras palabras —dijo el abogado—: habiendo despertado la pareja su curiosidad, ha decidido despertar la mía. ¿Le anunciaron el motivo de su presencia en esta casa?

—Se trata de algo relacionado con una tía viuda y de un Barba Azul.

Mason se frotó las manos.

—¡Adjudicado! —exclamó.

—¿Les hago pasar? —preguntó Della Street.

—Inmediatamente —manifestó Mason—. ¿Cuál va a ser mi próxima visita, Della?

—Tendrá lugar dentro de quince minutos, pero puede usted demorarla cinco más. Es el testigo del caso Dewling, el que Paul Drake localizó.

Mason frunció el ceño.

—No quiero correr de ningún modo el riesgo de que abandone la oficina. Hágamelo saber en cuanto llegue, Della. Ahora, haga pasar a los tórtolos. ¿Cuáles son sus nombres?

Della Street consultó un bloc que llevaba en la mano.

—George Latty y Linda Calhoun. Proceden de una pequeña ciudad de Massachusetts. Es el primer viaje que hacen a California.

—Hágales pasar.

Della Street salió a la oficina de recepciones, regresando al cabo de unos segundos con la pareja.

Mason estudió sus figuras mientras se levantaba, saludándoles sonriente.

El joven tendría veintitrés o veinticuatro años. Era alto, bastante bien parecido. Llevaba unas patillas que medirían sus buenos cuatro centímetros. Sus negros y ondulados cabellos se hallaban perfectamente peinados.

La chica no tendría más de veintidós. Sus ojos redondos, muy azules, se presentaban abiertos hasta tal punto que daban a su rostro una expresión casi angélica.

Mientras miraban a Mason, ella buscó a tientas la mano de su acompañante, que por fin encontró. Se quedaron así ante la mesa, cogidos de la mano, la chica sonriente, el joven un tanto serio como consciente del paso que acababan de dar.

—Usted es George Latty —dijo Mason.

Él asintió.

—Y usted es la señorita Linda Calhoun.

La muchacha asintió también.

—Tomen asiento, por favor. Explíquenme ahora qué les pasa.

Los dos tomaron asiento. Linda Calhoun miró a George Latty, como si hubiese querido incitarle a que rompiera el hielo. Latty, sin embargo, siguió igual que antes, muy formal y sin mover la cabeza ni un milímetro.

—Ustedes dirán.

—Habla tú, George.

Latty se inclinó hacia delante, colocando las dos manos sobre el borde de la mesa del abogado.

—Se trata de su tía…

—¿Y qué le sucede a su tía?

—Pensamos que va a ser asesinada.

—¿Tienen ustedes alguna idea acerca de la identidad del criminal? —preguntó Mason.

—Desde luego que sí —declaró Latty—. Se llama Montrose Dewitt.

—¿Y qué saben ustedes acerca de Montrose Dewitt, aparte del hecho supuesto de ser un criminal en potencia?

Fue Linda Calhoun quien contestó la pregunta.

—Nada. Tal es lo que motiva nuestra presencia aquí.

—Ustedes, jóvenes, son de Massachusetts, ¿no?

—Cierto.

—¿Hace ya tiempo que se conocen?

—Sí.

—No quisiera ser indiscreto, pero… ¿puedo preguntarles si están comprometidos?

—Sí, en efecto.

—Perdónenme si les parezco impertinente, pero he de conocer ciertos datos para profundizar en el caso. ¿Ha sido fijada ya la fecha de su boda?

—No —respondió ella—. George es estudiante de leyes y yo… —la chica se ruborizó—. Yo le estoy ayudando en sus estudios.

—Comprendido. ¿Está usted colocada?

—Sí.

Mason enarcó las cejas, en silenciosa interrogación.

—Trabajo como secretaria en una firma de abogados —explicó la muchacha—. Solicité un mes de permiso para efectuar este viaje. Antes de iniciar el mismo pregunté a mi jefe por el mejor abogado de esta parte del país. Él fue quien me aconsejó que me entrevistara con usted.

Masón miró a Latty.

—Por lo que aprecio, han debido de venir juntos ustedes. ¿Viajaron en coche, en avión…?

—Yo vine en automóvil —dijo Linda—, en compañía de tía

Lorraine. George utilizó el avión cuando… cuando le telefoneé.

—¿Y cuándo ocurrió eso?

—Anoche. Él llegó esta mañana, celebramos un breve consejo de guerra y decidimos venir a verle a usted.

—Conforme —contestó Mason—. Ya poseemos los datos preliminares. Hábleme ahora de tía Lorraine. ¿Cuál es su apellido?

—Elmore. E-l-m-o-r-e.

—¿Señorita o señora?

—Señora. Es viuda. Se encuentra… Bueno. Se encuentra en una edad crítica.

—¿Cuál es la edad crítica para usted, señorita?

—Va a cumplir los cuarenta y ocho años.

—¿Y qué ha hecho? ¿Ha cometido alguna ligereza?

—Se encuentra como si hubiera perdido los estribos —dijo Latty.

Mason tornó a enarcar las cejas.

—Una cuestión de tipo amoroso —explicó el joven.

Mason sonrió.

—Ya me hago cargo… Las personas de veintiún años, o de veintidós, cuando se enamoran, obran de una manera perfectamente normal. Ahora bien, hay una edad para todo y me figuro que las que contando más años son víctimas de los flechazos de Cupido empiezan a dar evidentes muestras de insensatez.

Linda se ruborizó.

—Bueno, es que a esa edad —murmuró Latty, indeciso—, a esa edad… sí. Tiene usted razón.

Mason sonrió.

—Se ve en ustedes dos la arrogancia de la juventud. En fin, lo mejor que puede decirse de la juventud, quizás, es que no es ninguna enfermedad incurable. Así, pues, señorita Calhoun, su tío falleció.

—Sí.

—¿Hace mucho tiempo?

—Hará unos cinco años. Por favor, señor Mason, no se ría de nosotros. Todo esto es muy serio.

—Yo debiera decirle que su tía tiene perfecto derecho a enamorarse.

—Conforme, pero no en la forma que… —protestó Linda.

—Un aventurero se dispone a apoderarse de todo su dinero.

Los párpados de Mason se cerraron, casi.

—¿Es usted su único pariente?

—Sí —respondió Linda.

—Y, evidentemente, es usted también la heredera de todos sus bienes.

La joven volvió a ruborizarse.

Mason aguardó su respuesta.

—Sí, supongo que sí.

—¿Es una mujer rica su tía?

—Bueno… Vive sin apuros. Sí; su posición es bastante desahogada.

—En el transcurso de las últimas semanas —declaró Latty—, ha cambiado por completo su actitud. Solía ser muy afectuosa con Linda y ahora sus cariñosas demostraciones han sido borradas por obra de ese granuja. Ayer se produjo una discusión. Lorraine atacó a Linda, diciéndole que se volviera a Massachusetts y que dejara de entrometerse en su vida.

—¿Y cuáles son sus intereses directos en este asunto, señor Latty? —inquirió Mason.

—Pues… yo… yo…

—¿Está usted enamorado de Linda? ¿Espera casarse con ella?

—Sí.

—Quizás haya hecho cuentas, para el futuro, con los bienes de tía Lorraine, ¿no?

—¡En absoluto, señor! —exclamó George Latty—. Su pregunta me ofende.

—Le he hablado en esos términos porque de ir esto adelante surgirán personas que le planteen idéntica o parecida cuestión. Hasta es posible, incluso, que insinúen un tono burlón. Me figuré que lo mejor era que estuviese preparado, joven.

—Al que se atreva a formular esa cuestión le aplastaré la cara.

—Saldrá ganando si no pierde la paciencia. Bien, señorita Calhoun. Me gustaría conocer los detalles del caso. Comience a referírmelos por el principio.

—Tía Lorraine se ha pasado algún tiempo sola. Yo lo sabía y procuré mostrarme afectuosa con ella. No tiene más familia que yo e hice cuanto pude para que se sintiera a gusto.

—¿No tiene amigas?

—Pues… sí, pero… lo que se dice amigas de confianza, íntimas, no tiene.

—¿Usted se mantenía en contacto con ella?

—Le dedicaba casi todo mi tiempo libre, señor Mason… No olvide que yo trabajo. He de ocuparme de mantener en orden mi apartamento; he de atender a mi labor cotidiana. Me consta que tía Lorraine hubiera querido verme más a menudo y…

—Mucho de su tiempo libre se lo dedicaría, seguramente, también a George Latty…

—Sí.

—¿Le dolía eso a su tía?

—Le caía mal él.

—Muy bien. ¿Qué ha pasado con ese Montrose Dewitt?

—Ella le conoció por correspondencia.

—¿Se trata de algo relativo a los «corazones solitarios»?

—¡Cielos! No. No llega a ese grado de necedad con sus cosas. Tía Lorraine escribió a una revista, dando a conocer a su director sus puntos de vista personales acerca de un tema tratado en un artículo publicado en aquélla. La revista publicó la carta con su nombre estampado al pie, con la ciudad solamente… La calle y el número correspondiente a su domicilio no figuraban.

»El señor Dewitt le escribió y en la estafeta de correos completaron las señas llegando la carta así a su destinataria. Entonces ellos empezaron a cartearse.

—¿Qué pasó luego? —preguntó Mason.

—Tía Lorraine se mostró muy impresionada. No quería admitirlo, por supuesto, pero yo pude apreciar eso con toda claridad.

»Incidentalmente, le envió su fotografía, la cual, por cierto, databa de diez años atrás.

—¿Le correspondió él con su retrato?

—No. Le comunicó que llevaba uno de sus ojos tapados y que se sentía consciente a todas horas de tal hecho.

—¿Qué más?

—Luego, la llamó él por teléfono, en conferencia. Posteriormente sus conversaciones telefónicas eran frecuentes. Solía llamarla dos o tres veces por semana.

»Tía Lorraine no hacía más que decirme que se iba a tomar unas

vacaciones, que pensaba hacer un largo viaje en automóvil. A mí no me engañó, naturalmente. Yo sabía qué era lo que proyectaba. No ganaba nada con saberlo, sin embargo, porque nada podía hacer para desbaratar sus propósitos. Ya no le podía parar los pies, entonces. Las cosas habían llegado muy lejos ya. Ese hombre parecía haberla hipnotizado.

—Así, pues, usted decidió acompañarla.

—Sí.

—Perfectamente. Usted vino aquí con ella… ¿Qué sucedió después?

—Nos hospedamos en un hotel. Mi tía me dijo que iba a tenderse un rato. Yo salí con la intención de efectuar algunas compras. A mi regreso, descubrí que se había marchado. Sobre la cómoda había dejado una nota, advirtiéndome que podía estar de vuelta bastante tarde.

»Al regreso la acusé de haber ido a ver a Montrose Dewitt y ella se enfadó, diciéndome que no necesitaba señorita de compañía y que no toleraba que la tratase lo mismo que si se encontrara en la edad juvenil.

—Su actitud es perfectamente comprensible —comentó Mason.

—Lo sé —manifestó Linda Calhoun—. No obstante, hay otras cosas, otros factores inquietantes…

—¿Por ejemplo?

—Me enteré de que se había hecho los análisis de sangre prescritos para obtener la licencia de matrimonio y que había vendido muchas de sus acciones. Desprendióse también de unos bonos y se presentó aquí con unos treinta y cinco mil dólares en efectivo.

—¿No pensó en los cheques de viajeros?

—Sólo quiso traerse billetes, por lo visto.

—¿Y qué es lo que la llevó a proceder así?

—De eso sé yo tanto como usted. Me figuro que obedeció las instrucciones que Montrose Dewitt le daría por teléfono.

—Ese Dewitt parece ser un personaje bastante vago, bastante fantasmal —comentó Mason—. ¿Qué es lo que ella le ha referido sobre tal persona?

—Nada. Absolutamente nada. En tal aspecto, se ha mostrado muy misteriosa.

—Así, pues, ustedes discutieron anoche, ¿no?

—No. Eso fue ayer. Anteanoche fue cuando salió sola. Ayer me anunció que iba a estar ausente todo el día y que yo quedaba en libertad para hacer lo que quisiera. Pronuncié unas palabras y me parece que llegué a darle a entender que estaba enterada de lo del dinero.

—¿Cómo reaccionó?

—Se puso muy furiosa. Me dijo que hasta entonces había pensado que yo me preocupaba por ella porque le tenía afecto, pero que empezaba a ver que por lo que sentía interés era por lo que pudiera dejarme y que… En fin, se refirió a George en unos términos que yo juzgo inadmisibles.

—¿Cuáles fueron sus manifestaciones, concretamente? —quiso saber Mason.

—No me agrada repetir sus frases.

—¿Está informada de ellas George?

—Sí —declaró George—. En general, se entiende.

—La verdad es que no sabe nada —dijo Linda Calhoun.

—¿Le llamó su tía, por ejemplo, parásito y sinvergüenza? —preguntó Mason.

—Eso fue para empezar. A partir de ahí empleó otros epítetos peores. Dijo que si traía a colación el tema de los amigos, ella, al menos, tenía uno que sabía valerse por sus propios medios, siendo un hombre íntegro, que para andar por el mundo no se veía obligado a esconderse detrás de las faldas de una mujer… Luego…

»¡Oh, señor Mason! No pienso decírselo todo. Recurra usted a su imaginación y…

—Entonces, su tía le indicó la conveniencia de que usted se volviera a su casa, ¿no?

—Fue una humillante experiencia, créame. Mencionó la cantidad exacta que valía el viaje en avión, señalando que se trataba de un pasaje de primera clase, en «jet», invitándome a continuación a utilizarlo.

—¿Qué hizo usted?

—Tiré el dinero al suelo y anoche telefoneé a George. Seguidamente, le giré la suma que necesitaba para el desplazamiento, por vía aérea.

—¿Sacada de sus ahorros?

—Sacada de mis ahorros.

—¿Y es ésa la situación actual del asunto?

—Esa es la situación actual del asunto.

Mason manifestó:

—Mire, señorita… Su tía es ya una mujer entrada en años. Si a ella se le antoja…

—Sé lo que va a decirme —interrumpió Linda—. Yo no pienso entrometerme en sus cosas, haga lo que haga. Ahora bien, sí desearía saber algo acerca de Montrose Dewitt. Quiero proteger a mi tía, defenderla frente a él y frente a sí misma.

—Eso le va a costar algún dinero —objetó Mason—. Tendrá que sacar más dinero de sus ahorros.

—¿Cuánto?

—Una agencia de detectives privados de las buenas le cobrará alrededor de cincuenta dólares diarios más gastos.

—¿Cuántos días podría exigir la tarea por mí indicada?

—Sólo Dios lo sabe —contestó Mason—. Un detective, en determinadas circunstancias, es capaz de conseguir toda la información que busca en unas horas. A veces, la misma labor se le lleva un día; otras, una semana y, en ocasiones, un mes.

—No podría resistir todo un mes en ese plan, pero sí… Bueno, yo creo que podría gastarme doscientos dólares… Claro, hay que pensar también en sus honorarios.

—A mí no me necesita —declaró Mason—. En el caso no hay nada relacionado con cuestiones de tipo legal. Usted no sostiene que su tía sea incapaz de cuidar de sus asuntos; usted no alega que esté mal de la cabeza, ¿verdad?

—Cierto. Ella, simplemente, se encuentra en una edad peligrosa y se ha enamorado.

Mason sonrió, diciendo:

—Siempre que una persona se enamora dícese de ella, automáticamente, que está en una edad peligrosa. Bien. Por lo que yo he entendido, usted lo que desea es contratar ahora los servicios de un detective privado, ¿no?

—Sí. Y si usted ha visto que no vamos mal encaminados… Me consta que hay muchos detectives privados, los cuales… Quiero decir que unos son mejores que otros.

—Usted desea el mejor, ¿verdad?

—Sí.

Mason hizo una seña a Della Street.

—Por favor, Della… Llame a la Agencia Drake de Detectives. Pregunte por Paul Drake y pídale que venga.

Mason se volvió hacia sus visitantes.

—Paul Drake —explicó— tiene sus oficinas en esta planta. Hace años que la Agencia que lleva su nombre se encarga de mis asuntos. En Paul Drake verán un hombre competente y honesto.

Unos momentos después sonaron en la puerta los golpecitos clave con que acostumbraba anunciarse Drake. Della se apresuró a abrir aquélla y Mason procedió a efectuar las presentaciones de rigor.

Paul Drake, hombre de gran talla, un tanto desgarbado, inspeccionó a la pareja detenidamente, tomando asiento.

—Te resumiré en pocas palabras lo que pasa, Drake. Linda Calhoun y George Latty se hallan prometidos. Linda tiene una tía, Lorraine Elmore, de cuarenta y siete años, viuda. La señora Elmore inició una correspondencia con un hombre llamado Montrose Dewitt y parece ser que éste ejerce una gran influencia sobre ella. Se ha hecho los *tests* reglamentarios sanguíneos, con el propósito probablemente, de obtener una licencia matrimonial. Linda y su tía se presentaron aquí en plan de vacaciones. Su tía lleva consigo una suma de dinero que asciende, quizás, a los treinta y cinco mil dólares. Ella y Linda discutieron. La señora Elmore dijo a su sobrina que se marchara a su casa. En lugar de proceder así, Linda giró dinero a George Latty para que se le uniera aquí. Quieren salvar a su tía de sí misma. Viven en Massachusetts.

»Pretenden hacerse con todos los informes que puedan sobre Montrose Dewitt. ¿Qué puede costar eso?

—Lo ignoro —contestó Drake—. Mi tarifa es de cincuenta dólares por día —miró a Linda Calhoun—. ¿Tiene usted las señas de ese hombre?

—Sí. Vive en los Apartamentos Bella Vista, en Van Nuys.

—¿Posee alguna fotografía suya?

—No.

—Antes de aceptar su encargo he de averiguar si se trata de algo de auténtica importancia. No quiero experimentar la sensación de que la estoy robando.

—¿Considera usted el crimen una cuestión importante, señor Drake?

El detective sonrió.

—Sí —respondió.

—Eso es lo que me preocupa —dijo Linda Calhoun—. Deseo impedir que se cometa un crimen.

Drake comentó:

—Tengo la impresión de que usted, últimamente, se ha dedicado a la lectura de revistas especializadas en asuntos policíacos.

—Efectivamente —manifestó la joven—. Y no crea que me avergüenzo de ello. Opino que todos los ciudadanos que viven dentro de la ley debieran estar enterados de los riesgos que corren en el seno de la sociedad civilizada. Uno de los problemas con que se enfrenta la organización de justicia es éste: el ciudadano medio no posee una idea exacta acerca de las criminales amenazas de que es objeto por parte de los delincuentes.

—Ha dado usted en el clavo —convino Drake, estudiando a la muchacha pensativamente.

—¿No cree usted que es una circunstancia que infunde sospechas el hecho de que tía Lorraine lleve consigo treinta y cinco mil dólares en efectivo?

—Me parece una necedad. Puedo pensar también que se ha enamorado…

—¿Enamorado de un individuo completamente desconocido? —subrayó Linda.

—Conforme —manifestó Drake, sonriente—. Ha ganado usted. ¿Quiere que me ocupe de ese hombre llamado Montrose Dewitt?

—Es lo que deseo, de serle posible. Por lo menos… durante… ¿ponemos dos días?

—Dos días, de acuerdo.

Linda se volvió hacia Mason.

—¿Cree usted que debo poner todo esto en conocimiento de la policía?

—¡No, por Dios! —exclamó Mason—. Eso es como si se decidiera a azuzar el avispero. Me parece una idea magnífica, en cambio, poner al corriente de la situación, con todo género de detalles, a Paul Drake… Y ahora, si me perdonan… Tengo una cita importante.

—¿Cuánto le debemos, señor Mason?

Los labios de aquél se distendieron en una sonrisa.

—Nada, todavía. Pero manténganse en contacto conmigo y yo haré lo mismo con Drake. Él les facilitará los informes que precisan.

Drake dijo:

—Vamos a trasladarnos a mi despacho, para que me den cuenta de todo desde el principio. Deseo conocer algunos datos sobre su tía, señorita Calhoun, y cuanto sepa acerca de Montrose Dewitt.

Capítulo 2

Poco antes de mediodía, Della Street, contestando al teléfono, se volvió hacia Mason, diciendo:

—Hay otra cosa con respecto al Caso de la Tía Enamorada.

Mason enarcó las cejas, inquisitivo.

—Un hombre llamado Howland Brent desearía verle a usted en seguida para tratar de una cuestión de la máxima importancia, relacionada con los asuntos de Lorraine Elmore.

—¿Cómo ha sido el recurrir a mí? —inquirió Mason.

—Por lo visto, Linda Calhoun le dijo que usted la representaba.

Mason frunció el ceño.

—Ya le dije que no necesitaba los servicios de un abogado. Procedí así para que dedicara todo el dinero de que dispusiera a los que podría prestarle la Agencia Drake.

—¿Entonces? —preguntó Della Street—. ¿Va a ponerle en relación con Paul Drake o…?

Mason consultó su reloj de pulsera.

—Antes de irme a comer dispongo de quince minutos, Della. Eche un vistazo a ese hombre. Si el lío que se trae entre manos es algo del tipo corriente, envíelo a Paul Drake. Si usted tiene la impresión de que hay por en medio algo que vale la pena, vuelva y hágamelo saber y le dedicaré ese cuarto de hora.

Della Street asintió, deslizándose hasta la oficina de recepción. Estuvo fuera cinco minutos. Al volver, declaró:

—Me parece que es mejor que le vea usted, jefe.

—¿Cómo ha venido hasta aquí?

—Por vía aérea, desde Boston. Se ocupa de los asuntos de tipo financiero de Lorraine Elmore. Está encargado de vigilar sus inversiones y se siente preocupado.

—¿Muy preocupado?

—Mucho. Por eso eligió el avión para efectuar el

desplazamiento.

Mason se quedó pensativo.

—Todo el mundo da más importancia que yo a la situación, tal como se encuentra planteada. ¿Qué aspecto tiene ese hombre, Della?

Della Street respondió, hablando lentamente:

—Verá… Tendrá cuarenta y tantos años de edad… Sí. Está muy próximo a la cincuentena. Es alto, delgado, de espalda estrecha, pequeña cintura, pómulos salientes y mejillas hundidas. Adorna su labio superior un breve bigote y se toca con uno de esos sombreritos que usan los hombres del Este, con unos cuatro centímetros de ala. Lleva un traje corriente de lana y calza zapatos de gruesas suelas, siendo portador de un bastón.

—En resumen —contestó Mason, sonriendo—: tiene el aspecto que usted esperaba que tuviera.

Della Street, también sonrió.

—¿Le veremos, entonces?

—¡No faltaba más! —exclamó Mason—. Le veremos.

Della Street abandonó el despacho para regresar inmediatamente en compañía de Howland Brent.

—Le presento al señor Mason, señor Brent —dijo la joven.

Brent se colgó el bastón del brazo izquierdo, avanzando hacia la mesa de Perry Mason con su huesuda mano extendida.

—¿Cómo está usted, señor Mason?

—Siéntese, por favor. Dispongo solamente de unos momentos. Mi secretaria me ha dicho que deseaba referirse a un asunto relacionado con Lorraine Elmore.

—Tal vez deba presentarme aportando más datos sobre mi persona —repuso Brent—. Sin embargo, procuraré explicarme con la mayor brevedad posible.

Mason captó la mirada de Della Street.

—Adelante.

—Perfectamente. Soy representante y consejero en materias de finanzas. Tengo varios clientes que me han dado carta blanca en cuanto se refiere a sus intereses. Hago inversiones. Alivio a mis representados de todos los detalles financieros, reduciendo la cosa a una cuenta corriente que tienen abierta, cada uno a su nombre, en los bancos de su preferencia. De cuando en cuando, por supuesto,

les facilito informaciones.

»Cuando mis clientes necesitan dinero recurren a mis servicios, sea cual sea la cantidad que precisen. Cada treinta días remito por correo un estadillo en el que reflejo sus inversiones. Naturalmente, mis favorecedores se reservan la facultad de disponer de los fondos en última instancia. Si el cliente desea que yo venda ciertos valores, los vendo. Si el cliente desea que compre, yo compro.

»He de señalar con orgullo, sin embargo, señor Mason, que a lo largo de los años he conseguido muy saneados beneficios para aquellos que me favorecen con su confianza. Mi clientela es muy selecta… Tiene que ser también, a la fuerza, limitada, porque en cuestiones de este género no creo en la delegación de poderes. Soy yo quien toma las decisiones que es conveniente tomar, si bien las mismas se hallan basadas en una serie de detallados análisis del mercado de valores, siendo éstos, desde luego, preparados por expertos.

Mason bajó la cabeza.

—Nunca me atrevería a atentar contra la confianza que ha depositado en mí un cliente, señor Mason. Salvo, naturalmente, que hubiese de por medio algo francamente vital. Entiendo que he llegado a una situación de este tipo.

—Es lo que yo he entendido después de haber hablado con Linda Calhoun —corroboró el abogado.

—Sí. También yo hablé con ella. Pero he de señalar que mi charla con Linda Calhoun fue una consecuencia de las sospechas por mí concebidas.

Mason asintió.

—Como las relaciones que sostengo con mis clientes son altamente confidenciales y personales, las diversas personas que represento me conceden poderes de abogado. Y, de cuando en cuando, si lo estimo necesario, me aseguro cualquier información que pueda precisar de sus depositarios financieros.

»En este caso particular existen ciertas instrucciones… Cuando la cuenta corriente desciende hasta determinada cantidad, el banco me lo notifica y yo entonces hago un depósito para mantener el saldo mínimo. Raras veces se presenta tal situación. Ahora bien, han surgido ocasiones, cuando mis clientes se hallaban viajando, por ejemplo, en que me he visto obligado a efectuar depósitos de

fondos.

»Puedo afirmar que la señora Elmore posee un sentido de las finanzas muy bueno. En cambio, su sentido matemático adolece de algunas deficiencias. Hace gastos frecuentes sin fijar con precisión el estado de su cuenta.

»Cuando la señora Elmore me comunicó que se trasladaba en su coche a la costa occidental, yo me limité a efectuar una anotación normal. He de decir que poco antes de haber proyectado este viaje me pidió que depositara una suma sustancial de dinero en su cuenta corriente. No revelaré la suma exacta, pero sí diré que me pareció excesiva. Me consideré obligado a recordarle que se produciría una inevitable pérdida de intereses, ya que las cuentas comerciales son prácticamente improductivas. Se me dijo que no me preocupara por tal extremo, que me limitara a vender los valores indispensables a fin de ingresar en la referida cuenta la suma señalada.

»¿Me comprende usted, señor Mason?

—Creo que voy un párrafo por delante de usted —contestó el abogado—. Sospecho que la señora Elmore entregó algunos cheques, por lo cual su cuenta bancaria descendió hasta el mínimo. Entonces el banco le puso sobreaviso; usted se quedó asombrado; usted utilizó sus poderes de abogado, averiguando que la señora Elmore había retirado una elevada suma en metálico.

El gesto de Brent fue de auténtica sorpresa.

—He ahí una deducción de indudable mérito, señor Mason.

—¿Precisa?

—Precisa, sí.

—¿Y por qué ha decidido venir a verme?

—He venido aquí para consultar con la señora Elmore. Llegué al aeropuerto hace un par de horas. Visité el hotel en que ella se hospeda, descubriendo que había salido y que su sobrina, la señorita Calhoun, se encontraba allí. Mas yo no me confié a la joven por completo, le hice saber que venía a arreglar una cuestión muy urgente. La señorita Calhoun no fue tan reservada como yo…

—¿Hablándole de Montrose Dewitt?

—Exactamente.

—¿Y por qué decidió venir a verme? —insistió Mason.

—Quería que usted poseyera cierta información, la que ha deducido… El hecho de que yo no haya tenido que comunicársela

directamente es una gran satisfacción para mí, que he hecho siempre honor a la reserva que me exigen los clientes.

»No hay que perder de vista que la situación se presenta delicada. Yo quisiera, señor Mason, que me tuviese al corriente de cuanto fuese averiguando acerca de mi cliente y del señor Dewitt.

Mason movió la cabeza a un lado y a otro.

—¿No puede ser? —preguntó Brent.

—No.

—¿Quiere usted decir que es imposible?

—Quiero decir que no es aconsejable —manifestó Mason—. En primer lugar, no se da aquí la relación de abogado-cliente. Y luego, que yo me he limitado a recomendar una agencia de detectives eficiente. Con quien debe usted de ponerse en contacto es con Linda Calhoun. Conseguirá la información que usted necesita manteniéndose en contacto con ella.

Brent se puso en pie, quedándose en actitud reflexiva unos segundos.

—Ya comprendo —dijo por fin—. Usted no puede facilitarme la información que necesito. Posee en cambio la que yo deseaba que llegara a sus manos. Gracias. Buenos días.

—Buenos días.

Brent se encaminó con aire muy digno hacia la puerta que utilizara para entrar en el despacho.

Mason dijo:

—Puede usted usar la puerta directa de salida, si lo prefiere, señor Brent.

Brent se volvió, inspeccionando detenidamente el despacho, descolgándose el bastón del brazo izquierdo y echó a andar en la dirección que le había sido señalada, rumbo al pasillo.

Nada más ir a adentrarse en el mismo, volvióse de nuevo para decir:

—Gracias, señor Mason… Gracias, señorita Street.

Llevóse el sombrero a la cabeza. Cerró la puerta con todo cuidado a su espalda.

Mason miró a Della Street, sonriente.

La joven echó un vistazo a su reloj.

—Dispone usted de tiempo suficiente para la comida —dijo la señorita Street.

Mason denegó con un movimiento de cabeza.

—Aguardaré treinta segundos todavía —manifestó—. Metido en la misma cabina del ascensor que Howland Brent me vería forzado a trabar conversación con él. No lo puedo remediar, Della: las charlas de ascensor me revientan; sí: las encuentro odiosas.

Capítulo 3

Eran casi las tres de la tarde cuando se oyeron en la puerta del despacho de Mason los golpecitos de costumbre con que Drake anunciaba su presencia siempre.

Perry Mason hizo un gesto y Della Street se apresuró a abrir la puerta.

—Gracias, guapa —dijo Drake.

—¿Qué noticias hay, Paul? —inquirió Mason—. ¿Vais a alguna parte con el asunto del Barba Azul?

Drake parecía estar serio.

—Lo más probable es, Perry, que esa gente no ande equivocada…

—A ver, explícate.

—Dewitt tiene abierta una cuenta bancaria. Ésta ascendía a unos quince mil dólares. Extendió un cheque que la saldaba y notificó a la administradora del edificio en que se halla su apartamento que, posiblemente, estaría ausente un mes o seis semanas, pagando dos meses de alquiler por adelantado. Vendió su coche y subió a un automóvil en compañía de una mujer de buen aspecto. Parecían hallarse un tanto nerviosos. La parte posterior del vehículo albergaba algunos equipajes y la placa de la matrícula era de Massachusetts.

—¿No te has podido hacer con el número?

—No. Solamente con el Estado.

—¿Qué averiguaste acerca de él?

—Vive en esa casa por apartamentos, en la de Bella Vista, la situada en Van Nuys, desde hace catorce meses. Es un individuo de porte brioso y lleva un ojo tapado. Nunca ha explicado a nadie cómo lo perdió.

»Nadie sabe qué es lo que hace exactamente. Al parecer actúa como agente de un fabricante. Se desplaza, se aísla bastante y no se

le ha conocido jamás una amiga.

»La administradora del edificio se siente preocupada en tal aspecto. Existen dos tipos de inquilinos que le preocupan por igual, los que se ven siempre entre faldas y aquellos que se apartan radicalmente de ellas.

»Supone que todos los ocupantes del inmueble son personas respetables. Cuando alguien tiene un escarceo amoroso con un individuo del sexo contrario pretende no advertirlo… Naturalmente, suele estar siempre al cabo de la calle en cuanto a lo que sucede a su alrededor.

»Mira con extraordinario recelo a los inquilinos solitarios (a los solteros, particularmente), a los que no tienen relación con chicas. Estima tal estado de cosas anormal y… En fin, ya comprenderás lo que pasa.

—Lo comprendo —respondió Mason—. Oye, Paul, ¿y tú no sabes adónde se encaminó la pareja?

—Todavía no. Ya me enteraré, sin embargo. Dispongo de unos hombres que trabajan ese aspecto del problema.

—¿Has dicho que se trataba de una mujer de buen ver?

—Me figuro que no será ninguna pollita, por lo que me han contado, pero que tenía una buena figura. ¿Te imaginas ya la situación? Nos enfrentamos con una viuda que ha vivido varios años en plena soledad. Se siente demasiado joven para permitir que la arrinconen definitivamente. Conoce a un hombre que se interesa por ella como mujer y se anima… De repente, empieza a vivir una fantástica y romántica novela, empieza a vivir una segunda primavera…

Mason pensó unos segundos en la información que acababa de facilitarle Drake.

—He querido comunicarte esto, Perry —terminó Drake—, para que veas que las sospechas de Linda pueden tener algún fundamento serio.

—Las de Linda —corrigió Mason, sonriendo—. Las de George Latty.

—¿Crees que está él detrás?

—Yo diría que sí. Yo afirmaría que fue él quien provocó la presente crisis.

—Bueno. He de comunicarte —manifestó Drake— que me

repugnaba tomar el dinero de Linda… Comprendí, sin embargo, que acabaría dirigiéndose a otra agencia si yo no me hacía cargo del trabajo, pensé que tal vez se me deparara la oportunidad de solucionarlo todo rápidamente, que no me costaría nada hacerme con unas cuantas referencias sobre Dewitt, haciéndole saber de paso que su vida estaba siendo objeto de una investigación.

Mason asintió.

Drake prosiguió diciendo.

—Uno de mis hombres se metió en el apartamento de Dewitt. Permaneció en él por espacio de tres horas, espolvoreando el lugar, en busca de huellas dactilares. ¿Querrás creer que no encontró ni una en todo el apartamento?

—¿De veras?

Mason frunció el ceño.

—Lo que te digo: ni una.

—Pero… no puede ser. Eso quiere decir…

—Exactamente —manifestó Drake al ver que Mason se interrumpía—. Eso ha sido una cosa deliberada. Alguien ha cogido una gamuza o un trapo para el polvo, repasando todos los puntos susceptibles de recoger alguna huella dactilar. El botiquín del cuarto de baño ha sido revisado así como los grifos de la cocina, el frigorífico, las cosas que éste contiene…

Los párpados de Mason se cerraron casi por completo.

—Luego —prosiguió diciendo Drake— localizamos el coche que Dewitt vendió. Tiene cinco años y desde el punto de vista de su mecánica se halla en buen estado. Un comerciante que se dedica a traficar con automóviles de segunda mano le dio por él ochocientos cincuenta dólares.

»Mi ayudante se las arregló para que le permitieran buscar huellas dactilares en el vehículo. Inventó un pretexto: dijo que deseaba localizar las huellas digitales de un hombre que Dewitt había llevado en su coche para hacerle un favor.

»Nada, Perry, no encontró ni una…

—¿Ni siquiera en la parte posterior del espejo retrovisor? —inquirió Mason.

—En ninguna parte del automóvil. No había huellas dactilares por ninguna parte, Perry. Mi ayudante formuló algunas preguntas, descubriendo entonces que Dewitt había tenido las manos

enfundadas en sus guantes durante la operación de venta del vehículo.

»Tocamos otro punto: reconstruimos la historia de aquél. Dewitt se lo compró a otro comerciante de automóviles usados al trasladarse a Van Nuys, hace poco más de un año.

—¿Cómo surgió la idea de inspeccionar el coche?

—Porque no había nada más que inspeccionar —declaró Drake —, y yo deseaba a toda costa hacer algo. Yo quería averiguar lo que fuera sobre ese hombre. Me hallaba dispuesto a avanzar en cualquier sentido, en el primero que se me ocurriera.

»He aquí ahora algo muy particular, Perry. Dewitt se ausenta con frecuencia; está fuera la mayor parte del tiempo. Se supone que anda por esas carreteras. Se le supone agente de un fabricante. Veamos, sin embargo. Él adquirió su automóvil hace trece meses. El comerciante de vehículos usados lleva al día sus libros. Claro, hubo que molestarse para ahondar en sus apuntes, para analizar los mismos. La razón de que se muestre cuidadoso en sus anotaciones radica en el hecho de vender los coches con garantía. El cuentakilómetros del de Dewitt había rebasado la cifra de cuarenta y ocho mil trescientos al ser entregado el vehículo a su nuevo dueño. En la actualidad, el cuentakilómetros marcaba cincuenta y un mil trescientos… Hay una diferencia de tres mil…

Mason arrugó el entrecejo.

—En otras palabras —resumió Drake—: el coche ha tardado en hacer esos tres mil kilómetros trece meses. Estudia eso con atención.

Mason reflexionó.

—Y se dice de él que viaja mucho…

—Sí.

—La cosa no cuadra bien —manifestó Mason—. ¿Estás seguro de todo lo que respecta al kilometraje?

—¡Y tan seguro!

—Es que el cuentakilómetros pudo haber sido vuelto a cero. O tal vez se ha instalado otro nuevo…

—Supongamos esto último… En ese caso, la cuenta habría empezado a partir de cero. Supongamos que se le diera la vuelta… Mi pregunta es entonces: ¿por qué se procedió así? Y, además: ¿quién lo hizo?

—Pudo haberlo hecho Dewitt para lograr una venta más provechosa.

—Tienes razón —reconoció Drake—. Por eso hicimos revisar el cuentakilómetros a un mecánico. No existe en él ningún indicio que revele que recientemente ha sido tocado. El mecánico nos dijo que de no ser así habría descubierto forzosamente alguna huella.

—Ya me imagino que veríais los registros de licencias matrimoniales —dijo Mason.

—En efecto. Y encontramos una a nombre de Montrose Dewitt y Belle Freeman, que data de hace más de dos años. Parece ser, no obstante, que ese matrimonio no se celebró nunca.

»Me hice con las señas y el número de teléfono de la señorita Freeman, pero mis hombres no han logrado dar con ella. Nadie atiende al teléfono. Con todo, yo pasé esa información a Linda Calhoun. Me notificó que había estado intentando ponerse al habla con Belle Freeman, también por teléfono.

»Claro que una licencia matrimonial no significa nada. Es decir, tú no puedes acusar a una persona de bigamia basándote exclusivamente en una licencia, en tal documento. Pero la cosa está en manos de mis hombres y ellos acabarán localizándola a no tardar mucho. Linda, probablemente, averiguará su paradero. En este momento, Belle Freeman parece ser nuestra mejor pista.

Mason adoptó de pronto una decisión.

—Bien, Paul —dijo—. Dedica más hombres a esa tarea. Vamos a saber dónde está Dewitt encontrando el automóvil con la matrícula de Massachusetts. No habrá de sernos muy difícil conseguir nuestro propósito. Echa mano a los hombres que requiera el asunto y envíame la factura de gastos.

»Extenderás a nombre de Linda Calhoun otra por dos días de investigaciones, a cincuenta dólares por día. Ella no habrá de enterarse de mi contribución al caso.

»Creo que me he desentendido del asunto con excesiva ligereza, considerándome en cierto modo responsable de cualquier desgracia que en el futuro pueda sucederle a tía Lorraine. Creo que no estaría nada mal que a Linda le costara doscientos dólares descubrir que su tía es todavía relativamente joven y que puede aún enamorarse. Supondría una buena lección para ella… Es así como se decidirá a dejarla en paz, restableciéndose el vínculo de cariño que existió

siempre entre las dos. Sin embargo, creo que lo que hemos de hacer es movernos.

—Desde luego —indicó Drake—, pudiera tratarse de una coincidencia, pero el planteamiento general…

—¡Coincidencias, coincidencias! —le interrumpió Mason—. En esta clase de actividades no se puede pasar por alto lo evidente. No hay que pasar por alto nada.

»Manos a la obra, Paul. Prueba de averiguar dónde están. Dispón de los hombres que hagan falta para vigilar los moteles…

—No te preocupes, Perry. Eso queda de mi cuenta. Te estás comportando como un aficionado. Costaría una fortuna colocar bajo vigilancia todos los moteles e intentar localizar un automóvil grande con matrícula de Massachusetts.

—¿Por qué otros medios te comprometes a encontrarlos?

Drake sonrió, burlón.

—No tienes más que pensar en la humana naturaleza.

El detective se volvió hacia Della Street.

—¿Qué haría usted, Della, de encontrarse en el lugar de esa mujer?

—Aplazaría todo lo que pudiera la hora de salida con objeto de pasar unas horas en cualquier salón de belleza —contestó Della sin vacilar.

Drake volvió a mirar a Perry.

—Ya lo ves, Perry. En los asuntos de este tipo siempre tratamos de averiguar cuál es el salón de belleza frecuentado por la mujer de turno. Tal tarea, habitualmente, no se presenta muy difícil y el salón de belleza clásico suele ser una mina de oro desde el punto de vista informativo. Una mujer metida en una aventura amorosa, que pasa dos o tres horas en un salón de belleza está deseando confiar sus últimas impresiones a alguien, a la joven que la atiende, por ejemplo, o a otra cliente de la casa. Nada tiene de raro en tales circunstancias que se le escape alguna que otra cosa interesante.

»Te quedarías sorprendido si pudieras apreciar directamente lo que llegan a oír las chicas que trabajan en los salones de belleza. Te sorprendería también ver con qué facilidad saben relacionar unos datos con otros.

—Está bien —contestó Mason—. Vigila esos lugares.

—El que a nosotros nos importa ya está sometido a vigilancia,

Perry —manifestó Drake—. No fue difícil averiguar a dónde había ido. Estoy esperando unos informes que pueden llegar ya de un momento a otro.

Mason echó hacia atrás su sillón giratorio, levantóse y comenzó a pasear de un lado a otro de la habitación.

—Lo que más me irrita, Paul, es que subestimé los peligros que en potencia sugería la situación. Si vamos al caso, me encontraba enfadado ante George Latty. Estudia leyes, pero no se abre camino en el centro a que pertenece actualmente. Permite que Linda le auxilie y cuando ella le telefoneó para comunicarle que había tenido una desagradable discusión con su tía en lugar de contestarle: «Mira, chica… ¿Qué quieres que te diga? Se trata de tu tía y son cosas vuestras», se sube al primer avión que ve y se gasta el dinero de Linda sólo para venir aquí a cogerla de la mano.

—Fue ella quien le cogió la suya —subrayó Della, sonriendo.

Sonó el timbre del teléfono.

—Es la línea directa, la que no está registrada en la guía —dijo Della Street—. Será para usted, probablemente, Paul. Su oficina tiene el número.

—Diga… Sí… Aquí Paul. ¿Con quién hablo?

Drake guardó silencio unos instantes.

—Perfectamente. Buen trabajo —dijo lentamente—. Comprobaré eso. Probablemente te llamaré. ¿Dónde te encuentras tú ahora…? Conforme. Sigue ahí hasta que yo te llame…

Drake colgó el micro, declarando:

—La señora Elmore se confió a la peluquera. Empezó a hablar y ya no supo detenerse. Iba a estallar de emoción, nos han dado a entender. Se dirigen en coche a Yuma, donde contraerán matrimonio. Piensan pasar su luna de miel en el Gran Cañón.

Mason consultó su reloj.

—Me has dicho que retiró todo su dinero del Banco ese hombre, ¿no?

—Cierto.

—¿Y que pagó dos meses de alquiler del apartamento?

—Sí.

—¿Con un cheque?

—No lo sé. Fue la administradora del edificio quien nos dijo que había sido pagada la renta.

—¿Hablaste tú con ella?

—Pues sí. Poco antes del mediodía.

—¿Es simpática, cordial?

—No.

Mason hizo un gesto, designando el teléfono.

—Llámala, Paul. Vamos a enterarnos de si hubo por en medio un cheque. En caso afirmativo, sepamos si todo está en regla. Puede que ahí él haya descuidado algo.

Drake llamó a Van Nuys. Habló unos momentos y luego tapó el micro con una mano dirigiéndose a Mason en los siguientes términos:

—Ella presentó el cheque en el Banco hace una hora, aproximadamente. El cheque le fue devuelto: en la cuenta no había fondos.

—¡Maldita sea, Paul! —exclamó Mason—. No lo demores más, ve allí por el cheque. Cómpralo, si es necesario. Únete a nosotros en el aeropuerto. Para entonces habremos contratado los servicios de un avión.

Perry Mason se volvió hacia Della Street.

—Llame al servicio de transportes aéreos, Della. Necesitamos una avioneta bimotor que nos lleve a Yuma.

Paul Drake dijo por teléfono:

—Quisiera hablar con usted, señora Ostrander. ¿Hará el favor de esperarme ahí unos momentos? No tardaré en llegar.

Della Street alcanzó el micro nada más Paul Drake lo hubo dejado.

—En el aeropuerto, Paul —repitió Mason cuando el detective se encaminaba a la puerta—. Date prisa.

Capítulo 4

Los cuadriculados campos del Imperial Valley aparecían verdes y frescos a sus pies. El canal que los hacía increíblemente fértiles parecía una enorme serpiente, apuntando hacia la presencia del desierto allí donde terminaba.

El panorama cambiaba de aspecto repentinamente.

La irrigación había hecho nacer una zona de gran riqueza. Al otro lado de ella sólo se veía arena y la franja oscura de una carretera asfaltada.

En la carretera Mason distinguió una serie de móviles puntos: los coches que por ella circulaban.

—Alguno de esos vehículos se dirige a toda velocidad hacia Yuma —comentó.

—¡Qué situación ésta! —exclamó Della Street, pensativa—. Veo a esa mujer en una época de la vida en la que el afecto tanto puede significar imaginándose que ha hallado el compañero perfecto… Hipnotizada por su propia lealtad, contempla la campiña que se divisa desde el parabrisas con ojos brillantes. Y entretanto, el hombre que conduce el coche estudia mentalmente los detalles del crimen, piensa en las precauciones que ha de adoptar para asegurarse la huida.

Paul Drake, en el asiento del copiloto, volvió la cabeza, contestando:

—No se inquiete demasiado por ella, señorita Street. Las mujeres del tipo de Lorraine Elmore obligan a los sujetos como Dewitt a andar vivos en todo momento. Lo más seguro es que haya hecho algunas averiguaciones con anterioridad a su presente aventura.

—Eso supongo —manifestó la joven—. Toda la culpa de lo que ahora pasa no hay que echársela a ella, creo yo.

—Bueno —dijo Mason—, el caso es que les llevamos un par de horas de ventaja. Aterrizaremos en Yuma y examinaremos a fondo a

Dewitt cuando se acerque a la frontera.

—¿Cómo reaccionará? —inquirió Della Street.

—Formulará preguntas a diestro y siniestro —repuso Mason, contemplando la tira de papel que tenía en las manos—. He aquí un cheque extendido a nombre de Millicent Ostrander, por ciento cincuenta dólares.

Y en su cuenta no hay fondos. Le daremos una oportunidad para que se explique con todo detalle.

—Acuérdate de que la señora Ostrander —dijo Drake— no quiere agravar la situación. Ella no desea actuar contra Dewitt ni armar ningún lío.

—Pero te autorizó a cobrar el cheque en su nombre, ¿no?

—En efecto.

Las ondeantes dunas de arena proyectaban grandes sombras sobre el terreno a la luz de la última hora de la tarde. El avión fue perdiendo, poco a poco, altura. El río Colorado, antes un serpenteante curso de agua, se había transformado en una sucesión de aprisionados lagos, detrás de altos diques. Al adentrarse en Arizona divisaron un puente. El sol desaparecía ya tras el horizonte cuando la avioneta tomaba tierra en el aeropuerto.

A la entrada del mismo les esperaba un hombre, que hizo una seña a Paul Drake.

—Representa a una de las agencias colaboradoras de esta zona, Perry —explicó Drake—. Trabajamos siempre juntos.

El hombre estrechó sus manos, presentándose.

—¿Todo marcha bien? —inquirió Drake.

—Perfectamente. Hemos apostado uno de nuestros agentes en el centro de control. Sólo han pasado hasta ahora dos automóviles con matrícula de Massachusetts y ninguno de ellos era el que usted busca.

—Me satisface haberles tomado la delantera —comentó Mason.

Éste se volvió seguidamente hacia el piloto.

—Usted será mejor que concentre su atención en la avioneta, manteniéndose en contacto con esta agencia de detectives por teléfono. Ya le avisaremos cuando llegue la hora de emprender el regreso. ¿Está usted autorizado para volar de noche?

El piloto asintió.

—Puedo llevarles a donde deseen a la hora que estimen

conveniente.

Se acomodaron en un coche y se encaminaron al puesto de control en la frontera de Arizona. Todos los automóviles eran inspeccionados allí, a fin de evitar que entraran en la región productos agrícolas que pudieran estar contaminados.

Luego se les unió otro agente, asegurándoles que el vehículo por el que estaban interesados no había cruzado la frontera.

El grupo se dispuso a afrontar una larga espera.

—No es necesario que se quede usted aquí, Della —dijo Mason —. Acérquese a la población y distráigase echando un vistazo por ahí. Suele haber por estos lugares tiendas de curiosidades. Compre algunas mercancías indias, artículos de cuero repujado, recuerdos del Oeste. Los establecimientos están abiertos hasta…

La joven interrumpió su discurso con un enérgico movimiento de cabeza.

—Esperaré aquí con ustedes. Me imagino que en estas circunstancias tía Lorraine sabrá valorar la presencia de una mujer en el grupo. Ustedes, los hombres, son demasiado secos, van excesivamente a lo suyo. Es posible que ella busque unos hombros en que apoyarse para llorar. Ningunos más indicados que los míos.

—¿Qué tal es el agente apostado en la estación de control? —quiso saber Mason.

—¡Oh! No se preocupe. Está acostumbrado a esta clase de misiones. Es un buen elemento. Y los que están a su alrededor colaborarán con nosotros.

Por el puente avanzaba una fila de automóviles. Todos se detenían brevemente en el puesto de control. Paul Drake, con sus prismáticos, repasaba las matrículas de los coches que se acercaban.

Al cabo de una hora descubrió una matrícula de Massachusetts. Drake, Mason y el detective de Arizona entraron en acción rápidamente.

Mientras el agente de Arizona formulaba unas preguntas, ellos se mantuvieron en un discreto segundo plano. Finalmente, el hombre regresó al coche.

—Falsa alarma —comentó Drake, bostezando—. ¿Qué tal se siente usted, señorita?

—Muy bien —contestó Della Street.

Drake sonrió.

—Ésta pertenece a las cosas que no se cuentan en las películas —manifestó—. Sin embargo, es lo que se lleva más tiempo. Es inevitable: en nuestra profesión hay que andar mucho, hay que esperar mucho.

Se acomodaron lo mejor que pudieron en el automóvil.

Los haces de luz de los faroles, en el puesto de control, permitían ver auténticos enjambres de abejas, que zumbaban continuamente.

—Yo creo que hay alguna probabilidad de que no crucen la frontera esta noche —dijo Mason, mirando a Drake.

Éste se encogió de hombros.

—Tía Lorraine, de Massachusetts, querrá en todo momento moverse dentro de la ley —opinó Della Street.

Mason se arrellanó en su asiento, declarando:

—Esa clase de personas tienen a veces reacciones imprevisibles.

—En este clima —comentó Drake—, es fácil llegar a deshidratarse. Uno no se da cuenta de que está sudando porque el sudor se evapora a medida que va cubriendo la piel. Es cuestión de horas, tan sólo, perder unos litros de agua. De buena gana me acercaría a uno de esos bares que diviso al otro lado de esta vía…

—Adelante, Paul —replicó Mason—. Proseguiré yo solo la vigilancia…

—¡Un momento! —exclamó Drake de pronto—. Ahí tenemos un cliente.

—Ese coche está matriculado en California, ¿no?

—Sí, en efecto, la matrícula es de California… Se trata de un coche alquilado, conducido por nuestro querido amigo George Keswitt Latty.

Drake apartó los prismáticos de sus ojos.

—¿Qué piensas hacer ahora, Paul?

—Permíteme que hable con él, Perry. Si la situación lo aconseja, te haré una seña para que te unas a nosotros después.

—¿Qué supone usted que está haciendo ese joven aquí? —preguntó Della Street.

—No lo sé —manifestó Drake, colocando cuidadosamente los prismáticos sobre el asiento—. Ahora bien, estamos a punto de averiguarlo.

El detective echó a andar hacia el automóvil que llevaba

matrícula de California en el instante en que los hombres del puesto de control invitaban a su conductor a detenerse.

Mason vio que la faz de Latty revelaba la más grande de las sorpresas. Al cabo de unos segundos, Drake hizo la señal convenida.

El abogado abrió la portezuela.

—No la cierre —anunció Della Street—. Le acompaño.

Mason se volvió a tiempo, viendo sin querer un revuelo instantáneo de faldas cuando la joven abandonó su asiento para apearse.

Cogióse al brazo del abogado.

—No desearía perderme esto por nada del mundo —dijo.

Latty, muy serio, charlaba con Paul Drake. Al ver aproximarse la pareja se quedó con la boca abierta.

—¡Válgame Dios! —exclamó.

—¿Qué pasa? —le preguntó Mason.

—No… no tenía la menor idea de que pudieran estar ustedes aquí… Me han desconcertado…

—¿Y qué es lo que tiene esto de desconcertante?

—Me he quedado sorprendido al verles… Les imaginaba a cuatrocientos kilómetros de distancia de este lugar, por lo menos.

—Pues ya ve que no es así… Ahora lo mejor que puede usted hacer es estacionar su automóvil junto al nuestro para evitar el bloqueo del puesto.

Echaron a andar mientras Latty colocaba el coche en el sitio indicado.

Della Street dijo en voz baja a Mason:

—¿Se ha fijado en su rostro? Está reflexionando a la desesperada.

—Ya lo he visto —contestó el abogado—. No le vendrán mal estos minutos.

Latty echó el freno.

—Bien —dijo Mason, abriendo la portezuela correspondiente a su asiento—. Apéese que tenemos que hablar.

—No lo comprendo… —murmuró el joven—. No me explico qué hacen aquí.

—Tampoco nosotros comprendemos a qué se debe su presencia en este lugar —repuso Mason.

Latty se echó a reír.

—¡Vaya! Ha sido una mutua sorpresa la que…

El abogado indicó, muy serio:

—Dejémonos de rodeos, Latty. Vamos al grano.

—¿Y quién está dando rodeos aquí? —inquirió Latty.

—Usted mismo. Y cuantos más rodeos dé, más sospechosas consideraremos sus acciones. ¿Dónde está Linda?

En Los Ángeles.

—¿De dónde ha sacado este coche?

—Lo he alquilado.

—¿Le dio ella el dinero?

—No.

—¿De dónde sacó el dinero necesario entonces?

—Eso es algo que no le importa.

—Yo creo que sí, que sí me importa. ¿Dónde obtuvo el dinero necesario, Latty?

—Bueno. Ya que desea saberlo, le diré que tenía unos ahorros…

—¿Unos ahorros usted?

—Sí, sí. De mi asignación mensual.

—¿Conocía Linda ese detalle?

—No.

—Perfectamente. Usted alquiló el coche, a la tarifa de seis centavos el kilómetro, aproximadamente. La cifra de gastos totales va a subir lo suyo. Ha debido ahorrar bastante dinero, ¿eh? ¿Trabaja usted con Dewitt?

El gesto de asombro de Latty parecía sincero.

—¿Que si trabajo con Dewitt? —repitió—. ¿Que si trabajo con ese individuo? Ciertamente que no. Intento impedir que sea cometido un crimen. Sí; eso es lo que hago.

—¿Cómo ha sido llegar hasta aquí?

—He estado siguiendo el coche en que viaja tía Lorraine a lo largo de veinticuatro kilómetros. Por lo que al dinero respecta, he de decir que no sabía que el desplazamiento iba a ser tan largo. Me figuré que podía alquilar un automóvil y ver qué era lo que se proponía… Después abandonaron la ciudad y yo seguí tras ellos… Pues sí, el viaje ha sido largo. Ahora no sé si habrán emprendido el regreso a Massachusetts o…

—Se dispone a cruzar la frontera de este Estado para contraer matrimonio —dijo Mason—. Arizona hará honor a los certificados

extendidos por California. Podrán casarse inmediatamente.

—¡Oh!

—¿Qué ignoraba usted eso?

Latty denegó con un movimiento de cabeza.

—Bien. Usted les siguió a lo largo de veinticuatro kilómetros. ¿Qué sucedió después?

—Los perdí de vista.

—¿Los perdió de vista?

—La oscuridad dificultó mi tarea. De día me fue fácil seguirles, sin que se dieran cuenta. Luego la cosa cambió, a veces me quedaba detrás. En otras ocasiones me aproximaba a la pareja.

»En Brawley se detuvieron para repostar gasolina. Me adelanté para hacer lo mismo más allá. Pero me vi obligado a esperar porque el mozo de la estación de servicio se hallaba ocupado con un cliente que pidió que le limpiara el parabrisas, que le diera aire, etcétera. Me pasaron delante y yo me apresuré a pagar la gasolina que acababan de echarme en el depósito: unos diez litros. Seguidamente, me lancé en su busca.

»No sabía qué hacer… Llevaba el tanque de combustible casi vacío. Por otro lado, se me estaba acabando el dinero… Tuve la impresión de que la pareja se disponía a regresar a Massachusetts. Pensaba detenerme aquí, en Yuma, para telegrafiar a Linda, solicitando instrucciones, pidiéndole que viniera aquí, para recoger el automóvil, y que me enviara dinero a fin de poder tomar el avión…

—¿Y dice usted que los perdió de vista? —insistió Mason.

—Supieron que los seguía en cuanto me vi obligado a encender las luces del coche. Ese hombre, Dewitt, prestaba poca atención al espejo retrovisor. Se mantenía atento a lo que tenía delante y creo que no pasó por su cabeza la idea de que le estuvieran siguiendo hasta el momento en que oscureció, cuando cometí el error de mantenerme demasiado cerca de él con el propósito de no perderlo de vista.

»Primeramente, aminoró la marcha para que yo le adelantara. No tuve más remedio que hacerlo; tuve que pasar… Después, me detuve en una estación de servicio, como si me dispusiera a repostar combustible. Me alcanzó y yo, de nuevo, me situé tras ellos. No tardó en localizarme, sin embargo, echándose entonces hacia su

derecha para que le pasara otra vez.

»Me separé del vehículo, fingiendo que no tenía el menor interés en seguirlos. Recorrí una docena de kilómetros más y entré en otra gasolinera. En ella aguardé a la pareja… Pero, nada. No les vi pasar ya.

—Y luego, ¿qué?

—Me eché a la carretera nuevamente, lanzándome en su busca. Vi inmediatamente que no lograría nada. Las luces de los faros de los otros vehículos me cegaban y… francamente: no sé si me adelantaron o no. No creo que lo hicieran… Después de haber sido adelantado por una docena de automóviles, decidí que lo mejor era dar la vuelta para acercarme a Yuma y telefonear.

—Usted, desde luego, ha logrado complicar las cosas bastante —dijo Mason—. Nosotros sabíamos que la pareja se dirigía hacia este punto para contraer matrimonio. Esperábamos darle un susto y ponernos al habla con Dewitt. Ahora, gracias a su intervención, ignoramos dónde paran. Lo de seguir a alguien es cosa muy indicada para profesionales. Cuando un aficionado se mete a detective lo único que logra es enredar las cosas.

—Lo siento —dijo Latty.

El abogado miró a Paul Drake.

—¿Qué es lo que tú crees que puede haber sucedido, Paul?

Drake se encogió de hombros.

—¡Sólo Dios sabe qué decisión han adoptado! Es probable que se hayan dirigido a Holtville, a Brawley o a Calexico quizá. Pasarán la noche en cualquiera de esos sitios, para venir aquí mañana y contraer matrimonio… Cabe la posibilidad también de que hayan vuelto sobre sus pasos para tomar el camino de Arizona mañana. ¿Quién podría decirlo con exactitud?

—He de telefonear a Linda —anunció George Latty—. Se pondrá muy furiosa.

—¿Y qué es lo que desea usted decirle?

—Quiero contarle lo que ha ocurrido.

—¿Pretende emprender el regreso? —quiso saber Mason.

—He de volver… Bueno, lo cierto es que no dispongo de dinero suficiente. Pretendo que me mande alguno y eso requiere su tiempo. Lo… lo siento. Sí; decididamente, he complicado mucho las cosas.

—¿Llegó a ver bien a Dewitt? —preguntó Mason.

—Sí. En varias ocasiones.

—¿Vigiló acaso su apartamento?

—No. Yo sólo me preocupé de seguir el coche de Lorraine Elmore.

Mason miró expresivamente a Paul Drake.

—Bien, Latty. Creo que ya se ha mostrado bastante entrometido.

El abogado metió la mano derecha en uno de sus bolsillos, sacando un puñado de billetes.

—Aquí hay veinte dólares —dijo—. Trasládese a Yuma. Cruce la ciudad y alójese en el Bisnaga Motel. Dé su nombre verdadero. Ya que se encuentra usted aquí procuraremos darle alguna aplicación. Tómese un tentempié y aguarde mi llegada. Hemos reservado habitaciones y nos presentaremos allí más tarde. Ahora bien, es posible que le llamemos antes. ¿Está dispuesto a prestarnos su colaboración?

—Haré lo que me manden.

—Conforme. Su intervención, en este asunto no ha sido muy afortunada que digamos hasta ahora. Acomódese a las instrucciones que le sean dadas y no vuelva a dar lugar a complicaciones.

Latty contestó:

—No me atrevo a hacer sugerencias, pero…, ¿no procederían mejor si se pusieran a buscar a la pareja… esta noche?

—Intento proteger la vida de Lorraine Elmore, no su virtud —respondió Mason, secamente—. Si descubren que les sigue alguien, lo más natural es que se muestren cautelosos.

—O que actúen a la desesperada —apuntó Latty.

—Debiera usted haber pensado en ello antes de abandonar Los Ángeles, ¿no? —soltó Mason—. En fin… Trasládese a ese motel que le he dicho y espere allí nuestra llamada.

Latty se ruborizó.

—Me tratan ustedes como si fuese una criatura, Mason. Quiero que tenga presente que Linda fue en busca suya aceptando mis sugerencias, guiándose de mi buen juicio, aceptando mi consejo y mi iniciativa.

—Bien. No me voy a poner a discutir con usted sobre eso, ya que no sé nada acerca de la iniciación del presente caso y, además, con ello no ganaríamos nada. Todo lo que deseo de usted es que se reserve su iniciativa, su perspicacia y decisión y que se meta en el

Bisnaga Motel hasta que nosotros lo tengamos preparado todo. Ya conocerá la historia famosa de los cocineros que por ser muchos consiguieron estropear una sencilla sopa. Si la sopa no se encuentra definitivamente echada a perder, enfilaremos este asunto con corrección, como debe ser.

Mason se alejó del coche, seguido de Della Street.

Paul Drake señaló al joven la carretera con el pulgar.

—Por ahí —dijo.

Latty, irritado, con la cara encendida, contestó:

—De acuerdo. Pero recuerden que toda la responsabilidad del caso recae ahora sobre ustedes.

Pisó el acelerador y el automóvil dio un salto hacia delante. Oyóse un chirrido de neumáticos, que protestaban.

—¿Qué hacemos ahora entonces? —preguntó Drake.

—Hemos de cenar. Los agentes de Arizona seguirán en su sitio. En el momento en que vean el coche que a nosotros nos interesa, que nos telefoneen.

—Supongamos que esos dos dejan el vehículo en Holtville, Brawley o El Centro, alquilando un coche para venir aquí y contraer matrimonio…

—Pues entonces es que nos la han dado —manifestó Mason—. Pero es que si nos quedamos aquí saldríamos igualmente chasqueados, ya que no conocemos a Dewitt ni a Lorraine Elmore. La placa de matrícula de Massachusetts era el único dato orientativo que poseíamos. Claro, podríamos decir a los agentes que se fijaran en los ocupantes de los automóviles que pasan, a fin de ver si en alguno de ellos viajaba una mujer en compañía de un hombre que lleva un ojo tapado…

—Ahora, como han sido puestos sobre aviso, pueden evitarnos por muy distintos procedimientos. Por ejemplo: podrían dejar aparcado su coche en El Centro para tomar el primer autobús que saliera en dirección a Yuma.

—Da instrucciones a los detectives de Arizona para que extremen sus precauciones y eliminen ciertos riesgos. Si localizan el coche con la matrícula de Massachusetts, que se pongan en contacto con nosotros. Lo mismo si ven un hombre con un ojo tapado. Si todo sale bien, deseo ocuparme personalmente de ellos. Hemos de actuar con mucho cuidado, para no dar lugar a que el hombre posea

una base para demandarnos judicialmente.

Drake contestó:

—Muy bien. Instruiré a los agentes en este sentido. La idea de cenar no se me ha antojado disparatada, ni mucho menos.

Paul Drake habló con los detectives de Arizona.

—Tendremos que procurarnos un taxi, Perry —dijo luego a su amigo.

Drake lo pidió por teléfono. Al conductor le dio el nombre del restaurante que los detectives le habían recomendado.

Al entrar en el establecimiento, Drake dijo al cajero:

—Me llamo Paul Drake; este caballero es Perry Mason. Esperamos una llamada telefónica. ¿Recordará usted los nombres si se produce la llamada en cuestión, a fin de avisarnos en seguida?

—Lo haré con mucho gusto —respondió el empleado—. ¿Drake y Mason?

—Sí, Paul Drake y Perry Mason.

—Descuiden que si alguien les llama les avisaré en el acto. Acomódense en esa mesa del rincón, por favor. Ahí hay un enchufe de teléfono, en la pared, de manera que les será posible hablar con toda comodidad.

En el instante en que se sentaban a la mesa, Drake manifestó:

—Tengo tanta hambre que se me viene al paladar el gusto de un buen bistec… No me atrevo a pedir esto porque requieren su preparación determinados platos y supongo que, fatalmente, llegará aquí procedente de la cocina en el preciso momento en que nos llamen por teléfono.

—Bueno. Los detectives de Arizona están sobre aviso. Si la pareja se dirige a un motel, santas pascuas. Otra cosa es que vaya en busca de un juez de paz que les una en matrimonio…

Mason dijo después a la camarera que les atendió:

—Lo mejor será que nos sirva usted tres raciones de langosta mientras esperamos, junto con un platito de aceitunas… Queremos, además, tres buenos bistecs. Y al final, café. Tráiganos también una ensalada. Llevamos mucha prisa, ¿eh?

La camarera se retiró.

—Bueno —dijo Drake—. Esto va a ser una gran sorpresa para mi estómago si se me presenta la ocasión de saborearlo, verdaderamente. Sospecho que el timbre del teléfono sonará en el

instante en que aparezcan los bistecs. Tendremos que salir corriendo y nuestro apetitoso condumio se quedará sobre la mesa.

—Ya viene la langosta —anunció Mason—. Algo nos llevaremos del establecimiento por lo menos.

Dieron buena cuenta de sus raciones en silencio, acabando en un santiamén con las aceitunas. Drake, que no dejaba de mirar hacia la cocina, dijo:

—¡Aquí están los bistecs! ¡Vamos, anímate, teléfono!

La camarera colocó los platos en una mesa auxiliar. Ayudándose con una servilleta, situó el primero ante Della Street. Un apetitoso aroma a carne asada y a patata embalsamó el aire.

El hombre de la caja se aproximó en aquel momento a Paul Drake para decirle:

—Le llaman por teléfono, señor Drake. Aquí tiene el aparato.

Drake lanzó un gemido.

—Sí, sí. Paul Drake al habla…

—Un momento, señor. Primero hay que operar con el enchufe.

—¡Oiga! ¡Oiga! Aquí Paul Drake…

Medió Della Street:

—Ustedes perdonen —dijo armándose de cuchillo y tenedor—. Voy a hacer que la pérdida no sea total.

La doncella colocó el segundo plato frente a Mason.

—¿Sirvo yo al señor Drake? —preguntó aquélla—. ¿O he de aguardar a que termine de hablar por teléfono?

—No, no. Sírvale usted un bistec, ya.

Drake hizo un gesto de asentimiento dirigiéndose a la camarera y continuó hablando ante el micro:

—¿Que no está usted seguro…? ¿Nada nuevo? ¿Ni el menor rastro de… nuestra gente? Bueno, nosotros dentro de veinte minutos, nos habremos marchado de aquí…

En cuanto hubo dejado el micro cogió cuchillo y tenedor y empezó a «atacar» el bistec.

—¿Y bien? —inquirió Mason.

Drake no contestó hasta haberse llevado a la boca un buen trozo de carne. Seguidamente, manifestó:

—Nada importante que no admita espera.

—¿Hasta cuándo hemos de esperar? —quiso saber Mason.

—Hasta que yo haya liquidado este bistec. ¡Ah! Oye: me tiene

sin cuidado que alguien censure mis modales en la mesa. Me estoy ensañando con este pedazo de carne como si fuera un león…

—Déjese de ceremonias, Paul. Usted, a lo suyo —dijo Della, sonriendo.

—¿Cómo les apetece la ensalada? —preguntó en aquel instante la camarera.

Ésta recibió detalladas instrucciones de los tres.

Por fin, Drake consultó su reloj, engulló el último bocado, tomó un sorbo de agua y dijo:

—Esto es una auténtica sorpresa. Nunca esperé llegar tan lejos. La llamada telefónica, Perry, fue cosa de uno de los agentes de Arizona, los del puesto de control… Me ha dicho que vio salir un coche que se volvía hacia California. Cree que es el mismo al que nos acercamos, el que conducía George Latty. Quería saber si debía enviar a alguien tras él o seguir con la misión que les retiene allí. Le contesté que no se movieran de su sitio, hasta que nosotros estableciésemos contacto con ellos.

Los párpados de Mason se cerraron casi.

—¿Estaba seguro de eso?

—No. Fue algo muy rápido. Quizás una especie de corazonada.

—Del automóvil con la matrícula de Massachusetts, ¿qué?

—Nada, ni el más leve vestigio.

»Inspeccionaron el interior de dos autobuses llegados al puesto de control, sin encontrar a ningún hombre que llevara un ojo tapado. Pero la verdad es que su atención se concentra, principalmente, en los turismos.

Mason echó su silla hacia atrás, dejándose medio bistec sin tocar.

Acercóse al pupitre del cajero inquiriendo:

—¿Podría usted establecer comunicación por teléfono con el Bisnaga Motel ahora? Quisiera hablar desde nuestra mesa.

—Con mucho gusto, señor Mason.

Mason tornó a concentrar su atención en el bistec y unos momentos después, a una señal del cajero descolgó el microteléfono.

—¿Es el Bisnaga Motel?

—Sí —le contestó una voz masculina.

—¿Se aloja ahí un señor llamado George Latty? —preguntó

Mason—. Tiene que haber pedido habitación en el curso de esta última hora.

—A ver… Deletree el apellido, por favor.

—L-a-t-t-y.

—Un momento… Veamos… no, no.

—¿No le han encargado que reservaran una habitación a ese nombre?

—Un segundo… Voy a comprobar ese extremo. No. Aquí no figura ningún Latty. No se encuentra aquí ni ha sido hecha ninguna reserva.

—Gracias —dijo Mason—. Lamento haberle molestado. Es que deseaba localizar a ese señor.

—De nada. Estamos aquí para servir al público. Lamento no haberle sido de más utilidad.

Mason dejó el teléfono. Estaba serio.

—¿Qué? ¿Nada? —preguntó Drake.

—Nada.

—¿Y qué significa eso, Perry?

—Tú sabes tanto como yo —repuso Mason—. Siento haberle dado mis veinte dólares.

—Supongo que le llamaría Linda —manifestó Drake—. Probablemente, sentiría ganas de cogerle la mano y… Sí. Eso es lo que habrá pasado.

—Quizá —corroboró Mason—. Desde luego, el joven en cuestión es un «cara». Hablaba con el mayor desparpajo de su asignación mensual, de sus ahorros. Si no empieza a aprender ya a mantenerse sobre dos piernas va a resultar un abogado terrible.

Mason dio fin a su bistec.

Varios minutos después abandonaron el restaurante, regresando en un taxi al puesto de control.

—¿No ha habido suerte? —preguntó Drake a los agentes de Arizona.

—No. ¿Cuánto tiempo desea que sigamos con esto?

Drake miró a Perry Mason, brindándole la pregunta.

—¿Hasta cuándo podemos disponer de ustedes como máximo? —inquirió aquél.

—Toda la noche, si le parece bien.

—De acuerdo —confirmó Mason—. Nosotros vamos a

trasladarnos al Bisnaga Motel. Sus habitaciones cuentan con teléfono. Llámenos en cuanto vean a nuestra pareja… Diríjanse a Paul Drake o a mí es igual. Será mejor que se procuren otro automóvil con anticipación, a fin de que uno pueda seguir a esa gente mientras el otro va a buscarnos al motel. Pero primero llamen por teléfono. Pensamos acostarnos vestidos, para estar listos en unos segundos.

—¿Toda la noche, pues?

—Sí, de momento. ¿Podrían contraer matrimonio aquí durante las horas de la noche Lorraine y Dewitt?

—Siempre que dispongan de dinero y estén dispuestos a gastárselo pueden casarse a cualquier hora del día o de la noche.

—Tendrán dinero, seguro. Y no van a escatimarlo —afirmó Mason.

—No lo comprendo —murmuró uno de los agentes—. Esas personas no son menores de edad.

—Son ya bastante maduras —manifestó Mason—. Creo que en este estado hay vigentes ciertas normas que establecen la necesidad de que el que solicita una licencia matrimonial se someta a juramento…

—Me parece que sí —dijo el detective, mirando atentamente el abogado.

—Quiero que el futuro esposo de Lorraine Elmore preste juramento y que se le hagan preguntas sobre sus matrimonios anteriores. Probablemente, sugeriré unas preguntas adicionales al funcionario encargado de extender la licencia… Una propina de veinte dólares hará el milagro.

—Conforme —contestó el de Arizona—. Nosotros respaldaremos la comedia. Nosotros queríamos saber tan sólo hasta dónde deseaba usted llegar.

—Hasta el fin —contestó Mason.

Regresaron a Yuma en el taxi. Aquí alquilaron un coche y se encaminaron al Bisnaga Motel. Mason solicitó una conferencia telefónica con Linda Calhoun.

—¡Señor Mason! —exclamó la joven—. ¿Dónde están ustedes ahora?

—En este instante, en Yuma, Arizona. Estamos vigilando los coches que llegan para ver si su tía y Dewitt se proponen contraer

matrimonio aquí.

—¿Cómo han llegado ustedes hasta aquí, señor Mason?

—Por vía aérea.

—Eso ha de resultar carísimo. Yo no estaba preparada…

—Usted, en este asunto, va a tener un gasto de cien dólares, en total —la interrumpió Mason—. He ahí el importe del trabajo de la agencia de detectives por dos días. Lo demás corre de mi cuenta.

—Pero, bueno… y eso, ¿por qué?

—Es una pequeña contribución mía en pro de una mejor administración de la justicia —manifestó Mason—. No se preocupe por ello, Linda. ¿No ha vuelto a tener noticias de su tía?

—No. Pero en cambio he conocido a Belle Freeman, la mujer con la que Dewitt se prometió en matrimonio. Se encuentra conmigo en este apartamento, ahora.

—¿Está oyendo lo que usted está diciendo en estos instantes?

—¡Oh, sí!

—Bueno. Limítese a hablar lo indispensable. Yo formularé preguntas y usted me contestará sí o no…

—No se inquiete, señor Mason —declaró Linda—. Estuvo enamorada de él hace un par de años, pero eso pasó ya. Sabe ya muy bien quién es. Consiguió quedarse con sus ahorros. Le habló de una inversión que rendiría beneficios seguros. En suma: la dejó sin dinero, desapareciendo a continuación. Ahora ella quisiera recuperarlo.

—¿A cuánto asciende la suma?

—A tres mil dólares.

—No está nada mal. Divulgaremos la acción y la deuda de Dewitt y esto hará que tía Lorraine despierte de su largo sueño. ¿Existe alguna probabilidad de que se trate de una semejanza de nombres?

—No, no. Es él, el hombre: perdió un ojo en una expedición de caza y por eso lleva un parche negro… Parecía un soldado de fortuna, un aventurero de novela. Las mujeres daban en él igual que las moscas en un tarro de miel.

—¿Le ha dicho por qué se interesa por ese individuo?

—Sí. Me ha acogido con mucho agrado. Hará lo que nosotros le digamos. Quiere ayudarnos. En la actualidad está enamorada de otro hombre.

—¿Usted sabía que George Latty intentó seguir el coche en que viaja su tía? —inquirió Mason.

—¿George? ¡Cielos! No. Me he estado preguntando dónde estaría. Le he llamado por teléfono una y otra vez…

—¿Quiere usted decir que no ha tenido noticias de él?

—No.

—Resulta que el hombre ha estado efectuando algunas tareas de carácter detectivesco. La llamará, probablemente… No se aparte mucho del teléfono; nosotros la llamaremos más tarde. Por si nos necesita le diré que nos encontramos en el Bisnaga Motel, en Yuma.

—¿Ha dicho «nosotros»?

—Estamos aquí Paul Drake, Della Street, mi secretaria, y yo.

—¡Santo Dios, señor Mason! ¿Y cómo va a poder ser eso? Es mucho gasto…

—Ya le he indicado que no debe preocuparse por la cuestión económica… Llámeme por teléfono si se entera de algo nuevo.

El abogado colgó, dio cuenta detallada de la conversación que acababa de sostener a sus acompañantes y dijo:

—Las cosas marchan. Yo voy a quitarme los zapatos, de momento. Creo que nos encaminamos hacia el final de la aventura.

—Yo estaré listo con dos minutos que me den de tiempo —declaró Drake.

—Concédame cinco a mí, Perry, y me encontraré a punto.

—Mire, Della: no es necesario que usted…

—No me perdería esto por nada del mundo, señor Mason. Todo lo que necesito son cinco minutos pero debo disponer de ellos de veras.

—Concedidos —prometió Mason.

—¿Puede usted, realmente, concederles ese margen de tiempo…? Estaba pensando en Montrose Dewitt…

—Creo que sí. La pareja querrá descansar un poco antes de la ceremonia.

Se retiraron a sus habitaciones. Mason se quitó los zapatos, tendiéndose en el lecho. Amontonóse las almohadas detrás de la cabeza, encendió un cigarrillo y comenzó a dormitar. El cabo de una hora le despertó por completo el estridente timbre de un teléfono.

—Diga, diga…

—¿El señor Mason?

—Sí.

—Una llamada telefónica de Los Ángeles.

—Póngame en seguida, por favor.

Al cabo de unos segundos oyó la voz de Linda Calhoun.

—¡Oh, señor Mason! Me alegro de poder hablar con usted… He… tenido noticias de tía Lorraine.

—¿Dónde se encuentra? —preguntó Mason.

—En Calexico. ¿Sabe usted dónde para esta población?

—Sí. Queda junto a la frontera. Por un lado está Calexico y por el otro Mexicali. ¿Está usted en su apartamento?

—Sí.

—¿Sola?

—No. Belle Freeman está aquí, conmigo. Después de la conversación que usted y yo sostuvimos antes se puso muy nerviosa. Hemos pasado el rato charlando, bebiendo café, conociéndonos… Belle Freeman es una compañía muy agradable.

—Ya, ya. Intentaba imaginármela. ¿Es una persona afectuosa?

—¡Oh, mucho!

—Bueno, ¿y por qué la llamó su tía? ¿Para decirle que se había casado?

—No, no. Deseaba tan sólo decirme que lo había olvidado todo, que quería que volviéramos a nuestra antigua unión, a toda costa.

—He ahí algo que da a entender que se ha casado —señaló Mason sombríamente—. Se habrán plantado en Méjico, sometiéndose en una parte u otra a la ceremonia de rigor.

—¡Oh, señor Mason! Yo espero que no sea así… Hacía tiempo que tía Lorraine no se expresaba en los términos que ha empleado ahora. Me dijo que lamentaba mucho la discusión que habíamos sostenido. Añadió que en aquellos momentos se hallaba excitada, nerviosa, pero que todo cambiaría de aquí en adelante… Luego, me anunció que nos veríamos mañana por la tarde.

—¿Por la tarde?

—Sí.

—¿Le dijo dónde?

—Pues no. Supongo que sería aquí en el hotel.

—¿Le reveló dónde estaba hospedada?

—En el Palm Court Motel.

—¿No le dijo nada acerca de Dewitt?

—No. Tampoco le pregunté yo por él… Ahora bien, por la forma de hablar, por el sonido de su voz, por todo, me parece… Yo me inclino a pensar que de haber contraído matrimonio me lo habría dicho.

—Yo no estoy tan seguro de eso —manifestó Mason—. Su llamada, sus excusas, sus mismas palabras, me inducen a creer que se ha casado. ¿Ha tenido usted noticias de George?

—Sí —respondió Linda.

—¿En qué sentido?

—Me pidió que le girara veinte dólares.

—¿Desde dónde le habló?

—Desde El Centro.

—¿Le envió el dinero?

—Voy a hacerlo ahora. He querido ponerle al corriente de lo que sucedía antes de salir.

—Haga lo que quiera. Se trata de su novio y de su dinero.

La chica se echó a reír.

—Me parece, señor Mason, que George no le ha caído muy bien. Le ha pasado lo que a tía Lorraine.

—Repito lo dicho: se trata de su novio y de su dinero. ¿Le llamó antes o después de su conversación con tía Lorraine?

Poco después.

—¿Y le dijo dónde se encontraba Lorraine Elmore?

—Por supuesto. Me preguntó si sabía algo, de manera que le puse al corriente de todo. No apruebo la escapada de George. Tendrá que darme algunas explicaciones. Llegué a sentirme preocupada por su culpa. Me he pasado la tarde llamando a su habitación…

—Tengo la impresión de que su tía se ha casado o que intenta casarse a primera hora de la mañana. Después, tomará seguramente un avión, para ir a verla a usted.

—Yo… yo no he llegado a pensar eso —dijo Linda—. Sin embargo, ahora que caigo en la cuenta… ¿Podemos hacer algo nosotros, señor Mason?

—No lo sé todavía. Pensaré en ello.

—Sería una tragedia para ella, verdaderamente, llegar demasiado lejos con ese hombre…

—Creo adivinar lo que siente. Tendrá usted noticias mías mañana.

—Muchísimas gracias por todo, señor Mason… Buenas noches.

—Buenas noches —dijo el abogado colgando el micro.

Mason se encaminó a la puerta que comunicaba con la habitación de Drake. Llamó suavemente. Luego, la entreabrió, escuchando durante unos momentos la rítmica respiración del detective, acompañada de leves ronquidos.

—Despiértate, Paul —dijo Mason—. Disponemos de una información y hemos de actuar con arreglo a ella.

Drake se sentó en el lecho, frotándose los ojos y bostezando ruidosamente.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Lorraine Elmore y, evidentemente, Montrose Dewitt se encuentran en el Palm Court Motel de Calexico.

Drake se quedó pensativo, rumiando las palabras de Mason.

—Sucede algo extraño —añadió Mason—. Tía Lorraine llamó a Linda Calhoun hace unos minutos para decirle que deseaba que fuesen amigas y que iría a verla al hotel mañana por la tarde.

—¿Se han casado esos dos? —preguntó Drake.

—Me temo que sí… También pudiera suceder, sin embargo, que la pareja esperara en Calexico hasta la mañana para venir aquí, regresando tras la ceremonia de la boda a Los Ángeles. Para mí, esta suposición tiene una base muy endeble.

»Acuérdate de que los dos, gracias a la torpeza de George Latty, se dieron cuenta de que estaban siendo seguidos.

—¿Qué hacemos, entonces? —inquirió Drake.

—Tú quédate aquí y mantente en contacto con la agencia de detectives de Arizona. Yo cogeré el coche alquilado para trasladarme a Calexico. Voy a sacarles del lecho y me enfrentaré con Dewitt.

—¿Estás suficientemente respaldado para poder proceder así?

—Creo que sí porque pienso en Belle Freeman y en el cheque incobrable. Sí; hay una base para poder comenzar a formular preguntas.

»Lo que yo temo es que la conversación telefónica haya sido una treta para desorientar a Linda. Pueden haberle dicho que estaban en el Palm Court Motel cuando se disponían a ponerse en camino hacia

Yuma.

»Si cruzan la frontera, tú les seguirás con todo cuidado. No formules acusaciones. Date a conocer, simplemente, y pregúntale a Dewitt qué se proponía al entregar a la encargada del edificio en que se halla su apartamento un cheque contra una cuenta corriente sin fondos. Lo más probable es que saque dinero de su bolsillo y se apresure a hacerlo efectivo.

»Seguidamente, pregúntale si es el mismo Montrose Dewitt que obtuvo una licencia matrimonial para casarse con Belle Freeman. Si contesta afirmativamente, pregúntale si guarda todavía tres mil dólares de Belle, que recibiera para efectuar unas inversiones. Pídele detalles de la inversión efectuada de ese dinero en el caso de que te asegure que se ha desprendido de él.

»Ten cuidado, Paul. No formules acusaciones directas. No des lugar en ningún momento a que ese sujeto pueda demandarte por difamación.

Drake, que había estado escuchando con toda atención a Mason, contestó:

—De acuerdo, Perry. Creo que sabré arreglármelas bien. Pondré a ese tipo a la defensiva y tú, desde luego, deseas que lo haga todo delante de la mujer.

—No es eso lo que he dicho —respondió Mason, sonriendo.

—Acabo de leer en tu mente —declaró Drake—. ¿Qué hacemos con Della?

—Della me acompañará. A mí se me antoja que seré yo quien establezca contacto con esa gente y quiero que tome nota de nuestra conversación.

El abogado se encaminó a otra puerta de la *suite*, llamando con los nudillos.

—Empiece a hacer uso de sus cinco minutos, Della.

Una voz enronquecida por el sueño respondió:

—De acuerdo, jefe. Estoy en seguida con usted.

Capítulo 5

Cuando divisó las luces de Calexico, Mason dijo a Della Street:

—Despiértese, Della. Estamos llegando.

La joven hizo un esfuerzo, irguiendo el cuerpo. Somnolienta todavía, sacudió la cabeza, contestando con una sonrisa:

—Creo que le he hecho poca compañía.

—No era necesario que estuviésemos los dos despiertos.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó ella.

—Prepare usted su bolígrafo y su bloc de taquigrafía, ya que tendrá que tomar algunas notas. Vamos a acercarnos al Palm Court Motel. Una vez allí sacaremos a tía Lorraine y a Montrose Dewitt del lecho.

—¿Del mismo lecho?

—Eso es algo que todavía tenemos que ver.

—Y luego, ¿qué?

—Formularemos algunas preguntas —dijo Mason.

—Supongamos que él se niega a contestárselas.

—Insistiremos.

—¿Insistirá él desentenderse de usted?

—Le asiste ese derecho.

—¿Consentirá usted en que se salga con la suya?

—No.

—En otras palabras: pudiera producirse dentro de poco una escaramuza.

—Es posible —admitió Mason—. No obstante, recuerde usted esto: tía Lorraine se halla enamorada de ese hombre. Todo lo que hagamos ha de tender a presentárselo tal como es. Si Dewitt se empeña en mostrarse descortés, haremos ver que quien está equivocado es él. Nosotros hemos de movernos de modo que todas nuestras acciones parezcan ser razonables y corteses…

—¿Ya sabe usted dónde queda el Palm Court Motel? —inquirió

Della.

—Daremos con ese motel, no se preocupe. La ciudad no es grande; no nos costará trabajo localizarlo.

—¿Está Méjico por allí?

—Al otro lado de la frontera, sí. Todo lo que queda al otro lado de las puertas que usted ve y de la valla es Méjico.

—¿Podrán contraer matrimonio allí?

—Es probable que sí.

—¿Cree usted que se habrán casado ya?

—No lo sé. El caso tiene sus peculiaridades. Lo principal es quitarle a tía Lorraine la venda de los ojos.

—Eso le va a doler —aventuró Della.

—Mejor es que le duela… Peor sería que le costara la vida.

—¿Hasta tal punto cree usted que se encuentra en peligro?

—Si no creyera eso no estaríamos aquí.

El coche llegó a un cruce de carreteras.

—Los moteles caen por ahí… Lo más seguro es que se encuentren completamente a oscuras ahora… Un momento. Fíjese en aquel anuncio…

—¡Ahí está lo que buscamos! —exclamó Della Street—. Es un rótulo luminoso: ¡el Palm Court!

—Magnífico. Tienen habitaciones libres, ya que de otra manera lo habrían apagado. Y si hay habitaciones libres el encargado del establecimiento no torcerá el gesto cuando lo saquemos de la cama. ¡Vaya! Mira por dónde vamos a poder alojarnos nosotros también cómodamente. Esto va a ser como una amistosa reunión familiar.

El abogado detuvo el coche delante de un letrero que rezaba: Oficina. Luego se apeó, pulsando el botón del timbre.

Pasó más de un minuto antes de que una mujer de aspecto respetable, de cuarenta y tantos años de edad, abriera la puerta. Acababa de embutirse en una bata y se ceñía el cordón de la misma a la cintura.

Miró a Mason y a Della Street de pies a cabeza.

—¿Una cabina? —preguntó.

—Dos —contestó Mason.

—¿Dos?

—Dos, en efecto.

—Bueno, mire usted… Nosotros, en estos casos, alquilamos una

cabina sin hacer demasiadas preguntas. No solicitamos, por ejemplo, la licencia matrimonial. Pero cuando una pareja desea dos… Entonces lo que pasa es que pretendemos asegurarnos de que todo está en regla.

—Pues todo está en regla, señora —repuso Mason—. Por eso precisamente solicitamos un par de cabinas. Esta joven es mi secretaria. Yo soy abogado. He de atender a ciertos asuntos personales en esta ciudad.

—Ya, ya. ¿Quieren hacer el favor de firmar aquí?

—A propósito… —manifestó Mason—. Estaba esperando reunirme con unas personas aquí. ¿Qué cabina ocupan los Dewitt?

—¿Los Dewitt?

—Sí.

—El señor y la señora… ¡Ah! Usted se refiere a Montrose Dewitt. Pues es extraño, pero ellos también pidieron dos cabinas. Él se encuentra en la decimocuarta y la señora Elmore en la decimosexta. Llegaron aquí juntos.

Mason empezó a llenar unas fichas.

—¿Le dijeron qué tiempo pensaban quedarse aquí?

—La noche tan sólo.

—Muy bien. ¿Qué valen las cabinas?

—Doce dólares las dos.

Mason pagó. La mujer le alargó las llaves.

—Aparque su automóvil delante de las cabinas. Poco movimiento habrá ya aquí. No me quedan más alojamientos vacantes. Voy a apagar las luces y a dormir.

El abogado, una vez hubo dejado el coche, llevó el maletín de Della Street a la unidad que le había sido asignada.

—Reúnase conmigo delante de mi cabina, Della, dentro de cinco minutos.

Mason abrió la puerta de su habitación, encendió las luces, echó un vistazo a su alrededor y esperó a que su secretaria llamara.

—¿Lista?

—Sí.

—Primeramente nos las entenderemos con tía Lorraine, ya que deseo escuchar cuanto tenga que decir. Ella se encuentra en la cabina decimosexta.

El abogado llamó suavemente en la puerta correspondiente.

Como no hubiera respuesta a la segunda llamada, Della Street susurró:

—Probablemente se encuentran los dos en la cabina decimocuarta… Esto va a resultar embarazoso para todos.

—Para nosotros, ¿por qué?

Los dos se acercaron a la habitación de Montrose Dewitt. Mason produjo una suave llamada con los nudillos.

—No me gusta proceder así —confesó Della Street—. Esto es atraparla en la más molesta de las situaciones.

—Nosotros no tenemos la culpa de que ella haya llegado hasta aquí. A fin de cuentas, como ya le dije a George Latty, nosotros no intentamos proteger su virtud. Nosotros nos estamos esforzando por salvarle la vida.

El abogado tornó a llamar…

De nuevo, el silencio. Mason miró a Della Street con el ceño fruncido.

—Habrá observado usted, Della, que no hay ningún coche estacionado frente a las dos cabinas. Tampoco he visto por aquí ningún automóvil con matrícula de Massachusetts.

—¿Significará eso que se han marchado?

—Es evidente —contestó Mason—. Me lo temía, a decir verdad. Sabían que estaban siendo seguidos. Tía Lorraine llamó por teléfono a Linda para que ésta desorientara, con su seguridad, a quienes estuviesen en contacto con la joven. A continuación salieron para Yuma. Quizá se encuentren allí en estos momentos, obligando a Paul Drake a emplearse a fondo.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—Llamar a Paul Drake. No tiene objeto que regresemos inmediatamente, ya que quizá todo habrá terminado cuando nosotros lleguemos allí.

—¿A dónde llamamos?

Mason señaló la cabina telefónica en un rincón.

—A ver si consigue localizar a Paul Drake en el Bisnaga Motel —dijo—. Utilice nuestra tarjeta de crédito, Della.

Della entró en la cabina telefónica y al cabo de unos momentos dijo:

—Hola, Paul. Perry desea hablarle.

Mason, ya ante el aparato, saludó a su amigo:

—¿Qué hay, Paul? No esperaba encontrarte ahí.

—¿Por qué? —inquirió Drake con voz enronquecida, que delataba su sueño—. Me dijiste que me quedara aquí, ¿no?

—Nuestra presa ha desaparecido de Calexico —explicó Mason—. Me figuré que la pareja se encontraría en Yuma a esta hora.

—No sé ni media palabra de ella.

—Tienen que haber burlado nuestra vigilancia.

—Es difícil burlar la vigilancia de nuestros colaboradores de Arizona —declaró Drake—. Y menos viajando esa gente en un coche que lleva matrícula de Massachusetts.

—Bien. Todo eso significa que ellos han cruzado la frontera, adentrándose en Méjico. Se habrán casado ya, seguramente. No estoy familiarizado con las leyes mejicanas referentes al matrimonio, pero supongo que no habrán tropezado con grandes dificultades para conseguir su propósito. Siento haberte molestado, Paul, pero me he visto obligado a efectuar esta comprobación.

»Nos encontramos en el Palm Court Motel. Aquí están registrados los nombres de Dewitt y de tía Lorraine, pero dudo de que vuelvan por este lugar. Yo estoy en la cabina novena y Della en la séptima. Las habitaciones cuentan con teléfono. Si pasa algo fuera de lo corriente, telefonea.

—Conforme. Y si no ocurre nada…

—Dile al piloto que se acerque a Calexico con el avión. Esto ha de ser a primera hora de la mañana… Poco tenemos ya que hacer por lo que respecta a esta fase del caso. Cuando veamos a Lorraine Elmore, se habrá transformado ya en la señora de Montrose Dewitt.

Mason colgó, diciendo a Della:

—Creo que no conseguiremos nada aguardándoles, Della. No obstante, yo esperaría todavía un rato por si, por cualquier azar, volvieran. Si transcurrido el período de tiempo que creemos prudente no han regresado, es que ya…

—Usted no hará tal cosa —le interrumpió la joven—. Yo he dormido un par de horas… Usted lleva ya muchas sin pegar un ojo. Va a acostarse en seguida y…

Él denegó con la cabeza.

—Quiero dedicar unos momentos de reflexión a este asunto, Della. No me acostaré hasta que haya aclarado mis ideas sobre el mismo, pase lo que pase. Usted ahora se acuesta y ya nos veremos

por la mañana. Yo me encargaré de despertarla.

—A mí me gustaría, jefe, si usted quiere…

—No. Usted se va a dormir, Della. Voy a pensar en todo esto un poco ahora. Buenas noches.

Mason apagó las luces y colocó una silla junto a la puerta de su cabina. Luego se sentó, encendiendo un cigarrillo concentrándose por completo en el problema que tenía entre manos.

A las tres y media de la madrugada seguía sin aparecer el coche de la matrícula de Massachusetts. Entonces Mason se levantó, cerró la puerta y después de desnudarse se tendió en el lecho quedándose dormido instantáneamente.

A las seis y media, Della llamó suavemente a su puerta.

—¿Está usted levantado, jefe? —inquirió en voz baja.

Mason abrió.

—Acababa de afeitarme —contestó—. ¿Desde cuándo está en pie?

—No hace mucho que me he levantado. Nuestros tortolitos han abandonado el nido.

—Eso es lo que sucede, al parecer —manifestó Mason—. Me asomé por la ventana nada más despertarme. Los dos… ¡Vaya! ¡Quién lo hubiera dicho!

—¿Qué pasa? —preguntó Della Street.

Mason le señaló las cabinas posteriores.

—Eche un vistazo por ahí. Fíjese en el hombre que ahora abre la portezuela de su coche. Mire con disimulo.

—¡Cómo! ¡Pero si es George Latty! —exclamó Della Street mirando por encima de su hombro.

—Ciertamente —corroboró Mason—. Veamos qué nos dice ese hombre.

Latty miraba en la guantera de su automóvil cuando Mason dijo:

—Buenos días, Latty.

Latty volvió la cabeza rápidamente. El gesto que apareció en su rostro era de incredulidad.

—¡Usted! ¿Qué hace usted aquí?

—Muy bien. Iniciaremos nuestro diálogo como en Arizona. ¿Y usted qué hace en este lugar?

—¿Yo? Tenía que dormir en algún sitio, ¿no?

—¿Sabía que tía Lorraine estaba aquí? —preguntó Perry Mason.

—¡Ssss! No hable tan alto… Pasemos a mi cabina. Ellos ocupan la de al lado.

—¿Y se encuentran ahí?

—Desde luego.

Mason hizo una seña a Della Street.

Los dos penetraron en la cabina de Latty.

—¿Cuánto tiempo hace que está usted aquí? —inquirió Mason.

—No lo sé. No me he fijado en la hora.

—Por el libro registro del motel podremos saberlo fácilmente.

—Está bien… Llegué aquí poco antes de la medianoche, me parece.

—¿Y ha estado usted metido en su cabina todo este tiempo?

—No. Salí… Bueno. Quise echar un vistazo por los alrededores. Deseaba ver Méjico. Yo…

—¿Qué duró su ausencia?

—Se alargó algo… No sé.

—¡Qué mal miente usted, Latty! —exclamó Mason—. Explíqueme lo que ha estado haciendo.

—¿Y a usted qué le importa?

—Por lo que veo, Latty, ha estado jugando de nuevo a los detectives. Ya lo echó a perder todo una vez y ahora lo ha estropeado todo de nuevo. Supongamos que accede, para variar, a contestar a mis preguntas con entera franqueza. Cuando usted llegó aquí, ¿estaba el coche de la matrícula de Massachusetts estacionado delante de esas cabinas?

—¿Cómo? Sí, claro… Espere un momento… Bueno, concretamente no recuerdo haber visto el automóvil en cuestión.

—¿Sabía que Dewitt y tía Lorraine se encontraban aquí?

—Sí.

—¿Por eso vino?

—Pues…

—Mire, Latty —dijo Mason—: no puedo permitirme el lujo de perder el tiempo. Usted telefoneó a Linda desde El Centro y consiguió que la joven le enviara algún dinero. Hablando con ella se enteró de que tía Lorraine y Dewitt estaban en este lugar. ¿Qué hizo usted a continuación?

—Vine aquí y pedí la cabina anexa a la de ellos. Ellos estaban en esa unidad y para su información le diré que las paredes no son

muy gruesas. Pueden estar oyendo cuanto decimos.

—Si siguieran ahí, sí.

—Siguen ahí.

—No, no, ya no.

—Estaban ahí.

—¿Cuándo?

—Cuando yo entré en esta unidad. Poco después de haber entrado les oí hablar.

—Mire, joven: no tengo tiempo ni gusto por sacarle la verdad gota a gota, exprimiéndole. Déjese de rodeos y responda a mis preguntas. ¿Por qué no se quedó en Yuma como yo le indiqué?

—Porque… porque no quise. Y no pienso contestar a sus preguntas, a ninguna. No me gusta que me hable en ese tono de voz. Sépalo de una vez para siempre, y que no se le olvide: soy yo quien ha contratado sus servicios. Usted no tiene por qué decirme qué es lo que debo y lo que no debo hacer.

—De acuerdo. Pongamos las cosas en claro —replicó Mason—. Usted no ha contratado mis servicios. Usted no ha contratado los servicios de nadie. Por lo que a mí se refiere, usted es una especie de equipaje de exceso. Y le veo, además, como una esponja, como un parásito. Usted es un adolescente muy verde todavía, que intenta actuar como un hombre, pero que no sabe cómo.

»Para que esté bien informado: voy a apartarme por completo de este asunto si usted ha de continuar teniendo algo que ver con él. He terminado, sí. Voy a llamar por teléfono a Linda para decirle todo lo que pienso sobre el particular.

Mason hizo un gesto dirigido a Della, dio la vuelta y salió.

Poco después hablaba por teléfono con Paul Drake.

—¿Se ha producido alguna novedad por ahí, Paul?

—Ninguna.

—Bien. Ponte al habla con el piloto del avión. Aterrizad en este aeropuerto y recogedme. Cuando haya hecho entrega del automóvil alquilado, regresaremos a Los Ángeles. Dejamos el caso.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Drake.

—El novio de Linda… Aparte de que esto marcha ya como Dios quiere. No sé, en realidad, qué es lo que ha sucedido y no dispongo de tiempo para dedicarlo a sacarle la verdad al jovencito. Vosotros venid, que pronto estaremos de vuelta en Los Ángeles.

Mason llamó luego a Linda.

—Los pájaros han abandonado el nido —le hizo saber.

—¿Qué ha pasado?

—Su novio, George Latty, intentó llevar a cabo ciertas empresas detectivescas y, al parecer, lo echó todo a perder.

—¿Qué hizo exactamente? Está en El Centro; es decir, estaba en El Centro. Ahora ya habrá regresado; o estará al regresar.

—Se equivoca —declaró Mason—. Se encuentra aquí, en el Palm Court Motel. Llegó por la noche, a última hora, arreglándose para que le dieran la cabina contigua a la ocupada por Montrose Dewitt. Evidentemente, estuvo escuchando a sus vecinos, ya que me dijo que los muros de los alojamientos son muy finos…

—¡Válgame Dios! —exclamó Linda.

—No sé qué pasó, pero lo cierto es que las cabinas dan la impresión de hallarse vacías en estos momentos y…

—¿Se refiere usted a dos? —preguntó la chica.

—Sí… A la decimocuarta y a la decimosexta. George pidió la duodécima. Por lo visto, ellos se marcharon. Seguramente, localizaron a su novio, decidiendo marcharse. George se ha mostrado reservado conmigo y yo no dispongo de tiempo para dedicarme a hacerle hablar a la fuerza, empleando algunos trucos. Tengo la impresión de que se ha metido en algún lío y que pretende disimularlo.

»Dispongo de un avión y dentro de un par de horas me encontraré de regreso en Los Ángeles. Hemos perdido todo contacto con su tía y no vale la pena que yo malgaste inútilmente el tiempo y usted su dinero…

»Su tía le prometió que se verían esta tarde. En estos instantes se me figura que no disponemos de mejor punto de partida que éste. Me encontraré en la ciudad cuando ella se reúna con usted. Esperemos que Dewitt la acompañe.

—Pero… ¿y George?

—George supone otro de los problemas que afectan a usted. Quisiera saber si le envió dinero suficiente para un pasaje aéreo de ida y vuelta.

—De ida solamente.

—Póngalo en camino, Linda. Quiero quitármelo de encima. ¿Me acepta una sugerencia? Búsquele un billete de autobús en lugar del

pasaje de primera clase de un «jet». Hay que hacerle saber que el hombre que actúa exclusivamente a base del dinero ajeno es llamado entre nosotros un…

El abogado guardó silencio. Acababa de oír un terrible grito, que salvó el obstáculo de la puerta de cristales de la cabina telefónica.

—¿Qué ha sido eso? —inquirió Linda. He creído oír un grito…

Aquél se repitió, esta vez más cerca de la cabina.

Mason abrió la puerta.

Una mujer que llevaba en una mano una bayeta y en la otra un cubo, corría por la zona de los aparcamientos de coches gritando con todas sus fuerzas.

En el momento de mirar Mason hacia ella el cubo rodó por el suelo, dejando una estela de agua jabonosa.

La mujer continuó su carrera, llevando la bayeta y luego la arrojó lejos de sí, como si se hubiese tratado de alguna cosa contaminada. Después chilló con todas sus fuerzas:

—¡Señora Chester! ¡Señora Chester! ¡Un crimen! ¡Ha sido cometido un crimen!

Oyóse el ruido de una puerta al cerrarse estrepitosamente.

Mason dijo a Linda:

—Espere un momento. No permita que interrumpan la comunicación. Voy a echar un vistazo por ahí fuera, a ver qué pasa. La mujer que gritaba salió de la cabina decimocuarta, cuya puerta se encuentra abierta todavía.

En compañía de Della Street, Mason echó a correr hacia la cabina citada.

El abogado se asomó al interior.

La cama estaba hecha, pero las almohadas habían sido amontonadas hacia la parte de la cabecera.

Tendida en el suelo se veía la figura de un hombre vestido, parcialmente sobre su espalda. Un negro parche cubría uno de sus ojos. El rostro tenía el color inconfundible que sólo da la muerte.

—¡Dios santo! —exclamó Della Street—. ¿Qué es lo que hay en el otro apartamento?

Mason volvió la cabeza, respondiendo:

—No voy a tardar mucho en saberlo.

Introdujo la llave que dejara allí la doncella en la cerradura de la cabina decimosexta, haciéndola girar.

Mason abrió la puerta sin muchos rodeos.

Había allí varias maletas de aspecto lujoso que habían sido abiertas. Los objetos que contuvieran estaban distribuidos por la habitación. En su mayor parte eran de uso femenino.

Tampoco aquí habían utilizado el lecho.

—¿Quién es usted? —preguntó la mujer que se había acercado al abogado.

—Soy Perry Mason, y esta señorita es mi secretaria. Hemos oído hablar a la doncella que había sido cometido un crimen.

—Aquí no, aquí no —declaró la criada—. Todo ha ocurrido en la otra cabina, en la decimocuarta.

—¡Oh! Perdón —dijo Mason.

—¿Es usted agente de policía? —inquirió el encargado del motel.

Mason sonrió.

—Soy abogado.

El encargado miró hacia la puerta de la cabina decimocuarta, adentrándose luego en la habitación.

—Bueno, bueno… —dijo Mason, como si viese el cadáver por primera vez—. Al parecer aquí hay un hombre muerto… Sin embargo, no veo por ningún lado indicaciones de que haya sido cometido un crimen.

Se abrió la puerta de la cabina duodécima, presentándose en la entrada George Latty, con los faldones de la camisa fuera, la cara cubierta de jabón y una navaja de afeitar en la mano.

—¿Qué significa todo este escándalo? —preguntó.

Mason no le prestó la menor atención, diciendo al encargado:

—Yo tengo la impresión de que se trata de una muerte natural, pero lo mejor es que llame usted a la policía.

El encargado del motel procedió a cerrar las puertas de las dos cabinas.

Abrióse ahora la de otro alojamiento. Un hombre en pijama, sobre el cual se había echado una bata, preguntó:

—¿Qué eran esos gritos?

—Una de las doncellas, que se asustó —explicó el encargado.

George Latty miró a Mason.

—¿Qué significa todo esto?

Mason contestó:

—¿A qué se refiere?

—A los gritos.

—¿Los oyó usted también?

—Naturalmente que los oí. Eran tan estridentes como los silbidos de una locomotora.

—¿Cuándo se enjabonó usted el rostro? ¿Antes o después de haberlos oído?

—Antes, desde luego. ¿Por qué me hace esa pregunta?

—Seguramente esperó algún tiempo para abrir la puerta.

—No… no me encontraba presentable.

—¿Quiere decir que se cambió de ropa?

—No. Iba vestido como me vio. Lo que pasa es que… vacilé.

—Ya, ya.

Mason se encaminó hacia la cabina telefónica a buen paso.

—¿Está usted todavía ahí, Linda? —inquirió ante el aparato.

—¡Cielos! Sí. He tenido que sostener una verdadera batalla con la central para impedir que cortaran la comunicación. ¿Qué ha sucedido?

—Al parecer Montrose Dewitt ha muerto. Y su tía ha desaparecido. Alguien ha registrado las maletas que se encontraban en las dos unidades, actuando a toda prisa. Como George Latty ocupaba la contigua a la de Dewitt, inevitablemente se presentarán complicaciones.

—¡Válgame Dios! ¿No habrá usted querido indicarme que hubo una lucha? Es imposible que George…

—Sí, estoy de acuerdo con usted en que George no ha actuado así —declaró Mason al ver que Linda titubeaba—. Ahora bien, el problema principal ante la cosa es: ¿qué ha sido de su tía…? Un momento, un momento… ¿Es pelirroja su tía?

—Sí.

—Creo que la mujer que acaba de pasar junto a mí y que está aproximándose a la cabina decimosexta es… la llamaré luego. Adiós.

Dejó el teléfono, cruzando a toda prisa la zona de aparcamiento.

George Latty se había retirado, cerrando la puerta de su habitación.

El encargado del motel y la doncella se encontraban en la pequeña oficina del establecimiento, llamando a la policía, por lo

visto.

La mujer intentó abrir la puerta de la cabina decimosexta. Iba a dirigirse ya hacia la decimocuarta cuando Mason la cogió por un brazo.

—¿Lorraine Elmore? —preguntó el abogado.

Ella giró en redondo. Tenía los ojos muy abiertos, dilatados por el pánico de que se sentía poseída.

—Sí, soy Lorraine Elmore. ¿Y usted quién es?

—Soy abogado. Y creo que vale más que hable usted conmigo antes que con cualquier otra persona.

—Pero… Es que tengo que entrar en mi habitación. He de localizar a… mi amigo.

—¿No tiene usted llave?

—No.

—¿Dónde está?

—Se la… llevaron.

Mason contestó:

—Por favor, señora Elmore: acompáñeme. Para su información le comunicaré que conozco a su sobrina, a Linda Calhoun.

—¿Usted conoce a… Linda?

—Sí.

Mason aumentó su presión sobre el brazo de Lorraine Elmore mientras cruzaban la zona de los aparcamientos.

—Le presento a Della Street, mi secretaria de confianza. Si usted se aviene a charlar un rato con nosotros, señora Elmore, podremos ayudarla, y tal como están las cosas me inclino a pensar que va a andar necesitada de ayuda ciertamente.

Capítulo 6

A un gesto de Mason, Della Street procedió a acomodar a Lorraine Elmore en su sillón. La secretaria se sentó a su lado.

El abogado estuvo de pie unos momentos. Seguidamente se dejó caer sobre el borde del lecho.

—¿Qué puede usted decirme, señora Elmore?

—¿Es usted amigo de Linda?

—Sí. La joven estuvo en relación conmigo sobre otro asunto. Creo que lo que a ella le interesaba…

—Sólo necesitaba saber eso: que era amigo de Linda. Han asesinado a Montrose.

—¿Quiénes lo han asesinado?

—Unos enemigos —replicó la mujer vagamente.

—¿Qué enemigos?

—Los suyos —dijo la señora Elmore, echándose a llorar.

Della Street le pasó un brazo por los hombros.

—Si usted no puede decirnos lo que ha sucedido, señora Elmore, sin antes dar rienda suelta a su emoción…

—Limítese a señalar los hechos escuetamente —propuso Mason.

Lorraine Elmore contuvo las lágrimas.

—¡Oh! ¡Íbamos a ser tan felices!

—Usted haga un esfuerzo; pruebe a contar al señor Mason todo lo que pasó —dijo Della Street.

—Ha sido terrible… Intentábamos orientar nuestras vidas; deseábamos comenzar de nuevo y…

—Por favor, señora Elmore: díganos lo que ha sucedido. Cíñase a los hechos.

—Nos perseguían… Montrose se sentía cada vez más atemorizado. Me explicó que había personas que… que no le dejarían…

Lorraine Elmore empezó a llorar otra vez.

—Bueno, señora Elmore. Voy a hacerle unas preguntas. Contéstemelas con pocas palabras, ajustándose a ellas. ¿Dónde está su coche?

—Ahí fuera —repuso Lorraine con un torpe movimiento del brazo—. Por ahí.

—¿Dónde?

—En una carretera en bastante mal estado.

—¿Dónde?

—A algunos kilómetros de aquí.

—¿A qué distancia?

—No lo sé.

—¿Cuánto tiempo duró el desplazamiento hasta el instante de abandonar su coche?

—Unos… unos veinte minutos, supongo, después de haber salido nosotros de este lugar.

—¿A qué hora salieron de aquí?

—No lo sé… Alrededor de la medianoche, quizá.

—¿Por qué se fueron?

—El coche que nos había estado siguiendo se encontraba aparcado en este sitio. Montrose lo reconoció.

—¿Conocía a su conductor?

—No.

—¿Y les había estado siguiendo a ustedes?

—Sí.

—¿Está usted segura de ello?

—Desde luego. El hombre se detuvo en una estación de servicio para dejarnos pasar y después intentó alcanzarnos nuevamente. Nosotros aminoramos la marcha y le obligamos a que nos adelantara.

—¿No reconoció al conductor?

—¿Por qué había de reconocerle? Yo soy de Massachusetts. Esto es California. De todos modos yo me encontraba situada a la derecha y él pasó por la izquierda.

—Comprendido. De manera que usted y Montrose viajaban en su coche… ¿A dónde se dirigían?

—Él quería hablar conmigo. Deseábamos elaborar algunos planes y nos dimos cuenta de que éramos espiados. En consecuencia, nos quedamos donde creíamos que podríamos charlar

sin ser interrumpidos y sin que nadie nos oyera.

—¿Dónde?

—Nos salimos de la carretera, enfilando una de segundo o tercer orden.

—¿Qué dirección siguieron por la asfaltada?

—La misma que cuando entramos en ella.

—¿Hacia Yuma?

—Sí, creo que sí.

—¿Y qué pasó luego?

—Pues… paramos el automóvil.

—¿Cuánto duró el trayecto antes de aparcar?

—No lo sé… Fue poco tiempo… El que necesitamos para apartarnos algo de la carretera principal.

—¿Retrocedieron más tarde?

—Eso fue después… después, sí.

—¿Cuándo?

—Cuando el hombre obligó a Montrose a apearse del coche.

—Veamos —dijo Mason—. Ustedes se habían detenido. Hablaban… ¿Qué pasó?

—El coche nos siguió… No llevaba las luces encendidas. No advertimos su presencia hasta que estuvo casi encima de nosotros. Luego, Montrose abrió la portezuela y se dispuso a apearse… El desconocido se hallaba plantado allí. Un pañuelo cubría su faz. Era imposible verle la cara. El pañuelo le caía desde la banda de seda del sombrero… «Salga de ahí», le dijo a Montrose, mientras le apuntaba con un arma.

—¿Usted vio el arma?

—¡Sí, sí! A la luz de la luna… La luz se reflejó en el acero del cañón.

—¿Qué sucedió entonces? —preguntó Mason, apremiante—. Por favor, señora Elmore, dese prisa… Es muy importante.

—El hombre me ordenó que siguiera donde estaba. De repente, Monty se abalanzó sobre él, intentando arrebatarle la pistola. El desconocido le asestó un golpe terrible en la cabeza con la culata. Monty se derrumbó. El otro continuó golpeándole, una vez, dos, tres… ¡Oh! Fue terrible, fue espantoso… Yo… yo…

—Conténgase, señora Elmore —ordenó Mason—. No se deje llevar de sus nervios. ¿Qué sucedió después? Sus emociones

personales no interesan ahora. Hemos de ajustarnos a los hechos.

—Monty quedó tendido en la cuneta. Estaba muerto. Yo sabía que estaba muerto. ¡Oh! Aquellos horribles golpes… El ruido de cada uno…

—¿Qué más, qué más?

—El hombre se acercó al coche. Se acomodó a mi lado, registró el interior del vehículo, inspeccionó la guantera. Después cogió mi bolso y me dijo que pusiera el coche en marcha, que avanzara en la dirección que nosotros enfiláramos.

—Es decir, alejándose cada vez más de la carretera principal, ¿no?

—Exactamente.

—¿Estaba mal el camino?

—Sí.

—¿Y el hombre se sentó detrás de usted?

—No, se instaló frente al volante de su automóvil, que colocó inmediatamente detrás del mío.

—¿Con las luces encendidas?

—No. Seguía con ellas apagadas.

—¿Se cubría todavía el rostro?

—Sí.

—¿Qué más?

—Seguí conduciendo hasta que él hizo sonar el claxon y encendí las luces. Me detuve. El otro se apeó para decirme: «Ahora, hermana, siga hacia delante, hasta donde pueda llegar».

—Y luego, ¿qué?

—Se metió en su coche y dio marcha atrás.

—¿Qué hizo usted entonces?

—Lo que él me había dicho, lo que quería hacer, en definitiva, ya que deseaba perderle de vista. Le vi retroceder y girar… Yo apreté a fondo el acelerador. Volaba por la carretera…

—Continúe.

—De pronto, noté que el piso se hallaba cubierto de arena. El coche derrapó. Creo que perdí la cabeza. Las ruedas giraron y lo único que conseguí fue excavar un hoyo del cual no había manera de salir. El motor se me paró entonces.

—Siga, señora Elmore.

—Logré poner de nuevo el motor en marcha, pero sin obtener

ningún resultado positivo. Todo lo contrario: las ruedas se hundían más y más en la arena.

—¿Qué decisión tomó entonces?

—Esperé unos minutos. Finalmente, me apeé, echando a andar.

—¿Siguiendo el camino por el cual había llegado allí?

—Sí.

—Esto que voy a preguntarle es importante, señora Elmore: ¿reconoció el lugar en que el desconocido se había enfrentado con ustedes?

—No. Me limité a andar, a seguir la carretera. Pensé que en algún lugar encontraría a Monty, tendido en el suelo… que vería su cuerpo… No sucedió eso. El desconocido había echado aquél en su automóvil, llevándoselo…

—¿No oyó ningún disparo?

—No.

—¿Qué fue de usted más tarde?

—Seguí andando, hasta sentirme agotada. Tuve que descansar… Tenía los zapatos llenos de arena, de menudos guijarros. Pensé que me había desorientado por completo. Eché a andar por otra carretera y estuve vagando por unas dunas de arena… Finalmente, fui a parar a la carretera asfaltada y al cabo de unas horas (creo que fueron horas aquellos momentos interminables), un hombre me hizo subir a su coche…

—Veamos sus pies —dijo Mason.

La señora Elmore le mostró uno.

—Me quité las medias —explicó—. Habían quedado destrozadas…

Mason le quitó cuidadosamente el zapato, contemplando pensativo las ampollas enrojecidas que cubrían el pie de Lorraine Elmore.

—¿Vio usted claramente cómo aquel desconocido atacaba a Montrose Dewitt?

—¡Cielos! ¡Sí! Le vi como le estoy viendo a usted. ¡Fue espantoso! Le asestó un golpe hallándose Monty de pie y ya en el suelo continuó agrediéndole dándole patadas, incluso…

—Pero no hizo fuego sobre él, ¿verdad?

—No. Yo no oí ningún disparo.

—Bien —manifestó Mason—. Quiero que se quede aquí, señora

Elmore, descansando tranquilamente. Mi secretaria y yo hemos de telefonear.

—Voy… voy a entrar en el cuarto de baño —anunció ella.

Lorraine Elmore se levantó, echando a andar. Hubiera llegado a caerse de no haberla sostenido Mason a tiempo.

—Mis pies. ¡Oh, cómo me duelen! —exclamó la mujer.

—Cálmese, cálmese, señora Elmore.

Ésta entró por fin en el cuarto de baño, cerrando la puerta del mismo.

Mason dijo, dirigiéndose a Della:

—Lorraine Elmore ha mentido…

—¿Qué quiere decir?

—Vi el cuerpo. Nada hay en él que indique que el hombre fue golpeado con fiereza. No sé cómo murió, pero si ella cuenta esa historia… No podemos dejarla hablar en tales términos.

—¿Y cómo vamos a obligarla a callar?

Mason respondió:

—Mire, Della… Ha llegado el momento de que nos hagamos con un buen colaborador. Hay por aquí un abogado llamado Duncan Crowder, con el que he trabajado en otra ocasión. Va usted a llamarle por teléfono, diciéndole que se presente en este lugar inmediatamente. Dígale que quiero que me ayude en un caso. Dígale que deje todo lo que tenga entre manos y que venga con la mayor rapidez posible.

Della Street asintió, respondiendo:

—Supongamos que se ha ausentado.

—Si se ha ausentado estamos hundidos. No conozco ningún otro profesional merecedor de confianza por estos parajes. Crowder es un hombre de experiencia.

El abogado se aproximó a la ventana, descorriendo la cortina.

Frente a la cabina decimocuarta había varios coches estacionados. En las inmediaciones de la puerta se había formado un grupo integrado por una docena de personas.

Cuando Della Street volvió, Lorraine Elmore continuaba dentro del cuarto de baño.

—¿Ha dado usted con él? —inquirió Mason.

—He dado con él y viene ya hacia acá. Quiso explicarme algo, pero yo le dije que no había tiempo para nada, que se limitara a

ponerse en camino, que le necesitaba usted, y que le necesitaba inmediatamente.

—La perfecta secretaria, sí, señor —comentó Mason—. Ahora…

Se interrumpió al ver que la puerta del baño se abría. Lorraine Elmore, débil, agotada, avanzó con trabajo hacia la silla.

Della se le acercó, apresuradamente.

—¿No le agradaría tenderse un rato, señora Elmore? —preguntó la joven, solícita.

—Sí. Anoche tomé unas píldoras y… Creo… debo de haberme quedado amodorrada… ¡Oh! ¡Quisiera olvidar tantas cosas! ¿No podría usted proporcionarme algún sedante?

Della Street la acompañó hasta la cama, ayudándola a acostarse.

—Usted va a estarse quieta aquí… Voy a colocarle sobre los ojos un paño empapado de agua fría.

—La señora Elmore sonrió, agradecida.

—Tengo… tengo que contárselo todo a la policía. Es algo…

—Habrá tiempo para eso, señora Elmore —manifestó Mason—. Usted atiéndala, Della.

El abogado salió a toda prisa de la habitación, metiéndose en la cabina telefónica para llamar a Linda Calhoun.

Cuando quedó establecida la comunicación, dijo:

—Soy Perry Mason, Linda. Quiero que escuche con atención lo que voy a decirle y que…

—¡Señor Mason! ¿Qué ha pasado? ¿Qué le pasa a tía Lorraine? ¿Qué…?

—Cállese, por favor. Y preste atención a lo que voy a decirle. Escuche… Montrose Dewitt ha muerto. Su tía ha vivido una desagradable experiencia. De acuerdo con lo que cuenta, él fue muerto a golpes, en presencia suya. Pero su tía está fuera de sí; es víctima de un ataque de histeria. Existen ciertos detalles que no encajan bien en el cuadro general de la aventura. La historia que nos ha referido es, sencillamente… Bueno, con franqueza, no es convincente.

—Tía Lorraine no suele mentir —objetó Linda.

—¿Está segura?

—Pues… sí. Casi segura.

—Pudiera mentir si alguien se lo hubiese ordenado, ¿no?

—Estando enamorada, yo no sé…

—Hay algo en todo esto que no entiendo. ¿A usted le parece bien que yo represente a su tía? Necesita un abogado a su lado, ahora mismo.

—¡Claro que me parece bien que usted la represente! Es lo que he deseado desde el principio, señor Mason. Yo quería que usted…

—Un momento, un momento. Conviene que puntualicemos. Si yo represento a su tía, no la represento a usted, ni a George.

—¿Qué tiene que ver George con esto?

—No lo sé. George puede saber o no algo acerca de este asunto. Si represento a su tía, ella se convierte en mi cliente. ¿Quiere que la represente o no?

—Sí, sí, por favor, señor Mason.

—Conforme. No se aleje del teléfono. Volveré a llamarla tan pronto tenga algo que comunicarle.

—¿No cree usted que yo debiera trasladarme ahí? ¿No le parece que…?

—Creo que sí —repuso Mason—. Probablemente, tendrá que alquilar alguna avioneta, a menos que disponga de alguien que la traiga en automóvil.

El hombre que se encontraba por fuera de la cabina telefónica tocó levemente el cristal de la puerta.

—Soy reportero, camarada. He de dictar una información urgente a mi periódico. ¿Qué tal si me facilitara una pequeña oportunidad?

—De acuerdo —respondió Mason—. La llamaré más tarde, Linda.

Colgó y abrió la puerta de la cabina. El reportero se precipitó en el interior de la misma, comenzando en seguida a marcar un número.

Mason regresó a su habitación. En ella vio a Della Street sentada en el borde del lecho. Había colocado sobre la frente de Lorraine Elmore un paño húmedo.

Della se llevó un índice a los labios, invitándole expresivamente a guardar silencio.

Mason se acercó a la ventana, contemplando a la gente que se había ido congregando en la zona de aparcamientos del motel.

Alguien llamó a la puerta.

Lorraine Elmore hizo una tentativa para incorporarse.

—No se inquiete —dijo Della Street—. Todo va bien, señora Elmore.

Mason atendió la llamada.

—¿Quién es?

—Soy Duncan Crowder, señor Mason.

El abogado abrió la puerta. Sus labios se distendieron en una sonrisa de bienvenida que no llegó a concretarse. El joven que vio plantado en el umbral era tan alto como él. Tenía unos cabellos oscuros y ondulados, ojos grises, del color de la pizarra, una faz de rasgos muy regulares y una sonrisa tranquilizadora.

—Usted no es el hombre por quien yo pregunté.

El visitante contestó:

—Intenté explicar a su secretaria que mi padre se encuentra en el hospital. Me estoy ocupando de sus cosas en la actualidad. La señorita no me dejó explicarme. Limitóse a decirme que viniera y luego colgó.

—Ya comprendo —dijo Mason, pensativo—. Lamento lo de su padre. ¿Trabajan juntos?

—En efecto… Somos *Crowder & Crowder*… Yo soy Crowder, hijo, Duncan Crowder.

Mason preguntó a Della Street:

—¿Está su cabina abierta?

La joven asintió.

—Hablaremos allí —dijo Mason, estudiando disimuladamente a su interlocutor.

—Lo siento —dijo Crowder cuando Mason hubo cerrado la puerta de la unidad de Della Street—. Comprendí que se trataba de algo urgente. No habiéndoseme presentado la ocasión de dar explicaciones por teléfono, pensé que lo mejor era facilitárselas personalmente.

—¿Desde cuándo ejerce usted la abogacía? —inquirió Mason.

—Desde hace un par de años, señor Mason. He oído a mi padre hablar de usted muchas veces… Por otro lado, he seguido sus casos en la prensa… ¿Y quién no?

—Bueno. Siéntese. Va usted a aprender algunas de las cosas que no contienen los libros que ha estudiado.

—¿Me quiere para trabajar con usted?

Mason hizo un gesto afirmativo.

—¿De qué se trata? —preguntó Crowder.

Mason sacó su cartera de bolsillo.

—Aquí tiene: un dólar. Es una *señal*. Tendrá otros ingresos posteriormente. No sé a cuánto ascenderán. Yo mismo ignoro cuáles serán mis honorarios en este asunto. Pero lo cierto es que con este dinero queda establecida una relación de carácter profesional entre nosotros.

Crowder tomó con gesto grave el dólar, guardándoselo.

—Adelante, señor Mason.

—En la cabina decimocuarta hay un hombre muerto. Existe la posibilidad de que haya sido asesinado. Yo no estoy seguro de ello.

»Sí sé, en cambio, que Lorraine Elmore, mi cliente, nuestra cliente, mejor dicho, sufre un ataque de histeria. Hemos logrado tranquilizarla, últimamente. Ella cree que presenció el crimen.

—¿En el motel? —preguntó Crowder.

—En el motel, no. Eso es lo malo de su relato. Se trata de una historia descabellada, improbable, que resulta completamente contradictoria si uno se atiene a los hechos. No quiero que refiera ese cuento, pero es que si lo silencia su situación será igual de apurada.

»Por consiguiente, sólo existe una salida.

Crowder miró a Mason a los ojos, permaneció pensativo un momento y contestó:

—Usted quiere decir que necesitamos los servicios de un buen doctor.

Mason repuso:

—Joven: veo que está usted en posesión de una mente estrictamente legal. Creo que es un buen retoño del viejo árbol.

»Hay dos razones que justifican mi necesidad de un abogado local en este asunto. En primer lugar preciso de los servicios de un doctor. En segundo término necesito de alguien que pueda establecer contacto con un forense, los reporteros y la gente del lugar, estableciendo los hechos del caso antes de que nuestra cliente haya hablado.

Crowder preguntó:

—¿Qué pasa con este teléfono? ¿Comunica directamente con el exterior?

—En la oficina funciona una especie de centralilla. Afuera hay

una cabina telefónica.

Crowder asintió, acercóse a la puerta y luego volvió moviendo la cabeza.

—Delante de la cabina está la gente agrupada en una fila de tres en fondo.

—Bien —contestó Mason—. Utilizaremos este teléfono. Cuidado con lo que dice, ¿eh?

Crowder descolgó el micro, manifestando al cabo de unos segundos:

—Quisiera comunicar con el exterior… ¿Podrían darme línea? ¡Oh! Si tiene que marcar los números, entonces… Quisiera… Es que no recuerdo el número y no dispongo a mano de una guía. Deseaba hablar con el doctor Kettle… ¿Tendría usted la amabilidad de llamarle?

Hubo una pausa. Finalmente, Crowder dijo:

—¿Horace? Aquí Duncan Crowder, hijo. Estoy en el Palm Court Motel, en la cabina séptima. Queda delante de la calle, conforme gira uno hacia la zona de aparcamientos, a la derecha. Quisiera que viniese usted en seguida. Sí; en seguida… Se trata de algo urgente, desde luego. No. No es una intervención quirúrgica pero necesito que se presente en este lugar con la máxima urgencia. De acuerdo, ¿eh?

Crowder colgó, declarando:

—Vendrá inmediatamente. De paso, le diré una cosa: el doctor Kettle hace muchas autopsias, por delegación del médico forense.

—De su conversación deduzco que le une con ese hombre una gran amistad.

—Sí, en efecto. Es cliente nuestro y médico de mi padre.

—Y suyo también, me imagino —apuntó Mason, sonriendo.

Crowder sonrió también.

—Todavía no he necesitado ninguno en los años que tengo.

Mason explicó:

—El hombre muerto es Montrose Dewitt. Nuestra cliente es Lorraine Elmore. Es una mujer viuda, de Massachusetts. Existen muchos detalles que confirman que Dewitt era un granuja, uno de esos tipos que eligen sus víctimas entre las mujeres… Puede que sus actividades tengan un ángulo de carácter más siniestro.

—¿También asesino de las mujeres a quienes engañaba? —

inquirió Crowder.

Mason hizo un gesto afirmativo.

—¿Y qué le ha pasado?

—Ha muerto —declaró Mason—. Fue encontrado sin vida en el suelo, dentro de la cabina decimocuarta. Nuestra cliente ocupaba la decimosexta. Hay indicaciones que revelan que ambas unidades fueron sometidas a un detenido registro, aunque se realizara a toda prisa. El autor de aquél dispuso de más tiempo, al parecer, en el primero de los dos alojamientos. La maleta de la víctima fue abierta y de ella se sacaron algunas cosas, pero no se ha observado desorden alguno.

»En la unidad decimosexta, sin embargo, la ocupada por Lorraine Elmore, el registro fue, aparentemente, más precipitado. Muchas prendas femeninas fueron sacadas de las maletas, quedando desparramadas por la habitación. Puede que nuestra cliente llevara una gran suma en efectivo.

»Me interesé por el caso por obra de una sobrina de la señora Elmore, una chica llamada Linda Calhoun, quien quería que protegiera a su tía. Creía que estaba corriendo el peligro de morir asesinada.

—¿Y de acabar casada? —aventuró Crowder.

—Cuanto más le conozco, Crowder, más seguro estoy de que usted y yo haremos muy buenas migas.

»Bien. Linda Calhoun tiene un novio: George Latty, que se encuentra en este motel, desde anoche. Ocupa la unidad duodécima, contigua a la de Montrose Dewitt. El hombre me hizo saber que las paredes son aquí tan finas que es posible escuchar las conversaciones a través de ellas…

»De acuerdo con la distribución de las cabinas, se puede afirmar que si Latty escuchó alguna conversación a través de los muros, aquélla debió de celebrarse en la unidad decimocuarta o en la décima.

—¿No lo dijo? —preguntó Crowder.

—No lo ha dicho ni va a decirlo —declaró Mason—. Lo que sé, lo declaró inadvertidamente. Pronto se cerrará en banda, quizás.

—¿Es probable que él esté informado?

—Es muy probable.

—¿A qué se dedica?

—Estudia leyes, actualmente. Da la impresión de que se pasa horas delante del espejo, admirándose a sí mismo. Eso ocurre, seguramente, después de seguir las peripecias de la tropa corriente de héroes de la televisión.

»Linda trabaja —prosiguió diciendo Mason—, y, evidentemente, se saca un buen sueldo. Gracias a su sueldo se encuentra en condiciones de que George Latty se beneficie con su ayuda. Sí: contribuye a que vaya adelante con su carrera. Ahora viene algo que demuestra el carácter verdadero de ese joven: Latty me comunicó que disponía de una pequeña suma de dinero, fruto de sus ahorros, a base de una parte de su asignación mensual, manifestando que Linda no sabía nada de ese dinero, lo cual representaba evidente, un ahorro subrepticio.

—¿En qué aspectos difiere la historia de nuestro cliente de los hechos conocidos? —inquirió Crowder.

—Son varios los aspectos a considerar —replicó Mason—. Ella insiste en que el hombre fue golpeado en el desierto, hasta que perdió la vida. El coche de Lorraine Elmore se encuentra ahí fuera y sólo Dios sabe qué pruebas habrán quedado en aquél. Espero la llegada de un detective y de una avioneta de un momento a otro. La alusión de Lorraine Elmore al lugar en que dejó el coche no puede ser más vaga, debido a su desconocimiento de esta región, pero, en fin, creo que después de que el doctor medie en el asunto volaremos un poco y…

Llamaron a la puerta.

Mason cruzó la habitación para abrirla.

El hombre que se plantó en el umbral tendría cincuenta y tantos años. Era menudo, delgado, de aire enérgico y faz severa. Sus vivos ojillos inspeccionaron a Perry Mason.

—¿Está Crowder aquí? —preguntó.

—¿Es usted el doctor Kettle?

—Sí.

—Soy Perry Mason.

Crowder dio unos pasos adelante.

—Hola, doctor. Entre.

El médico inquirió:

—Usted es Perry Mason, el gran abogado, ¿no?

Mason sonrió.

—Debo haber tenido una buena prensa por aquí, según veo.

—En efecto —confirmó el doctor Kettle—. ¿Qué deseaban de mí?

Medió Crowder:

—¿Me permite, señor Mason?

—¡No faltaba más! Adelante.

—En la unidad contigua —explicó Crowder— tenemos una cliente que anda necesitada de tratamiento médico. Será mejor que describa sus síntomas.

El doctor Kettle movió la cabeza.

—Será mejor que me deje establecer el diagnóstico sin la intervención de nadie.

Crowder asintió:

—Será mejor que le dé a conocer sus síntomas.

De repente, el doctor sonrió.

—Creo que esta mañana me muestro algo tardo en comprensión. Adelante. Deme a conocer esos síntomas de la enferma.

—Nuestra cliente —explicó Crowder— puede o no haber sido testigo de un crimen. Ha vivido una experiencia muy fuerte. Ha rebasado la cuarentena y se halla muy alterada emocionalmente. La histeria se ha apoderado de ella.

»Desde luego, más tarde será preciso que cuente su historia a la policía, pero de momento, tal es mi opinión, al menos como hombre de leyes, debe callar.

—¿Por qué?

La pregunta del doctor sonó como un trallazo, de puro seca.

—Porque emocionalmente se encuentra muy alterada y su relato no puede ajustarse a la verdad, a los hechos tal y como se produjeron. En su presente estado no es justo que se vea sometida a un interrogatorio.

—Le echaré un vistazo —contestó el doctor Kettle—. Ahora bien, a juzgar por los datos que usted me facilita, Duncan, esa mujer sufre un agudo ataque de histeria y será necesario que descanse, que guarde una quietud absoluta. Voy a administrarle un sedante enérgico. La trasladaré al hospital y haré cuando esté allí que cuiden de ella unas enfermeras especiales, con órdenes rigurosas de que no sea visitada por nadie. Habrá de estar así por espacio de veinticuatro horas, por lo menos. Pasadas éstas, cuando se

normalice, decidiré si es aconsejable otro modo de proceder.

—Creo que ha llegado ya el momento de que vea a su cliente, doctor —manifestó Mason.

—Lo mismo pienso yo.

—¿Va usted a efectuar el traslado en una ambulancia? —preguntó Mason.

El doctor Kettle hizo un movimiento denegatorio de cabeza.

—Las ambulancias llaman mucho la atención siempre. Me la llevaré en mi coche, ocupándome de su instalación en el hospital personalmente… Es decir, si está en condiciones de andar.

—Creo que sí podrá —opinó Mason—. Claro, le resultará bastante molesto.

—¿Por qué?

—Estuvo vagando largo rato por el desierto.

—Ya comprendo.

Mason abrió la puerta de la cabina. El doctor Kettle salió, miró a la derecha e izquierda y avanzó hacia la unidad contigua.

Ya dentro, Mason dijo:

—Le presento a mi secretaria, Della Street… El doctor Kettle… Bien, señora Elmore. Aquí tenemos un médico que va a ver si puede ayudarle un poco. De momento, examinará sus pies. No queremos correr el riesgo de una infección.

Mason miró a Della Street.

—Yo creo, Della, que lo mejor sería dejar al doctor a solas con su paciente.

El doctor Kettle abrió su maletín, del que sacó alguna gasa y una jeringuilla hipodérmica.

—¿Está usted nerviosa, señora Elmore?

Lorraine Elmore apartó el paño que tenía sobre la frente, intentando incorporarse.

—Calma, ¿eh? Ya sé que ha pasado por una desagradable experiencia.

Lorraine Elmore asintió. Fue a hablar, pero en seguida estalló en sollozos.

El doctor inclinó un pequeño frasco… El olor del alcohol invadió la habitación.

—A ver, señora Elmore… Su brazo izquierdo, por favor.

Intervino Mason:

—Una sola pregunta, señora Elmore, antes de que el doctor Kettle le administre la inyección que calmará sus nervios. ¿Lleva usted encima una gran suma de dinero?

La mujer experimentó un fuerte sobresalto.

—¡Cielos! ¡Sí! Ya no me acordaba de eso. Monty llevaba también consigo mucho dinero.

—¿Dónde está? —preguntó Mason.

—Yo… Nosotros… Está debajo del asiento del sillón de su cabina. Decidimos que lo mejor era esconder el dinero antes de salir en el coche.

—¿Se ocuparon de ello detenidamente?

—Sí. Acordamos dejar el dinero y… ¡Ay!

—Listo —comentó el doctor, retirando la jeringuilla hipodérmica.

—¿Se hará cargo usted del dinero en cuestión? —preguntó la señora Elmore.

—Procederemos de la forma más conveniente —prometió Mason.

El doctor les señaló la puerta.

Mason, Della Street y Duncan Crowder salieron en silencio de la unidad.

Duncan dijo, mirando a Della:

—Siento que no me diera usted tiempo para explicarle que mi padre se hallaba en el hospital y que yo me encontraba al frente de la firma, atendiendo a sus varios asuntos con la mayor diligencia posible.

—Todo fue culpa mía —se disculpó Della Street—. Nos enfrentábamos aquí con una cosa urgente y no quise perder unos minutos. El señor Mason me dijo que me pusiera en contacto con Duncan Crowder. Usted me dio este nombre y consideré luego inútil prolongar la conversación.

Mason dijo:

—Todavía nos queda algo por hacer, Crowder.

—¿El dinero?

Mason asintió.

Crowder se fijó en el grupo de curiosos que se movían por las cercanías de la cabina que ocupara Dewitt.

—Si le es lo mismo, señor Mason… Yo sugiero que se quede

usted aquí. Su fotografía ha salido en los periódicos muchas veces. Esa gente le va a reconocer y empezará a hacer comentarios.

»Echaré un vistazo yo solo, si le parece bien. Conozco al forense y al jefe de policía. Naturalmente, no me será posible ahora sacar nada de ahí.

—Vaya, vaya usted, Crowder.

Mason cogió a Della Street del brazo, quedándose los dos en la puerta de la cabina de la joven. Duncan Crowder se mezcló entre los presentes, cambiando saludos con algunos. Finalmente, se adentró en la unidad con el aire calmoso y natural de una persona que penetrase en su casa.

Crowder estuvo ausente por espacio de cinco minutos. Emergió con la misma naturalidad con que había entrado. Esta vez no se detuvo a hablar con nadie, sino que fue directamente en busca de Mason y Della Street, donde éstos le esperaban.

—¿Lo encontró? —preguntó Mason.

—No he visto nada.

—¿Miró usted debajo de los cojines del sillón?

Crowder hizo un gesto afirmativo.

—¿No ha visto nada que indique que aquéllos hayan sido quitados en algún momento del sillón?

Crowder movió la cabeza a un lado y a otro.

—No hay nada que llame la atención a primera vista. Los cojines pueden quitarse y ponerse sin que nada aparezca alterado. Existe, no obstante, un punto que podría resultar muy significativo.

—¿Cuál?

—En el estrecho espacio existente entre los cojines y un brazo del sillón había unas monedas sueltas —explicó Crowder—. Puede que procedan del bolsillo del pantalón de un hombre que haya estado sentado allí con una pierna montada encima de la otra… En estas condiciones, es fácil que se caigan. Existe la posibilidad, también, de que alguien las colocara allí para dar la impresión de que aquello no había sido tocado… Cabe la duda, desde luego. ¿Quién puede saber a qué atenerse en tal aspecto?

Mason siguió luego la dirección de la mirada de Crowder.

—Fíjese en ese tipo —manifestó el joven—. Hablan de nuestros sombreros de ala ancha, que tanto llaman la atención en Boston. Ése lo que lleva sobre la cabeza es una minúscula cápsula. A mí su

sombrero me recuerda los pasteles de manzana que hacía mi madre…

Mason le interrumpió.

—¡Hombre! —exclamó—. ¡Pero si es Howland Brent, de Boston! Se trata del agente financiero de Lorraine Elmore. Ha debido de alojarse en una de estas unidades del motel. A ver si averigua cuándo llegó aquí y con qué nombre se apuntó en el registro… ¡Santo Dios! Esto complica todavía más la situación.

—Voy a ocuparme de eso ahora mismo —anunció Crowder—. Usted no se deje ver, señor Mason.

Crowder se alejó en dirección a la pequeña oficina del establecimiento, regresando a los pocos minutos.

—Así se llama, en efecto: Howland Brent, de Boston, Massachusetts. Al parecer conduce un coche alquilado, ya que su matrícula es de California. Entró anoche, poco antes que usted. Ocupa la cabina undécima, es decir, la siguiente a la suya.

Mason se quedó pensativo.

—Está usted comenzando a llamar la atención —advirtió Crowder—. La gente le conoce y la señorita Street es una mujer atractiva. Ya he notado unas cuantas miradas «de lobo» en esta dirección, de algunos individuos de la localidad.

—Yo también las he notado —declaró Della Street, riendo—. He optado por hacerme la desentendida, lo usual en estos casos.

—Será mejor que nos marchemos —opinó Mason—. La señora Elmore está en buenas manos, ¿no?

—Hasta que pasen veinticuatro horas no formulará ninguna declaración —apuntó Crowder—. Anda el doctor Kettle por en medio. Nada dirá que trascienda. Todas sus manifestaciones se reducirán a la comunicación confidencial dirigida a su médico.

—O a una enfermera —sugirió Mason.

—O a una enfermera —confirmó Crowder.

—Sí, será mejor que nos marchemos —insistió Mason—. Sin embargo, yo estoy esperando a Paul Drake…

—¿De quién se trata?

—Del detective que trabaja en este caso por encargo mío. Llegará de un momento a otro.

—Bien. Nos encontraremos a salvo por veinticuatro horas —dijo Crowder—. ¿Qué hará usted cuando haya transcurrido ese lapso de

tiempo?

—Me gustaría saberlo —contestó Mason, con franqueza.

—¿Por qué no se mete en su coche y espera al detective en otro sitio? —propuso Crowder.

—Un momento —medió Della Street—. Se acerca un taxi.

—Ése es Paul —anunció Mason, adoptando instantáneamente una decisión—. Usted, Della, subirá al coche alquilado en compañía de Crowder. Yo me acomodaré en el taxi de Paul.

Mason echó a andar a buen paso hacia la acera cuando el taxi disminuía la velocidad, empezando a girar.

Paul Drake se había metido la mano en el bolsillo, disponiéndose ya a pagar.

—No dejes el taxi, Paul —le dijo Mason—. Voy a subir.

El abogado abrió la portezuela, saltando al interior del automóvil al tiempo que decía:

—Vuelva al aeropuerto, conductor.

Éste, que había echado un vistazo a su alrededor, inquirió:

—¿Qué ha pasado aquí? Esto está lleno de gente.

—Me parece que ha habido una riña —contestó Mason—. O tal vez hayan robado en alguno de los automóviles aparcados… ¿Qué tiempo va a tardar para llevarnos al aeropuerto?

—No se preocupe: iremos de prisa. Oiga, ¿es que nos sigue ese coche?

—Nos sigue, sí —explicó Mason—. Esos viajeros son amigos nuestros.

—Ya.

Drake enarcó las cejas, mirando a Mason.

El abogado le invitó a guardar silencio con una mirada tan expresiva como la suya.

—¿Está el avión preparado para salir, Paul?

—En efecto.

—¡Magnífico! —exclamó Mason—. Éste va a ser un día muy movido, Paul.

—Ya me lo figuro —comentó Drake.

Capítulo 7

Cuando los coches se detuvieron en el aeródromo, Mason se apresuró a abordar al piloto.

—¿Está usted preparado para despegar? —le preguntó.

—Sí.

—¿Lleva combustible suficiente?

—No se inquiete por eso.

Mason se volvió hacia Crowder.

—Usted y su padre deben estar bien relacionados dentro de la zona del Valle Imperial, ¿no?

—Hasta el extremo sur del mismo, sí.

—Supongo que algunos de sus clientes tendrán tierras por vender…

—Es lo más seguro.

—Concretando: ¿conoce usted a alguien en particular que posea propiedades hacia el este y que actualmente esté interesado en vender?

—Creo que sí —contestó Crowder.

—¿Podría señalarme las propiedades en cuestión desde el aire?

—Lo intentaré.

—Me interesan los terrenos del Valle —explicó Mason—. Creo que se podría hacer una inversión excelente. Me gustaría averiguar algo acerca de la topografía de la zona y localizar las dunas arenosas. Creo que las hay hacia el este y el norte. Antes de emprender el regreso a Los Ángeles no estaría de más sobrevolar la región. Sí; es una buena idea.

—Le acompañaré —declaró Crowder—. Más adelante seré más concreto por lo que a las zonas en venta se refiere, de las cuales le facilitaré los precios correspondientes. De momento, sólo podré facilitarle una información de tipo general.

—Una información de tipo general es cuanto preciso —

manifestó Mason—. Me parece que lo más acertado será desplazarnos hasta el este, siguiendo las carreteras que se dirigen hacia el norte. Se trata del sector que a mí me interesa y quisiera tener idea acerca de la topografía del mismo.

—Estoy a su disposición.

—Sobrevolaremos la zona que le diga a poca altura. Después regresaremos a Los Ángeles directamente —dijo Mason dirigiéndose ahora al piloto.

—Conforme. Puedo llevarle a donde desee, dentro de lo razonable.

Entraron en el pequeño avión, poniéndose los cinturones. El piloto calentó los motores. El aparato se puso en movimiento, enfilando la pista de despegues.

—Ustedes dirán.

Estaban ya en al aire.

Mason se volvió hacia Duncan Crowder.

—Vuele hacia el este unos veinte kilómetros —dijo el joven—. Sobrevuele Calexico. Luego, siga la carretera asfaltada que va a Yuma.

El piloto asintió. El aparato se inclinó de lado, describió una curva.

Al pasar sobre el motel de Calexico, Mason estudió la situación, advirtiendo que pegado a la unidad decimocuarta había un vehículo del tipo de los utilizados normalmente por las empresas funerarias.

El avión describió un círculo.

—¿Conforme? —preguntó el piloto.

—Conforme —respondió Crowder, señalando hacia el este.

Sobrevolaron durante unos minutos la brillante cinta de la carretera.

—A partir de aquí hay que explorar todas las carreteras que conduzcan hacia el norte —dijo Mason.

—¿Hasta dónde?

—Hasta el final. No nos separan muchos kilómetros de la otra autopista de El Centro y Holtville. Queremos comprobar la zona comprendida entre las dos grandes vías.

—¿Pueden ustedes decirme qué andan buscando? —preguntó el piloto.

—Unas propiedades… —replicó Mason, vagamente.

El piloto situó el aparato a unos trescientos metros del suelo, explorando una carretera secundaria. Seguidamente, volvió hacia la principal, deslizándose a lo largo de un nuevo camino.

—Ahí está, seguramente, lo que ustedes buscan, ahí delante —aventuró.

Mason, que ocupaba el asiento del copiloto, contestó:

—No veo nada.

El avión pasó zumbando por encima del automóvil, detenido, ganó altura y regresó al mismo punto.

—Está medio hundido en la arena —comentó el piloto—. Eso parece.

—Bien —dijo Mason—. Desplácese hacia el norte unos tres kilómetros. Luego, emprenda el regreso al aeródromo. No se aparte del avión una vez aterricemos allí. Reposte gasolina y tenga listo el aparato para despegar en cuanto nos vea.

—Conforme.

El avión fue ganando altura.

Mason se volvió hacia Crowder.

—¿Podrá usted localizar la carretera?

El joven contestó afirmativamente.

—¿Queda ese punto cerca de la finca de su cliente?

—Muy cerca —manifestó Crowder, haciéndole un guiño.

—Me gustaría ver la zona desde el suelo —dijo Mason.

—Le llevaré allí en coche —prometió Crowder.

—Poco tiempo necesitarán para eso —declaró el piloto.

El aparato describió un círculo sobre el campo enfilando después la pista de aterrizajes.

El piloto condujo el avión hasta cerca del sitio en que dejara Crowder el coche alquilado.

Los pasajeros se apearon.

Cuando ya el piloto no podía oírles, Mason dijo a Crowder:

—Será mejor que conduzca usted. Usted conoce la región. Y también la carretera, ¿no?

—En efecto. Queda más allá de las tierras de riego. Es una vía que conduce a la autopista de Hotville. Hay un tramo de grava apretada y luego arena, más de la que uno quisiera.

—¿Grava apretada?

—Sí. Aquí soplan vientos muy fuertes… Con el tiempo, han ido

barriendo las capas superficiales arenosas, dejando una superficie muy dura. Al flojear los vientos, empieza a depositarse sobre ella una capa cada vez más gruesa de arena. En este paraje, tierra de contrastes, verá cosas que han de llamarle la atención. Hay suelos que son puro cieno, dunas arenosas y pisos formados por pequeñas rocas, pulidas por la erosión. Las rocas son oscuras y brillantes por las partes expuestas al sol.

—¿Se borran fácilmente las huellas…? —quiso saber Mason.

—Es fácil descubrir las que dejaría un automóvil si son recientes… ¿No quería referirse usted a eso?

—No quería referirme a eso exactamente, pero en fin, echaremos un vistazo. Vayamos allí lo antes posible. Estamos luchando contra el tiempo.

Crowder pisó el acelerador.

—Bueno. Yo no estoy seguro en cuanto a la ética de esta situación —declaró Crowder—. He dejado en sus manos por completo eso.

—Ha hablado usted de «ética». ¿Qué quiere decir?

—Me figuro que vamos a descubrir unas pruebas.

—Pruebas… ¿de qué?

—Pues no lo sé.

—Ni yo tampoco —repuso Mason—. Estamos inspeccionando unos hechos.

—Pero, ¿qué vamos a hacer con esos hechos? ¿Es que…? Bueno, imaginémonos que tales hechos arrojan unas pruebas… más adelante.

—En eso mismo pensaba yo. Vamos a posponer ese *más adelante* todo lo que podamos si los hechos indican que nuestra cliente se hallaba emocionalmente alterada.

—¿Pero qué vamos a hacer si resultan pertinentes?

—En ese caso, llamaremos la atención de las autoridades sobre ellos.

—¿Y usted cree que van a merecer tal calificativo?

—Mucho me temo que sí. Sin embargo, por lo que a la ética se refiere no olvide que un abogado está obligado a proteger a su cliente. He aquí la primera y principal de las reglas relacionadas con la ética legal.

»La gente que formuló los cánones de aquélla daba por

descontado que un abogado se inclinaría siempre por proteger a su cliente. En consecuencia, redactó normas sobre la conducta profesional, a fin de impedir que el abogado fuese demasiado lejos. Pero el canon número uno, que debe sobreponerse a los restantes, fija que un abogado ha de ser leal a su cliente, siendo su obligación protegerlo.

»Veamos… Nosotros tenemos una cliente que podemos calificar de histérica. Ella me ha referido una historia que no puedo repetir ante las autoridades porque se trata de una confidencia de carácter profesional.

»Si yo no puedo decírsela a las autoridades con palabras sin violar la ética legal, tampoco me es posible referir dicha historia mediante acciones.

—Expliqúese.

—Si las autoridades supieran que hemos cogido un automóvil para trasladarnos aquí, supondrían, naturalmente, que existe una razón determinante de nuestro proceder y que nuestra cliente nos ha referido algo que ha dado lugar a tal acción.

—Ya le entiendo —dijo Crowder.

—Por consiguiente —apuntó Mason—, no hay razón para permitir que las autoridades se enteren de que hemos venido aquí buscando un coche.

—Comienzo a comprender su interés por estas tierras como inversión y la estudiada indiferencia con que al principio miró usted aquel automóvil.

Mason dijo ahora:

—Creo que podemos confiar en nuestro piloto, pero que no viene a cuento someterlo a un «test» práctico.

—¿Por eso quiere que regrese lo antes posible a Los Ángeles?

Mason sonrió.

—Si no está aquí, si no oye hablar de ningún caso criminal, tampoco le dará por hablar, por hacer comentarios.

—Exacto.

Guardaron silencio unos minutos. Después, Crowder giró hacia la izquierda.

—¿Es ésta la carretera? —preguntó Mason.

Crowder contestó que sí con la cabeza.

—Vayamos despacio, para ver si descubrimos huellas.

—Aquí el tráfico es insignificante —explicó Crowder—. Sólo se aventuran por estos lugares los cazadores. Esta carretera serpentea por entre las dunas de que le he hablado. Por una razón u otra él viento forma un remolino por este punto y pierde violencia al transportar arena, la cual se deposita, dando lugar a montones movedizos.

—El piso es firme —observó Mason—, como si hubiera intervenido en su formación alguna sustancia de tipo aglutinante.

—Vea usted esos guijarros pulidos. Siempre brillan a la luz del sol.

El coche ganó velocidad. Luego, la marcha se hizo más lenta como si se hubiesen estado deslizando por otro tramo arenoso. Seguidamente avanzó con más rapidez, al atacar otro llano de empedrado piso.

—Ahí delante está el automóvil —anunció Crowder—. La matrícula es de Massachusetts.

—Detengámonos aquí —dijo Mason—. No, espere. Siga hasta donde pueda ser, evitando siempre el riesgo de quedarnos empantanados.

—Puedo avanzar más porque sé cómo hay que conducir aquí. No olvide que me he criado por estos parajes. Si se oprime a fondo el acelerador el parón es seguro. Si se procede con suavidad no hay peligro… Y si con todas las preocupaciones las ruedas se hunden en la arena basta con disminuir la presión del aire en los neumáticos para…

—Eso es —dijo Mason—. Paremos el coche y soltemos un poco de aire de los neumáticos. Quiero dejar las huellas imprescindibles.

—Muy bien. Procederemos así. Se quedará usted sorprendido al advertir la diferencia…

El automóvil se detuvo. Crowder se apeó, yendo de una rueda a otra.

—El viaje de regreso habremos de hacerlo con toda lentitud, hasta que lleguemos a una estación de servicio —advirtió Crowder.

—De acuerdo.

—¿Quiere usted remolcar ese coche? —inquirió Crowder—. No nos sería imposible.

—No disponemos de ninguna cuerda o cable a propósito.

—Por aquí tiene que haber alambre de espino —dijo Crowder—.

Bien enredados varias veces, compondremos una especie de cadena de remolque que hará su papel.

—No sé si es eso exactamente lo que yo quiero —contestó Mason.

Luego Crowder situó el coche a metro y medio del otro vehículo.

—Ahora puede usted ver lo que sucedió —dijo—. El conductor aceleró… Después, probó con la marcha atrás. Lo único que consiguió fue excavar más con las ruedas en la arena, hacer el hoyo más profundo.

Mason asintió, respondiendo:

—Hay que obrar con todo género de precauciones. Si han de quedar rastros aquí, quiero que sean tan sólo los indispensables.

—Ya hay algunos —señaló Crowder—. Parece ser que alguien anduvo por aquí. El que se apeó por la portezuela de la izquierda no se molestó en cerrar aquélla. Hay una luz que se enciende automáticamente al abrirse la misma. Si pasa mucho tiempo así, la batería se resiente, se descarga. ¿Cree usted que debemos cerrar la portezuela en cuestión?

—No. Será mejor que lo dejemos todo tal como lo hemos encontrado.

Los dos se aproximaron al automóvil, inspeccionando su interior.

—¿Busca usted huellas de sangre o algo por el estilo? —preguntó Crowder.

—Algo por el estilo —repitió Mason maquinalmente.

Colocóse un pañuelo en la mano y abrió la portezuela posterior. De repente, se irguió.

—¿Qué es eso?

—Sobre el asiento del conductor —manifestó Mason— hay una cápsula verde. A juzgar por su tamaño y aspecto puede que se trate de un barbitúrico… de un producto hipnótico.

—A veces, tengo entendido, utilizados como supuestos «sueros de la verdad»…

—Mediante la inyección con jeringuilla hipodérmica es posible controlar la dosis —aclaró Mason—. Bueno, ¿y usted qué cree que puede estar haciendo eso aquí?

—¿Por qué no nos llevamos esa cápsula? Averiguaremos de qué se trata exactamente —propuso Crowder.

—La cápsula se quedará donde está —decidió Mason—. Ahora vamos a proceder a abrir el portaequipajes.

El abogado alargó el brazo por entre la portezuela abierta y la carrocería, quitando de su sitio la llave del encendido. Había varias más unidas a ella y Mason seleccionó la que le interesaba. Acercóse a la parte posterior del coche y levantando el capó miró al interior del portaequipajes.

—Nada —comentó Crowder—. ¿Era esto lo que usted esperaba?

—La verdad, amigo mío, es que yo me limito a mirar y a pensar.

Mason bajó el capó, colocando las llaves donde las encontrara.

Los dos hombres se acercaron a su automóvil.

—¿Es eso todo? —preguntó Crowder.

—Sí.

—¿Qué habéis encontrado? —preguntó Drake.

—Hemos llevado a cabo un examen muy superficial —replicó Mason—. Vimos una cápsula verde en el asiento del conductor, a la derecha del mismo. La cápsula pudo haberse caído de un bolso femenino.

—¿No hubo más? —insistió Paul.

—No. No hubo más.

—Y, sin embargo, pareces sentirte aliviado.

—En una situación como la presente nunca se sabe qué puede uno hallar en el interior de un automóvil.

—¿Habías pensado en otro cadáver? —quiso saber Drake.

—Había pensado que nunca se sabe qué puede uno hallar en el interior de un automóvil —subrayó Mason.

Crowder, diestramente, dio marcha atrás, girando en la arena, comunicando a las ruedas el impulso justo para que no patinaran.

Avanzaron en silencio hacia la carretera asfaltada.

En la primera estación de servicio que encontraron, Crowder se ocupó de que dieran aire a los neumáticos. Mientras les atendían, Mason se acercó a la cabina telefónica, marcando el número de la oficina del sheriff.

Cuando quedó establecida la comunicación, Mason se expresó en los siguientes términos:

—Soy un abogado de Los Ángeles. Me interesaba ver unas tierras del Valle, con el fin de invertir algún dinero, y mientras volaba sobre la zona descubrí un automóvil medio hundido en la arena y

abandonado, al parecer.

»El vehículo se encuentra en un camino que va desde la autopista de Calexico-Yuma a la de Holtville-Yuma. La derivación queda a unos veinticinco kilómetros, al este de Calexico. Les sugiero la conveniencia de efectuar una investigación.

»No distinguimos señal alguna de vida; no vimos a nadie que hiciera señales en demanda de ayuda así que no dimos mucha importancia a nuestro descubrimiento. Pero más tarde, efectuando una inspección más detallada del sector, decidimos acercarnos al automóvil. Se trataba de un vehículo con matrícula de Massachusetts. Había hundido sus ruedas en la arena, siendo abandonado. Me figuré que desearían conocer la presente información.

—Gracias. Hemos tomado nota de ella —le contestó el funcionario de servicio.

Mason colgó, reuniéndose con Duncan Crowder.

—Me dispongo a dejar todo esto en sus manos. Paul Drake se quedará aquí para ayudarle. He dado cuenta a la oficina del sheriff del hallazgo del coche. Recuerde que andábamos interesados por unas tierras que uno de sus clientes tiene en venta.

—Lo recordaré —prometió Duncan—. ¿Algo más?

—No.

—¿Volvemos al aeropuerto?

Mason asintió.

—He aquí algún dinero para gastos —dijo a Crowder.

El abogado sacó su cartera, alargando a Duncan dos billetes de cien dólares.

—Conforme. Usted tiene ya mi número de teléfono. Manténgase en contacto conmigo.

—Y usted téngame al corriente de lo que vaya ocurriendo. Linda Calhoun aparecerá por aquí, formulando preguntas concernientes a su tía. Está muy unida a George Latty. Todo lo que ella sepa acabará sabiéndolo también, probablemente, su novio. Y cualquier cosa que éste averigüe será, a no mucho tardar, de dominio público.

»Paul: retén este coche alquilado, vaga por Calexico y no pierdas el contacto con Crowder. Mantente a la expectativa… Howland Brent habrá de ser vigilado.

—¿Qué he de decir si soy interrogado… oficialmente? —inquirió

Drake.

Mason sonrió.

—Que tú estás efectuando indagaciones por encargo mío y que yo, a mi vez, colaboro con las autoridades.

—Sí, sí. Estoy al cabo del carácter de tu colaboración —replicó Drake pasándose el dedo índice por la garganta, como si fuera a cortársela.

—¡Hombre, Paul! —exclamó Mason—. ¡Me dejas sorprendido! Estamos colaborando con las autoridades. Les hemos dado cuenta de todo lo que hemos averiguado.

—Pero no les has dicho el por qué de tus indagaciones.

—¿Que no? Les he dicho que yo tenía entre manos la adquisición de unos terrenos aquí. Mi interés, en este sentido, es auténtico. Se trata de una buena inversión.

—Ya, ya —repuso Drake, secamente.

—Y, desde luego —añadió Mason—, ahora que hablamos de esto el hecho de que ese automóvil lleve matrícula de Massachusetts es una coincidencia, Paul.

En el aeroplano, Mason se volvió hacia Crowder, estrechando su mano.

—No deje este asunto de la mano, Duncan —le recomendó—. Llámeme por teléfono tan pronto haya alguna novedad. Paul Drake estará en contacto con usted y conmigo.

Crowder respondió:

—Creo haber comprendido qué es lo que usted desea, señor Mason.

—Estoy seguro de ello —declaró Mason, sonriendo—. También me parece que ha entendido bien *lo que no quiero*.

—He ahí un punto más difícil —contestó Crowder—, pero creo tener una idea general. Sé que es usted un hombre sumamente ocupado y que no dispone de todo el tiempo que necesitaría para explicarme determinados detalles. Es una lástima, sobre todo por lo que a los representantes de la ley se refiere, que haya de reintegrarse tan de prisa a su oficina de Los Ángeles. De otro modo, nos habríamos sentado para charlar detenidamente acerca de ciertas cosas.

—Sí que es una pena —convino Mason—. Tendrá que hacer uso de su buen juicio, Duncan.

—Me esforzaré para estar a la altura de las circunstancias —prometió Crowder.

Mason tomó a Della Street de un brazo llevándola hacia el avión y ayudándola a subir al mismo. El piloto hizo funcionar los motores. Duncan y Paul Drake agitaron los brazos en señal de adiós cuando el aparato empezó a moverse para enfilar la pista de despegues.

—He aquí un joven abogado que *llegará* —comentó Della.

Mason esbozó otra sonrisa.

—Se halla en posesión de lo que únicamente puede describirse como una buena *mente legal*.

Capítulo 8

Cuando Mason y Della Street entraban en la oficina, Gertie, la recepcionista y operadora de la centralita telefónica, dijo:

—Señor Mason: Paul Drake acaba de llamar desde Calexico. Deseaba hablar con usted tan pronto entrara aquí. Dijo que esperaría al teléfono. Había calculado que llegaría aquí a esta hora…

—Está bien. A ver si puede usted establecer esa comunicación, Gertie, con rapidez.

Mason y Della pasaron al despacho del primero. Della se aplicó a la tarea de abrir el correo. Mediada su tarea, sonó el timbre del teléfono.

Mason hizo una seña a la joven para que cogiera el auricular de la derivación.

—Hola Perry —dijo Drake.

—Hola. Te escucho, Paul.

—Todo esto es una tempestad en un vaso de agua, querido. Ese individuo falleció de muerte natural.

—¿Seguro, Paul?

—El forense lo está. Pues sí… Ese hombre murió de muerte natural… Un ataque cardíaco, probablemente. No ha habido ningún asesinato.

—¿Has avisado a Crowder?

—Sí.

—¿Has sabido de Linda Calhoun?

—Sí. Se encuentra aquí. Debió de llegar hacia la hora en que vosotros despegabais. Estaba en el motel cuando me presenté allí.

—¿Hablaste con ella acerca de Crowder?

—Sí. Crowder me acompañaba y procedí a presentárselo. Él le dijo que trabajaba contigo y la llevó a su despacho.

—¿Qué hay sobre George Latty?

—Desapareció. Supongo que habrá regresado a Los Ángeles.

—¿Alguna noticia referente al coche abandonado?

—Nadie ha tomado ninguna determinación acerca de él —manifestó Drake—. Tomaron nota de su información y la archivaron. Nadie ha vuelto a ocuparse de ella.

—Y de Howland Brent, ¿qué?

—Está removiendo cielos y tierra para conseguir del doctor Kettle que le deje hablar con Lorraine Elmore. El médico se niega. Brent alquiló un coche y se fue. Uno de mis hombres le sigue. Habrá regresado a Los Ángeles, probablemente.

Mason tomó una decisión rápidamente.

—Bien, Paul. Si se trata de una muerte natural no existe razón alguna para que las autoridades mantengan selladas las unidades del motel. Muévete con rapidez y tómalas antes de que se te adelante alguien. Dile al encargado que representas a Lorraine Elmore y paga por anticipado. Di que ella perdió la llave, hazte de otra y registra el lugar centímetro a centímetro.

»El forense querrá llevarse ciertas cosas de la cabina de Dewitt. Tan pronto haya sido hecho eso instálate en ella. Procúrate una reserva alegando que voy a reunirme contigo. No des mi nombre. Da el tuyo a la hora de alquilar ambas unidades.

—Conforme —replicó Drake.

—Otra cosa: alquila la unidad dejada por Latty. Así dispondremos de tres en fila. Luego, procede a registrar las piezas detenidamente.

—¿Con qué fin, Perry? No ha habido ningún crimen y…

—Lo más probable es que no podamos averiguar dónde está el dinero. Sabremos, en cambio, con toda certeza, dónde no se encuentra.

—De acuerdo —dijo Drake—. Actuaré en seguida.

—En seguida, ¿eh?

—Sí. No te preocupes —respondió Drake, colgando.

Mason y Della Street hicieron lo mismo.

—¿Y bien? —inquirió la joven.

Mason movió la cabeza.

—¿Dejaremos las cosas tal como están si las autoridades se empeñan en ello? —preguntó Della.

—¿Por qué no?

—Usted conoce la historia de esa mujer que asegura que vio cómo lo asesinaban…

—Y a todo esto, el cuerpo no presenta ninguna señal. Sí; el cadáver no ofrece indicios que hablen de violencias y el hombre falleció de muerte natural.

—¿Lo cree usted así, realmente?

—No puedo poner en tela de juicio la opinión de las autoridades —manifestó Mason—. A ver si puede usted localizar por teléfono a Duncan Crowder, Della.

Della Street se puso en comunicación con Gertie. Unos segundos después hacía un gesto afirmativo en dirección a su jefe. Mason cogió el teléfono.

—Soy Perry Mason, Duncan —dijo el abogado—. ¿Qué tal van las cosas?

—Magníficamente. El hombre falleció de muerte natural. Supongo que ya se lo diría su detective.

—Pues sí. ¿Qué más ha averiguado usted?

—No mucho. Linda Calhoun se encuentra aquí, en mi despacho. Hemos estado charlando… ¿Se ha puesto George Latty en contacto con usted?

—No.

—Al parecer, regresó a Los Ángeles e intentará comunicar con usted.

Mason dijo:

—Ya que está usted hablando con Linda Calhoun, podría insistir en el hecho de que su tía ha sufrido un profundo trastorno de carácter emocional. Bien… No sé con seguridad cuál puede ser la causa de esta perturbación, pero cabría atribuirla al uso de algunos barbitúricos durante un dilatado período de tiempo.

»Es probable que se dirigiera a la cabina ocupada por Montrose Dewitt y que llamara a la puerta. No habiendo recibido contestación alguna, abrió aquélla para asomarse al interior, viéndole tendido en el suelo, muerto. Presa de una fuerte emoción, regresó a su alojamiento comenzando a desordenarlo todo, nerviosa, saltando al volante de su coche después para lanzarse por el desierto.

»No soy médico, pero me imagino que una mujer que ha tomado una dosis exagerada de sedantes, experimentando luego una fuerte emoción, como la citada, que le lleva a coger su automóvil para

emprender un alocado paseo, siempre con el pensamiento fijo en la desaparición de una persona que estima mucho, está en condiciones de forjarse la fantástica idea de haber presenciado un crimen.

—Todo es posible —convino Crowder—. En realidad, no se sabe tanto acerca del funcionamiento del cerebro en determinadas circunstancias.

—Es un pensamiento que podría usted brindar al doctor Kettle —apuntó Mason.

—Un momento, un momento —le atajó Crowder—. Kettle se mostrará comprensivo hasta donde pueda ser. Pero jamás falsificará un hecho por mucho que le insistan.

—No se trata de un hecho —subrayó Mason—. Hablamos de una hipótesis. Usted puede decirle que hay detalles que indican que Lorraine Elmore ingirió una fuerte dosis de barbitúricos, con el propósito de conciliar el sueño. Puede que oyera algún ruido… Es posible que Montrose Dewitt pronunciara su nombre en la unidad contigua al sentirse enfermo. Entonces, ella se apresuró a auxiliarle y el hombre expiró en sus brazos. Tal episodio originó, quizá, toda una serie de ideas.

—Le comprendo —declaró Crowder—. Le he comprendido desde el principio y me estoy limitando a señalarle, señor Mason, que el doctor Kettle no pasará por tales cosas a menos que cuente con datos de carácter médico.

—No hay ningún absurdo en lo que he dicho, desde ese punto de vista. Hable con Linda de eso.

—Hablaré con ella —afirmó Crowder—. Parece ser una muchacha muy inteligente.

—Ustedes dos lo son —declaró Mason, colgando.

Casi al mismo tiempo sonó el timbre del teléfono de Della Street. Ésta atendió la llamada.

—Está bien Gertie. Un momento —dijo.

Volvióse hacia Mason, añadiendo:

—Belle Freeman se encuentra en la oficina y desearía hablar con usted.

—¿Belle Freeman? —preguntó Mason—. ¿La que conoció Dewitt antes que Lorraine Elmore e iba a casarse con él?

Della Street contestó que sí.

—Desde luego que la recibiré. Este caso, sin embargo, toma unos

giros desconcertantes. Hágala pasar, Della. Veamos qué nos dice esa mujer.

Della salió, regresando en seguida en compañía de una mujer de treinta y tantos años de edad…, con la figura de una de veinte y pico. Sus azules ojos centelleaban; sus movimientos eran ágiles, flexibles.

—Yo sé, señor Mason —declaró—, que esto es una imposición, pero lo cierto es que anoche hablé con Linda Calhoun y no sé por qué pensé que yo debía conocerle y que quizás usted se hallaba en condiciones de ayudarme en mis asuntos.

—Permítame… —contestó Mason—. Le diré ante todo que me alegro de que haya venido. Había pensado en ponerme al habla con usted. Sin embargo, yo no puedo ayudarla. En el caso presente, yo tengo ya un cliente. No me es posible representar a una segunda persona cuyos intereses pudieran estar en conflicto…

—No hay nada de eso. Todo lo que yo deseo es que me sea devuelto mi dinero. Dispongo de un amigo en El Centro que estaría dispuesto a ayudarme.

—En ello puede radicar el conflicto a que he aludido —insistió Mason—. Quede sentado de antemano que lo que me diga no ha de ser confidencial y que yo no puedo representarla en tanto exista esa posibilidad de unos intereses encontrados. No perdiendo de vista eso, yo ciertamente, me alegro de disponer de la presente ocasión que se me depara de hablar con usted porque posee una información que ansío conocer.

—¿De qué se trata, señor Mason?

—Quisiera saber amplios detalles sobre Montrose Dewitt.

—Un tipo grosero, falso…

—Bien. La comprendo. Pero no me refería al personaje. Quería hablar del ambiente en que se movía.

—De eso sé poco. No me ocurre lo mismo con respecto a su persona, directamente. Espero que usted pueda enviarle a la cárcel. Para eso vine a verle. Yo deseaba…

—No podré enviarle a la cárcel ya —le interrumpió Mason.

—¿No? —inquirió la visitante, muy extrañada—. ¿Ahora que ya se ha averiguado…?

Mason movió la cabeza a un lado y a otro.

—Montrose Dewitt ha muerto.

—¿Qué?

—Falleció anoche en Calexico.

—¿Cómo…? ¿Por qué…? ¿Cómo ha sucedido eso?

—Falleció, al parecer, mientras dormía.

Ella empezó a decir algo y luego guardó silencio.

Mason enarcó las cejas.

—Lo siento —dijo Belle Freeman—. Nunca me ha gustado hablar mal de los muertos. No estaba informada.

—Bien. No creo que esto le impida decirme algo que pueda facilitarme una pista sobre su pasado.

—Creo que yo no puedo decirle nada que le vaya a ser de utilidad, señor Mason. Dewitt era una persona misteriosa… Cuando terminó todo entre nosotros, se desvaneció.

—¿Le sustrajo algún dinero?

—Se quedó con todos mis ahorros.

—¿A cuánto ascendían?

—Suponían algo más que la cifra que he admitido. Había una herencia por en medio y él se quedó con todo.

—¿Fue usted a la policía?

—No, señor Mason. Yo… tenía mis razones para proceder así. No quería publicidad… supongo que ésta es una vieja historia para usted. Fui una ingenua. Me ofrecía para el sacrificio con la docilidad de una corderita. El hombre me dijo que iba a invertir bien lo que teníamos, presentándosele la ocasión de obtener más dinero de sus amigos. Disponía de una oportunidad que no podía fallar para hacerse con unos millones de dólares. Todo lo que necesitaba era disponer de un pequeño capital.

—¿Era persuasivo Dewitt?

—A mí me convenció.

—¿Hablando simplemente?

—Bueno… Hay que reconocer que era hábil. Sabía cómo halagar a una mujer, cómo lograr que ésta se sintiese importante… me convenció, eso es lo cierto.

—¿Cómo le conoció?

—Por correspondencia. Escribí una carta dirigida a una publicación, una carta de protesta. Mi carta apareció en las columnas de aquélla. No figuraban al pie del escrito mis señas, pero él averiguó las mismas. No era muy difícil. Mi nombre figuraba en

las listas de lectores. Me escribió diciéndome que le había parecido una mujer muy inteligente, que sabía expresar mis ideas, añadiendo que para él era muy agradable encontrar una persona de tanta viveza, de tanta perspicacia, en la sección de «Cartas al director» de la revista que publicara mi misiva…

»Desde luego, caí en el lazo. Redacté una breve nota, dándole las gracias por sus amables palabras. Luego, me envió un recorte de periódico, declarando que quizá me interesara conocer el texto… Pronto, casi sin darme cuenta, trabamos relación personal. Cenamos juntos… Y luego siguió siempre adelante, con su campaña…

—Pero ¿qué le contó acerca de su persona, acerca de sí mismo? ¿A qué se dedicaba? ¿No se lo dijo?

—No se dedicaba a nada. Acababa de regresar de Méjico. Había estado dedicado allí a ejercer diversas actividades, pasando por muchas vicisitudes. Era el atrevido «soldado de fortuna» tradicional.

—¿Cuánto tiempo vivió en Méjico?

—Me dijo que más de un año. He aquí algo chocante, señor Mason: el hombre no sabía hablar español.

—¿De veras?

—Creo que no sabría más de una docena de palabras de español. Habiendo hecho referencia a sus aventuras en el país, le presenté a un amigo que conocía aquel idioma, en el cual empezó a hablarle.

—¿Qué pasó?

—Montrose atajó a su interlocutor, manifestando que no se había preocupado nunca por la cuestión de la lengua, que había estimado una desventaja aprenderla, juzgando mejor valerse siempre de un intérprete para entenderse con los demás.

—¿Y usted dio por buena la explicación?

—Pues sí. Por aquellas fechas estaba dispuesta a creer cuanto dijera.

—Y más tarde, cuando Dewitt se hizo con su dinero, ¿qué sucedió?

—Íbamos a casarnos, pero ya no volví a verle. Se desvaneció, simplemente.

—¿No le dio explicaciones?

—Nada, nada… —Belle Freeman apretó los labios—. De todo fui dándome cuenta gradualmente. Primeramente, viví un período de terrible ansiedad. Pensé que se habría matado en algún accidente de

automóvil, que le había ocurrido alguna desgracia… Luego realicé un intento para localizarle… Poco a poco, fui comprendiendo que había sido engañada, como una necia.

—¿No hizo nada más?

—Intenté averiguar su paradero.

—¿Cómo?

—Contraté los servicios de un detective privado. Hasta que me di cuenta de que la cosa me costaba ya demasiado dinero.

—¿Y el detective no consiguió descubrir nada?

Belle Freeman denegó con un ligero movimiento de cabeza.

—Absolutamente nada.

—¿Le pasaba informes periódicos el detective?

—¡Oh, sí! Redactaba unos informes muy detallados, contándome todo lo que había estado haciendo. Por ellos vi que yo estaba quedándome prácticamente sin dinero. Es la única consecuencia que saqué de ellos.

—¿Por casualidad, conserva esos informes todavía? ¿Tuvo la precaución de guardarlos?

—Los tengo aquí —declaró la visitante—. He venido preparada. Quería ayudar a Linda… Deseaba solucionar todo lo referente a Montrose Dewitt.

Belle Freeman abrió su bolso, del que sacó un sobre que alargó a Mason.

—¿Podría quedarme con estos papeles por algún tiempo? —inquirió el abogado.

—Quédeselos para siempre, si ése es su gusto. Ni siquiera sé por qué no los rompí. En fin de cuentas, son un recordatorio demasiado elocuente de un desgraciado episodio de mi vida.

—Dewitt debió de disponer de algún escondite a propósito. Es posible que se trasladara a otra ciudad con objeto de proseguir sus peculiares actividades. Es probable que actuara en diversas poblaciones al mismo tiempo. No es corriente que un individuo, sin cambiar de nombre se esfume, se desvanezca por completo.

—Es lo que yo me imaginé… Pero estaba la cuestión del dinero… Una amiga me hizo reflexionar: ¿qué iba a hacer si le localizaba por fin? Es que yo no quería que le procesaran por haber obtenido dinero valiéndose de falsos pretextos, ni recurrir a algo por el estilo…

»Mire, señor Mason… Ni siquiera sé si mediaron falsos pretextos. Yo le di mi dinero para que lo invirtiera. Íbamos a pasarnos la vida juntos… Me equivoqué.

»En el momento oportuno, hubiera podido evitar lo sucedido con la asistencia y el respaldo legal de un hombre como usted. Sí; decididamente, fui una estúpida.

—¿Es usted soltera?

—Sí. Estuve muy enamorada de un hombre al que mataron. Fui fiel a su recuerdo durante mucho tiempo. Luego, las cosas comenzaron a cambiar… Un día me di cuenta de que ya no era una jovencita. Quise engañarme a mí misma, diciéndome que eso me tenía sin cuidado. Pero… Yo era en fin de cuentas una mujer soltera. Iba a pasarme la vida desligada de todo el mundo. Las mujeres no estamos hechas para eso, señor Mason. Necesitamos trabajar para alguien, amar a alguien…, obedecer a alguien, incluso.

»Apareció acto seguido ante mí Montrose Dewitt, quien me cautivó, con sus osadas maneras, con sus habilidades.

—¿Tenía coche el hombre? —preguntó Mason.

—Sí. Todos los detalles los encontrará en estos informes. El detective trazó el hilo de las sucesivas transferencias del automóvil y lo demás… Verá por estos papeles que Montrose Dewitt no pagó nunca impuestos y que no disponía de número de seguro social… Sin embargo, se hallaba en posesión del carnet de conducir.

—¿Vivía usted aquí, en Los Ángeles, por aquel tiempo?

—No, señor Mason. Vivía en Ventura. Trabajaba allí. Y Montrose Dewitt poseía un apartamento en Hollywood. Mi trabajo consistía… Bueno, si se hubiera producido algún escándalo relacionado con mi nombre… Hubiera tenido que apretar los dientes y empezar de nuevo. Ni entonces ni ahora podía soportar una oleada de publicidad. Ésta es una de las razones que me han impulsado a venir a verle, señor Mason. Me disgustaría muchísimo que Linda Calhoun hiciera alguna manifestación que me tocara de cerca.

»Esta mañana intenté ponerme en comunicación con ella, sin éxito. Sabía que usted la representaba y me figuré que lo mejor era verle, ofrecerle mi colaboración y pedirle protección… Estoy refiriéndome a la publicidad…

—Muchísimas gracias —repuso Mason—. Déjeme estudiar esos

informes, a ver qué deduzco de ellos.

Belle Freeman tendió una mano al abogado.

—Intentaba dar por liquidado definitivamente ese capítulo de mi vida, pero… no era posible terminarlo así. Me siento mejor ahora, después de haberle referido la historia completa de aquél, después de haber puesto en sus manos los papeles. Esperaba que le fuesen útiles.

—Los estudiaré con toda atención —prometió Mason cuando ya Della Street acompañaba a la visitante hasta la puerta.

Mason y su secretaria se quedaron solos.

—¿Qué opina usted, Della, de todo lo que acaba de oír?

Della Street movió la cabeza, pensativa.

—La verdad es que Montrose Dewitt parecía desenvolverse muy bien con las mujeres.

—Tenía lo que la policía designa un *modus operandi*. Se valía del correo para establecer los contactos iniciales. Esto significa que debió de escribir unas cuantas cartas, dirigidas a diferentes personas. La cosa no quedaba saldada con tomar nota de las mujeres que escribían a los periódicos cartas que luego eran publicadas. Habría veces en que aquéllas serían casadas, o no tenían dinero, o tenían amigos o novios no dispuestos, ni mucho menos, a retirarse a la vista de un tipo atrevido, con un negro parche sobre un ojo y una misteriosa personalidad.

—Es verdad.

—El hombre escribió, por ejemplo, diez docenas de cartas. Cuando recibía una contestación, procedía a efectuar reservadamente sus comprobaciones. Cuando veía que había dinero por en medio, alargaba la experiencia hasta el inevitable fin.

—¿Nos servirá de algo todo esto? —preguntó Della.

—Nos ayudará a conocer un tanto su historial —contestó Mason —. Sí. Pese a saber ya cómo operaba… Lo que más me desconcierta del individuo en cuestión es su forma de desaparecer, tan radical, tan completa.

»En su juego, basado en la confianza, ¿no le parece a usted que era una temeridad utilizar un medio tan conspicuo de identificación como el parche negro sobre el ojo?

—Es probable que procediera así para significarse más, para llamar más la atención, para realzar la originalidad de su figura —

aventuró Della Street.

—Para hacerse un millar de veces más conspicuo —insistió Mason—. Y…

De repente, el abogado guardó silencio.

—¿Qué pasa? —preguntó Della.

Mason chasqueó los dedos, diciendo:

—¡Está claro! Debía haber pensado en ello antes.

—¿A qué se refiere?

—Llevaba el parche negro sobre un ojo precisamente para eso: para que su figura no pasara inadvertida. Se colocaría aquél al disponerse a iniciar una de sus tretas. Luego, a la hora de desaparecer se lo quitaría, sustituyéndolo por un ojo de cristal. Seguidamente se convertiría en un ciudadano de aspecto corriente, en uno más, confundiéndose con millares de personas de aspecto normal, carentes de elementos distintivos externos de detalles susceptibles de llamar la atención.

»Todo el mundo ha pensado siempre en Montrose Dewitt como *el hombre del parche negro sobre el ojo*…

—Su razonamiento parece muy lógico —opinó Della Street.

Súbitamente excitado, Mason dijo:

—Pongámonos en contacto con Paul Drake, Della. Quiero que me facilite una foto o un dibujo en color del ojo sano de Montrose Dewitt. Luego nos pondremos en comunicación con los que se dedican a fabricar ojos de vidrio. No habrá muchos hombres dedicados a tal actividad. Se trata de algo muy especial…

Mason calló. El timbre del teléfono sonó con rápidas intermitencias, un artificio utilizado siempre por Gertie cuando había algo urgente.

Della Street atendió la llamada comunicando a Mason:

—Paul Drake al habla. Parece hallarse muy excitado.

Mason cogió el micro.

—Hola, Paul. ¿Qué ocurre?

—Lo vas a saber en seguida… Montrose Dewitt tenía en su maleta un frasco de whisky de medio litro. Uno de los auxiliares del forense decidió echarse un trago. El whisky era bueno y decidió, por lo visto que era una lástima que no se aprovechase debidamente.

—¿Qué pasó luego?

—El joven en cuestión se halla ahora bajo los cuidados de un

médico —explicó Drake—. El licor contenía una droga poderosa, un barbitúrico probablemente.

»Esto da al caso otro aspecto. Parece ser que ha habido un crimen ahora. Van a analizar el contenido del estómago de Dewitt y enviarán sus visceras al laboratorio para ver de qué barbitúrico se trata. Pensé que debía poner este hecho en conocimiento tuyo inmediatamente.

—¿Está enterado Crowder de ello?

—Sí.

—¿Y Linda?

—Me parece que Crowder se dispone a ponerse en contacto con ella.

—Bien. He aquí lo que quiero que hagas, Paul… Pide al forense permiso para hacer un esbozo del único ojo de la víctima. Me interesa su coloración especialmente. Todo ha de ajustarse rigurosamente a la realidad. Todo ha de hacerse con la máxima precisión.

—Y después, ¿qué?

—Después te presentarás aquí utilizando el medio de desplazamiento más rápido. Tendrás que dedicarte a buscar a todos los que se dediquen a fabricar ojos de vidrio. Quiero ver si somos capaces de encontrar al comerciante que suministró a Montrose Dewitt el suyo.

—Ten en cuenta, Perry, que él no usaba ningún ojo de cristal. Llevaba siempre el parche negro y…

—Y luego —le interrumpió Mason—, limitábase a guardar en el fondo de cualquier cajón el parche negro, se ponía el ojo artificial y probablemente, asumía otra identidad. Esto siempre que desaparecía.

»Te acordarás, sin duda, de un hecho muy significativo: Montrose Dewitt se hacía pasar por viajante; sin embargo, en el salpicadero de su automóvil se observaba un kilometraje muy bajo. Relaciona unas cosas con otras, Paul, y acabarás pensando que ese hombre gozaba de otra identidad en un punto no muy distante de Los Ángeles.

»De ser ello así, se han esfumado dos hombres existiendo un solo cadáver. Tendrás que actuar de prisa, ocupándote de las personas últimamente desaparecidas. Habrás de trabajar en lo del asunto del

ojo de cristal… Es mejor que regreses y empieces a aplicar los hombres necesarios al trabajo.

Drake repuso, pensativo:

—Seguramente Perry, has apuntado bien. No tardaremos en vernos.

—¿Ha hecho el sheriff algo con respecto al coche? —preguntó Mason.

—Lo más seguro —contestó Drake— es que tu denuncia haya ido a parar al archivo.

—Bueno. Hasta que Lorraine Elmore, la tía de Linda, salga del tratamiento a que está sometida, todavía dispondremos de un poco de tiempo. Todo cambiará en el momento en que la policía comience a efectuar comprobaciones en su coche y advierta la significación de mi informe.

»En ese momento nosotros le llevaremos mucha ventaja a aquélla. Es necesario que sea así, al menos. Esta cuestión del whisky drogado quiere decir que alguien va a ser acusado de haber cometido un crimen.

»Cabe la posibilidad, ciertamente de que ese alguien sea nuestra cliente.

—¡Oh! —exclamó Drake.

Al cabo de unos segundos de silencio, el detective añadió:

—Comprendo muy bien tu punto de vista, Perry. Saldré de aquí inmediatamente.

Capítulo 9

Se hallaba mediada la tarde cuando en la puerta del despacho de Perry Mason sonaron los golpes acostumbrados con que Drake anunciaba siempre su presencia.

Della Street abrió la puerta.

—Ha hecho usted un viaje muy rápido, Paul.

—Era la orden que tenía. Tomé el avión que hace escala en Palm Springs.

—¿Algo nuevo, Paul? —preguntó Mason.

—Sí que hay algo nuevo, pero…

—¿De qué se trata?

—En primer lugar, Perry temo haber puesto en marcha algo nada más pedir autorización al forense para hacer un dibujo de un ojo muerto.

—¿Qué sucedió?

—Di con un artista que tiene auténtico talento, el cual no me puso pegas cuando le expliqué qué era lo que yo deseaba.

—Pero aquélla es una pequeña comunidad… El forense pensó que la historia era aprovechable desde el punto de vista periodístico. Se presenta de nuevo para la reelección en su cargo y anda necesitado de algún apoyo por parte de la prensa, de manera que hizo que la cosa trascendiera…

—¿Qué más hay?

—Ya no hay más, Perry. Hace una hora puse el esbozo en color en manos de uno de mis mejores auxiliares, quien se ha lanzado tras los comerciantes que se dedican a fabricar ojos de cristal sobre pedido.

—Toda una profesión, Drake. Debe de tener sus dificultades ésa, especialmente la tarea de la coloración de las piezas.

Sonó el teléfono.

—Es para usted, Paul —dijo Della Street.

Drake permaneció a la escucha un momento.
—Muy bien —dijo luego—. ¿Cuáles son las señas?
El detective hizo una anotación en un bloc de papel.
—¿Está seguro él? ¿Sí? ¿Y cuál es el nombre? ¿Hale-H-a-l-e? El de pila ahora… Deletree. W-e-s-t-o-n. Perfectamente. Eso es todo cuanto usted puede hacer por ahora. Efectuaremos las comprobaciones necesarias.
Drake colgó, dirigiéndose ahora a Mason.
—Al parecer Perry, vamos por buen camino. Mi colaborador ha localizado a un tal Selwig Hedrick, experto de mucho prestigio en el negocio. Reconoció el ojo inmediatamente. Dijo que lo había hecho para un hombre llamado Weston Hale. Las señas son: Apartamentos Roxley.
—No aventuraré mucho afirmando que Weston Hale será una persona desaparecida esta noche. Ya verás cómo nadie sabe nada acerca de su paradero, cómo nadie sabe qué puede haberle ocurrido.
—En otras palabras: Weston Hale y Montrose Dewitt son la misma persona, ¿no?
Mason asintió.
Sonó de nuevo el timbre del aparato telefónico.
—Diga… —Della Street hizo un gesto dirigido a Mason—, Duncan Crowder le llama desde Calexico.
Mason cogió el micro.
—Oiga… sí, soy Perry Mason… hola, Duncan. ¿Qué hay de nuevo?
Crowder respondió:
—No me gusta ser portador de malas noticias, señor Mason, pero…
—¿Qué pasa?
—Por una razón u otra, las autoridades, de repente, se han dado cuenta de la significación real de su informe sobre el coche hallado en medio del desierto, el de la matrícula de Massachusetts. Enviaron al lugar un camión-grúa, sacaron el automóvil de la arena y se lo han traído para inspeccionarlo. Había una cápsula de Somniferal en el asiento delantero. En la cabina que ocupó Lorraine Elmore se encontró un frasco lleno de esas cápsulas… Era de tamaño grande y contendría unas cien de acuerdo con la etiqueta.

—¿Fruto de una prescripción médica? —inquirió Mason.

—En efecto. Parece ser que nuestra cliente se había sentido emocionalmente alterada. Un doctor le recetó el medicamento en cuestión. Ella le dijo que se disponía a emprender un largo viaje y que deseaba que no le faltara aquél en ningún momento. Entonces, el hombre le proporcionó la receta necesaria.

»El sheriff estuvo hablando con él por teléfono. Manifestó que la perturbación que sufría la señora Elmore era de tal naturaleza que si iba a empezar a sentirse preocupada por el hecho de la probable falta de la medicina cabía esperar lo peor. Le dio instrucciones para que se tomara una cápsula solamente cuando se notara trastornada. El consumo normal que calculó era de ocho a doce cápsulas mensuales.

»Naturalmente, esa gente tiene ahora mucho interés por saber lo que cuenta la señora Elmore. Especialmente, ellos quieren averiguar cómo pasó el Somniferal desde el frasco hasta el estómago de Montrose Dewitt.

—No podrán probar que se trata del *mismo* Somniferal —objetó Mason.

—Es posible, pero lo cierto es que actúan sobre tal suposición. El doctor Kettle se mantiene firme. Su cliente se halla sometida a un tratamiento a base de tranquilizantes y afirma que todas las declaraciones que pudiera formular en las presentes circunstancias serían imprecisas, que todos los hechos a que aludiera se verían mezclados con cosas fantásticas, nacidas en el mundo de los sueños. El médico se ha mostrado enérgico en todo momento, replicando con suma viveza.

Mason permaneció pensativo unos momentos.

—Muy bien, Duncan. Que el doctor Kettle insista en sus manifestaciones previas. No obstante, si esa gente sigue empeñada en obtener una declaración de la enferma en las condiciones mencionadas, que hable con ella tan pronto se despierte, bajo su responsabilidad.

—Sin duda se agarrarán a ese ofrecimiento —dijo Crowder—. Las autoridades quieren averiguar a toda costa, cuanto antes, qué hay en todo esto, cómo llegó ella en el coche hasta el sitio en que fue encontrado, qué relación unía a Dewitt con la señora Elmore, cuándo lo vio ésta por última vez, amén de otros detalles. ¿Debe

despertarla el doctor Kettle ahora?

—No. Que espere a que Lorraine Elmore se despierte por sí sola. Dígale al médico que vuelva a aludir a la impresión que presidirá las declaraciones de la enferma en las condiciones actuales…

—¿Sabe lo que hará la policía en cuanto ella haya declarado? —inquirió Crowder—. La tomarán bajo su custodia y cuando la enferma se halle en posesión de todas sus facultades le pasarán una cinta magnetofónica con sus declaraciones, preguntándole qué hay de verdad y de fantástico en sus palabras.

—Pero en ese momento ya la tendremos nosotros avisada, en el sentido de no decir nada a nadie.

»No hay que descuidarse. En el momento en que ella formule una declaración, dígamelo. Seguidamente, yo, por teléfono, me mostraré indignado por el hecho de que ellos se hayan aprovechado de la especial situación de mi cliente. Diré que mi consejo es que no haga más declaraciones en ningún caso, no hallándose presentes sus abogados.

—¿Habrá que cerrar el pico entonces?

—Por completo —dijo Mason.

—¿Cree usted que nos hará caso?

—Nos hará caso si usted le habla como es debido.

—¿Como es debido?

—Sí: asústela —dijo Mason.

—De acuerdo. Procederé conforme a sus instrucciones.

—Hemos enfilado un nuevo camino, Duncan. Proceda como le he dicho. Después de haber contado su historia, ella no ha de volver a pronunciar una sola palabra.

—De acuerdo —respondió Crowder, colgando.

Capítulo 10

—¿Vamos a ocuparnos de Weston Hale? —preguntó Drake.

Mason asintió.

—He aquí un caso, Paul, en el que nosotros llevamos a la policía una ventaja…, digamos que de un metro, en vez de hallamos a dos. Es ésta una sensación maravillosa.

—¿Pensaremos igual cuando seamos alcanzados?

—No estamos violando ninguna ley —declaró Mason—. No ocultamos ninguna prueba. Estamos efectuando unas comprobaciones, simplemente. Todo el mundo tiene derecho a proceder así.

—Ya, ya. No obstante, me siento preocupado.

—¿Debo acompañarle yo, jefe? —preguntó Della Street.

Mason reflexionó, contestando después:

—No, Della. Usted se va a quedar aquí, cuidando de la tienda. Vamos a deslizarnos por un callejón sin salida, pero a fin de hacer valer nuestro punto de vista hemos de demostrar que, efectivamente, se trata de un callejón sin salida. Vámonos, Paul.

Los Apartamentos Roxley se hallaban en un edificio de seis pisos de la mejor clase. En la guía vieron que el apartamento correspondiente a Weston Hale llevaba el número 522.

—Será mejor que subamos y llamemos a su puerta —dijo Mason —. Luego localizaremos al encargado para ver qué se puede averiguar.

Tomaron el ascensor, abandonando el mismo en el piso de Weston Hale. Poco después Mason oprimía el nacarado botón del timbre de la puerta.

Resonó aquél en el interior. Luego se hizo el silencio.

—Llamaremos tres veces —manifestó Mason—. Así nos aseguraremos de que no hay respuesta.

Drake oprimió el botón dos veces más.

Casi instantáneamente la puerta se abrió. Un hombre embutido en una bata, con los ojos hinchados y la nariz enrojecida, dijo con voz muy ronca, apenas inteligible:

—¿Qué desean ustedes?

—¿Es usted el señor Hale? —preguntó Mason.

El otro hizo un movimiento denegatorio de cabeza.

—Hale no está aquí. ¿Qué quieren de él?

—Queríamos hablarle… —declaró Mason—. Vive aquí, ¿verdad?

—Hale y yo compartimos este piso. Me he enfriado. Creo que tengo la gripe. Se la voy a pegar a ustedes si no se alejan de aquí. ¿Por qué no vuelven más tarde?

—¿Dónde se encuentra el señor Hale?

—En su destino… Trabajando.

—¿Dónde trabaja?

—En la *Compañía de Financiaciones y Créditos Hipotecarios*.

—¿Dónde está eso?

—En la calle Bemont Oeste. ¿Qué quieren ustedes de él? ¿Quiénes son ustedes?

—¿Lleva un ojo de cristal el señor Hale?

—Un… ¿qué?

—Un ojo de cristal.

—Eso es nuevo para mí —dijo el hombre—. Nunca me di cuenta de tal cosa. ¿Qué desean ustedes? ¿Quiénes son ustedes?

—¿Y usted cómo se llama? —inquirió Mason.

—Ronley Andover. Bueno, miren… Tengo fiebre; llevo un par de días en cama, luchando contra esta gripe. Ahora mismo estoy en una corriente de aire. ¿Por qué no se retiran ya? Se exponen a caer enfermos.

—Entraremos. Estaremos dentro un minuto solamente —anunció Mason.

—Si van a entrar tendrán que permitirme que me acueste. Estoy febril; he de guardar cama, manteniéndome bien tapado, dedicado a beber jugos de frutas en cantidad, un poco de whisky y vasitos de aspirina disuelta en agua. Si quieren exponerse a caer enfermos también, entren.

Drake pareció dudar.

—Correremos ese riesgo —declaró Mason.

Los dos penetraron en el apartamento.

—¿Es doble? —preguntó el abogado.

—Sí —explicó el hombre—. La habitación de Hale queda allí. Tiene su baño. Mi dormitorio es éste. También cuenta con su baño. Utilizamos esta pieza como cuarto de estar y hay una cocina en la parte posterior. Bueno… Sobre Hale únicamente puedo decirles lo que he dicho ya: que está trabajando. Vayan a verle a la Compañía. Yo me voy a acostar. Me siento terriblemente mal.

El hombre entró en su dormitorio, tendiéndose en el lecho sin quitarse la bata. Estremecióse ligeramente, sacó un inhalador, que utilizó brevemente, estornudó y quedóse mirando a Drake y a Mason con los ojos llenos de lágrimas.

—Pretendemos averiguar todo lo que podamos acerca de Weston Hale —manifestó Mason—. Es muy importante.

—Importante… ¿por qué? —quiso saber Andover.

Mason continuó mirando a su alrededor, sin contestar a su pregunta.

—Soy abogado y mi acompañante detective —dijo.

—¿De la policía o privado?

—Privado.

—¿Qué es lo que desean?

—Averiguar cuanto podamos acerca de Hale.

—¿Por qué no hablan con él?

—Lo haremos en cuanto salgamos de aquí.

—Váyanse entonces. Nadie les retiene en este apartamento.

—Nos iremos para ver a Hale —declaró Mason—, pero antes quisiéramos saber si es realmente la persona por la cual nos interesamos. ¿Podemos inspeccionar su habitación?

—Claro, ¿por qué no?… ¡Eh, eh! Un momento. ¡Diablos! ¡No! No me encuentro bien… De no ser así no habría accedido a dejarles entrar desde el primer instante… Por supuesto que no pueden registrar su habitación. Yo no sé qué es lo que él pueda tener ahí. No puedo consentir que dos desconocidos revuelvan sus cosas…

—Ábranos usted mismo la puerta… Es sólo abrirla. Nosotros no haremos otra cosa que asomarnos pero no tocaremos nada.

—¿Qué andan buscando?

—Llevamos un asunto de gran importancia entre manos, el cual guarda relación con él.

—¿Y qué van a conseguir inspeccionando su habitación? —

preguntó Andover—. No creo que a él le gustara mucho su proceder. A mí me disgusta. Pero no pienso abandonar esta cama. Me siento muy mal y si ustedes dos acaban contagiándose desearán mil veces no haber oído hablar jamás de Weston Hale.

—¿Cuánto tiempo hace que comparte este apartamento con usted?

—No lo sé. Cuatro o cinco meses. Antes tuve otro acompañante. Se trasladó a otro sitio… A mí me gustan los apartamentos grandes, aunque tenga que compartirlos con otra persona. Los prefiero a los individuales… Y todas estas urgencias acerca de Weston Hale, ¿qué significan?

—Hemos intentado ponernos en contacto con él —explicó Mason—. Dígame usted: ¿le vio alguna vez usar un parche negro sobre el ojo malo?

—Ya he dicho que no sabía nada acerca de eso… Yo no he visto nada anormal en él.

Mason le preguntó a continuación:

—¿Tiene alguna máquina de escribir portátil?

—Pues sí.

—¿La usa?

—Con mucha frecuencia, cuando está en casa en sus horas libres. Hale es muy trabajador.

—Hemos sabido que un amigo suyo, Montrose Dewitt, se encontraba en apuros y nos gustaría hablar con Hale acerca de él. ¿Ha mencionado alguna vez delante de usted a Montrose Dewitt?

El hombre de la cama movió la cabeza de un lado a otro en un claro gesto de negación.

—¿Nunca le oyó mencionar a Montrose Dewitt?

—No, no, ya se lo he dicho.

Mason dijo:

—Volveremos por aquí cuando usted se encuentre mejor, Andover.

—¿Qué significa todo esto? ¿A qué viene lo de Dewitt?

—Creemos que fue asesinado ayer por la noche, en Calexico.

—¡Asesinado!

—Así es.

—Bueno, ¿qué saben ustedes sobre eso? —inquirió Andover.

—En vista de tales circunstancias, ¿podríamos mirar en la

habitación de Hale?

—En vista de tales circunstancias, ¿por qué no se van ya al diablo? Y si quieren volver háganlo en compañía de un agente de policía, ¿estamos?

Andover dio la vuelta en la cama, comenzando a toser. Se cubrió bien con la ropa y dijo:

—Se lo advierto: limítense a salir, ¿eh? Déjense de husmear camino de la puerta.

—Le estamos muy agradecidos por su colaboración, señor Andover —contestó Mason—. Lamento que no se encuentre bien y, asimismo, que no nos haya comprendido.

—Que no sea ése un motivo de preocupación para ustedes. Estamos en paz. Yo no he comprendido su posición ni ustedes la mía… Aquí sólo ha de entrar quien tenga autoridad para ello.

Mason hizo un gesto dirigido a Drake.

—Gracias por todo, Andover.

—No hay de qué —respondió aquél, sarcástico.

Mason y Drake abandonaron el dormitorio, deteniéndose en el cuarto de estar. Paul miró hacia la puerta, en el lado opuesto. Mason movió la cabeza, abriendo aquélla para pasar al corredor.

—Adiós, Andover.

No hubo ya contestación.

—Escribía cartas —consideró Mason—. Debía de recibir muchas misivas. El hombre tomaría un sinfín de precauciones antes de decidirse a tirar el anzuelo para sacar el pez que a él le convenía. Nos interesaría hacernos con alguna de esas cartas.

—Ninguna de ellas nos dirá quién le mató —objetó Drake.

Mason entornó los ojos, concentrándose en sus pensamientos.

—Los escritos nos dirían cómo era, cómo se buscaba la vida. No son infrecuentes los casos criminales en los que figura como víctima una verdadera rata, siendo el asesino un bienhechor, un hombre benemérito.

—¿Vamos entonces ahora a ver a Hale?

—Vamos a ver qué excusa dio Hale para que no se contara con él. Hale murió ya.

Capítulo 11

Henry T. Jasper, presidente de la Compañía de financiaciones y Créditos Hipotecarios, dijo:

—Esto es un honor para mí, realmente, señor Mason. He oído hablar mucho de usted y conozco algunos de los casos en que ha intervenido, los más espectaculares de su carrera.

»Me imagino que su acompañante es Paul Drake, de la agencia de detectives que lleva su apellido…

»Supongo, caballeros, que su visita, a esta hora de la tarde, ha de estar relacionada con algún asunto de grave importancia.

—Pues no lo sé —contestó Mason—. Con franqueza: ando algo desconcertado y estoy intentando hacerme con alguna información.

—¿Puedo serles yo de utilidad?

—Creo que sí. ¿Qué puede contarnos acerca de Weston Hale?

—No mucho —replicó Jasper, sonriente—. Hale es una persona reservada, silenciosa. Es también uno de nuestros más eficientes empleados. Hace siete años que pertenece a la nómina de esta firma. Le tenemos en mucha estima.

—¿Podríamos hablar con él? —solicitó Mason.

—Desde luego.

—¿Ahora?

—No sé, no sé. Hemos cerrado ya. Yo me había quedado hoy para trabajar en un asunto delicado, y naturalmente, algunos empleados quedarán todavía en la oficina también, pero… Bueno, me figuro que el señor Hale se habrá marchado. Un instante. Voy a enterarme.

Jasper oprimió uno de los botones que había sobre su mesa de despacho. Al cabo de unos segundos abrió la puerta del despacho una mujer de cuarenta y tantos años de edad, de aspecto más bien fatigado, que dijo:

—¿Llamaba usted, señor Jasper?

—¿Está Hale?

—No, señor.

—¿Se ha marchado ya?

—Hoy no ha venido.

—¿Ah, sí?

La mujer movió la cabeza.

—Tenía que efectuar ciertas valoraciones en Santa Bárbara. ¿No recuerda usted que le encargó ese trabajo?

—Es verdad, es verdad —repuso Jasper—. Hablamos de ello hace unos días y me comunicó que se trasladaría allí tan pronto hubiese dado fin a ciertas tareas que estaba a punto de terminar.

—¿Sabe usted dónde podríamos localizarle? —preguntó Mason a Jasper.

Éste brindó a su vez la pregunta a la mujer con un simple movimiento de cejas.

Su auxiliar movió la cabeza a un lado y a otro.

—En Santa Bárbara, quizás —opinó a renglón seguido—. Probablemente se hospeda en algún motel. Creo que fue allí en coche.

—¿Puedo preguntarle qué es lo que a ustedes les interesa de ese hombre? —inquirió Jasper.

—Se trata de una cuestión de identidad —manifestó Mason—. ¿Podría decirme usted si Hale lleva un ojo artificial?

Jasper sonrió.

—Creo que tiene los dos ojos… —de repente aquél se interrumpió, mirando a la mujer de la puerta—. ¿Qué pasa, señorita Selma?

—Hay algo que siempre me ha producido una gran extrañeza en el señor Hale… ¿Usted no lo ha observado, señor Jasper? Cuando Hale mira hacia algún sitio siempre mueve la cabeza. Jamás juega los ojos. Hablando con dos o más personas, en el transcurso de la conversación, acostumbra siempre mover la cabeza para escuchar alternativamente lo que cada una tiene que decir.

»Me di cuenta de eso hace algún tiempo… Al principio, me figuré que era sordo y que se guiaba por los movimientos de los labios para comprender lo que se decía. Recientemente, por ciertos detalles que descubrí, no me satisfizo la explicación que me dio. Lo del ojo artificial nunca se me había ocurrido, pero ahora que ha

quedado sugerida la idea la juzgo la única admisible.

—¿Es casado?

Jasper se encargó de contestar a esta pregunta.

—No. Le tengo por un hombre que vive para su trabajo. Se pasa la mayor parte de las noches aquí. Hale tiene una gran inclinación por el detalle y se esmera por comprobar la solidez de muchas de las firmas en las cuales nosotros estamos interesados con fines inversionistas.

Mason miró a Paul Drake.

—Me parece que con todo eso es suficiente —declaró—. Mucho me gustaría entrar en contacto con el señor Hale. Si llama, ¿tendrá usted la amabilidad de decirle que se ponga al habla conmigo por teléfono?

—Mañana estará ya aquí —aventuró el señor Jasper—. Es lo que supongo… a menos que lo de Santa Bárbara sea más complicado de lo que a primera vista parece.

—¿Se ha producido alguna situación anormal? —preguntó Mason.

—Sí, en cierto modo. Hemos invertido algún dinero en acciones expedidas por una corporación determinada. Recientemente, se ha dado alguna que otra cuestión… Tendrá que disculparme, señor Mason. No quiero ocuparme de este asunto ahora. He de esperar el informe del señor Hale.

—¿Está calificado Hale para intervenir en un asunto de este tipo?

Jasper tornó a sonreír:

—Hale se puede comparar con el hurón. Una vez entrado en situación, sabe abrirse camino a través de verdaderas masas de detalles. Posee un instinto especial para llegar al corazón de las cosas… Eso es todo, señorita Selma. Sólo deseaba saber si el señor Hale se encontraba en la oficina.

La mujer sonrió, retirándose.

—Con mucho gusto haré lo posible para que Hale se ponga en contacto con usted —añadió Jasper—. Su visita —manifestó el hombre con una inflexión de curiosidad y misterio en la voz— me hace pensar que quería verle para ocuparse con él de algo que se sale de lo corriente.

—Es posible, desde luego —replicó Mason, un tanto evasivo—.

A propósito… ¿tiene hermanos Hale? ¿Tiene algún hermano gemelo, quizá? ¿Tenía algún familiar?

—Que yo sepa, no. Nunca le he oído hablar de parientes. Él… ¿Ha dicho usted *tenía*, señor Mason?

Mason hizo un gesto afirmativo.

—¿Ha usado usted el pretérito?

El abogado explicó:

—Anoche, en un motel de Calexico fue hallado el cadáver de un hombre. Cabe la posibilidad de que el mismo tenga que ver con Hale.

—¡Ah! —exclamó Jasper—. Él no tiene parientes, por lo menos en esta parte del país… Estoy seguro de ello. Y de haber habido un hermano… Pero, bueno, usted, refiriéndose al propio señor Hale, utilizó el tiempo pasado…

—Cierto. Si el cadáver hallado en el motel no es el del hermano gemelo de Hale habrá que considerar que es el del propio Weston Hale.

—¿Qué dice usted? —preguntó Jasper, incrédulo.

—Estoy hablando de posibilidades —explicó Mason—. No me hallo en condiciones de efectuar una declaración concreta a estos efectos. Esta visita la he realizado buscando información, exclusivamente.

—Usted, señor Mason, tiene que poseer alguna base para llegar a formular determinadas suposiciones.

—Eso quisiera yo. En la actualidad, me limito a seguir una pista. ¿Usted sabe si de una forma u otra Hale se halla relacionado con un tal Montrose Dewitt?

—Dewitt… Dewitt… —repitió Jasper—. Este apellido me suena. Ahora bien, no acierto a encajarlo en mis recuerdos.

—No importa —dijo Mason—. Todo se aclarará, indudablemente, una vez haya hablado con el señor Hale, mañana. Muchas gracias por su atención, señor Jasper.

Drake y Mason estrecharon la mano del presidente de la firma Compañía de Financiaciones y Créditos Hipotecarios, saliendo de su despacho. Jasper se quedó de pie frente a su mesa de trabajo, muy perplejo.

Al abandonar el edificio, Mason declaró:

—Todo parece indicar que marchamos en la dirección correcta.

—En la dirección correcta, sí, pero… ¿a dónde hemos llegado? —preguntó Drake.

—Al final del camino.

Drake se mostraba pesimista.

—Todo parece indicar que nos hallamos metidos en un callejón sin salida.

Mason no debía de haberle oído. Hallábase absolutamente concentrado en sus pensamientos. Desde allí hasta el edificio en que se encontraba su despacho no pronunció más de una docena de palabras.

Cuando abandonaron el ascensor y Drake abrió la puerta de su oficina, Mason se detuvo un instante en el umbral.

—No quiero que perdamos el contacto, Paul. Además…

La operadora de la centralita de Drake dijo:

—Señor Mason: hay un mensaje para usted.

El abogado entró en la oficina.

—La señorita Street llamó al número que no figura en la guía, solicitando que usted la llamara antes de trasladarse a su despacho.

Mason enarcó las cejas.

—¿De qué se trata?

—No tengo la menor idea —dijo la telefonista—. Algo importante.

—Muy bien. Póngame. ¿Qué teléfono utilizo?

—El de la mesa.

Drake aventuró:

—Es probable, Perry, que te aguarde en la oficina alguna delegación oficial. Della querrá avisarte.

Mason movió la cabeza.

—Si la policía se encontrara en mi despacho tomaría sus precauciones para que Della no tuviera ocasión de avisarme.

La telefonista hizo una seña a Mason.

—¿Qué hay, Della?

La joven, bajando la voz, contestó:

—Aquí le espera una persona, jefe. Me figuré que querría saberlo antes de entrar en su despacho.

—¿Quién?

—Su amigo George Latty. Y no está solo.

—¿Quién le acompaña?

—Baldwin L. Marshall, abogado del distrito, en el condado de Imperial.

—¡Qué combinación tan extraña! ¿Vienen en plan de antagonistas o qué?

—Eso es difícil de precisar —manifestó Della—. Latty me ha dado la impresión, sin embargo, de que se entiende bien con el abogado. Es lo que me ha decidido a avisarle anticipadamente.

—¿Qué clase de individuo es el acompañante de Latty?

—Es un hombre de treinta y tantos años de edad, muy vivo. Pelirrojo; ojos azules; modales nerviosos; aire agresivo.

—¿Estatura?

—Alrededor de un metro ochenta centímetros; bastante esbelto; actitud atenta… Un sujeto peligroso. No sé si me entenderá…

—La entiendo perfectamente. Dentro de unos minutos estaré ahí… deduzco de sus palabras que es un personaje bien hostil ese abogado.

—Pues… Yo le veo en plan muy… muy oficial.

Mason contestó:

—Latty tiene que haberle dicho algo… ¿Qué, concretamente? ¿Hasta dónde ha llegado? Perfectamente, Della. No deje traslucir que he sido avisado. Dentro de un minuto o dos estaré ahí. ¿Dónde se encuentran en estos momentos mis visitantes?

—Les hice pasar a la biblioteca.

—¿Y usted desde dónde me habla?

—Desde el teléfono situado detrás del pupitre de Gertie, en la centralita.

—Bien. Entre en mi despacho y deje la puerta que conduce a la biblioteca abierta.

—Ya está abierta. La dejaron ellos así.

—Perfectamente. Yo entraré por la del «hall». Tan pronto abra yo ésta, inicie la comedia.

—¿Qué comedia?

—Usted sígame a mí —dijo Mason.

Mason colgó el micro, mirando pensativo a Paul Drake.

—¿Qué le habrá dicho George Latty al abogado del distrito en el condado de Imperial para que éste se revuelva ahora contra mí?

—Puede que le haya dicho la verdad —observó Drake secamente.

Mason sonrió.

—La verdad… ¿hasta qué punto? —inquirió—. Eso es lo que interesa saber.

—¿En qué extensión puedes tú soportar aquélla? —preguntó Drake a su vez.

Mason hizo una mueca a modo de respuesta.

—Lo mejor será que vaya a ver de qué asunto se tratará, Paul.

—¿Quieres que te acompañe?

El abogado movió la cabeza, denegando.

—Tú a lo tuyo, Paul. Howland Brent tiene que seguir siendo vigilado y vale más que alguien se dedique a hacer lo mismo con George Latty en cuanto haya abandonado mi despacho. El joven ese se encuentra ya en demasiadas partes para mi gusto.

Mason abandonó la oficina del detective. Ya ante su oficina, introdujo la llave en la cerradura de la puerta que ostentaba el rótulo «Perry Mason — Despacho Privado».

Della Street se hallaba junto a su mesa, clasificando el correo.

—Hola, Della. ¿Qué hay de nuevo?

—Tiene usted dos visitantes, señor Mason: los señores Baldwin Marshall y George Latty.

—¿Latty? ¿De dónde sale ahora ese hombre? ¿Qué desea? ¿Quién es Marshall?

—El señor Marshall es el abogado del distrito, en el condado de Imperial. Los dos se encuentran en la biblioteca —manifestó la joven, señalando con el índice la abierta puerta.

—Que pasen, Della.

Mason se aproximó a su mesa en el instante en que los dos hombres salían de la biblioteca. Baldwin Marshall iba delante de Latty y avanzaba con decisión. El joven se había quedado un poco rezagado. Parecía hallarse un tanto atemorizado.

Mason se enfrentó con el primero.

—Supongo que usted es Baldwin Marshall, abogado del distrito, en el condado de Imperial… ¿cierto?

—Cierto —respondió el aludido, tendiendo una mano a Mason —. Creo que ya conoce a Latty.

—¡Cielos! Ya lo creo. Tropiezo con él cada vez que me vuelvo hacia un lado u otro. ¿Y cuál es el motivo de esta visita?

—¿Representa usted a Lorraine Elmore?

Mason asintió.

—Montrose Dewitt fue asesinado en Calexico —dijo Marshall—. Queríamos interrogar a la señora Elmore. Nosotros…

—¿Asesinado? —le interrumpió Mason.

—Creo que sí —manifestó Marshall—. Desde luego, señor Mason: debo serle franco. Estamos trabajando sobre pruebas circunstanciales ahora, pero existen detalles en este caso que no comprendo… Sí; no tengo inconveniente en confesarlo. La señora Elmore parece haber desempeñado un papel muy especial… En efecto, algunas de sus declaraciones no encajan en los hechos, tal como nosotros los entendemos…

—¿Ante quién formuló ella sus declaraciones?

—Ante usted.

Mason enarcó las cejas.

Marshall continuó hablando:

—Usted, señor Mason, es un hombre famoso, bien lo sé. De antemano, todos le verán como un antagonista terrible para mí, capaz de triturarme. No en balde posee una experiencia de años y es un genio en el arte de la estrategia forense.

»Yo soy un abogado de la campiña. Es posible que no sea el hombre que más le cuadra, desde el punto de vista profesional. No obstante, voy a decirle una cosa: a mí no me da usted miedo y no consentiré que me engañe.

—Muy encomiable su actitud, señor Marshall —respondió Mason—. Quizá quiera usted decirme ahora a qué viene todo esto.

—El señor Latty, aquí presente, tiene algunas cosas sobre su conciencia.

Mason miró a Latty con curiosidad.

—¿Y fue en su busca?

—No —replicó Marshall—. Fui yo en busca de él. Primeramente, Latty probó a callar lo que sabía. Tuve la impresión de que me ocultaba algo y… francamente: ejercí cierta presión sobre él, exactamente igual que pienso ejercerla ahora sobre usted.

—¿Sobre mí? —inquirió Mason.

—Exactamente. Ya le he dicho que no poseo su experiencia, que no tengo su historial profesional… Le diré otra cosa: tengo la ley de mi parte, en cambio. Hay más: dentro del condado de Imperial me veo respaldado por la mayoría de los votantes. Si se trata de luchar,

es posible que venza usted en la discusión, pero terminará perdiendo el caso porque actuaré con tanta rapidez contra usted como pudiera actuar contra cualquier otro. Su reputación no me asusta; su reputación me importa un comino.

—No quisiera que ella implicase una merma en sus facultades —replicó Mason. Volviéndose hacia Latty, añadió—: ¿Qué era, concretamente, lo que usted había silenciado, George?

—Un momento, ¿eh? —medió Marshall—. Aquí el que va a hablar soy yo. Usted, probablemente, tendrá ocasión de interrogar a Latty en el estrado de los testigos, así que voy a referirle algunos de los datos que yo conozco y después pasaré a decirle lo que quiero… Latty callará, entretanto.

Marshall se volvió hacia el joven.

—¿Comprendido?

Latty bajó la cabeza.

Marshall siguió hablando:

—La señora Elmore le refirió una historia… Habían echado por una carretera secundaria. Alguien forzó a Montrose Dewitt a salir del coche, haciéndole avanzar por el camino unos cuantos metros. Luego le aporreó hasta matarle. Seguidamente, el desconocido se acercó a la señora Elmore, indicándole que siguiera adelante… Así hasta que las ruedas del vehículo se hundieron en la arena.

—¿Ella me contó a mí todo eso? —preguntó Mason.

—Sí.

—¿Puedo preguntarle cuál ha sido la fuente de esa información?

—Puede preguntar lo que quiera —contestó Marshall—, pero no conseguirá respuesta alguna. Estoy efectuando una comprobación. ¿Le contó la señora Elmore todo eso o no?

—Siéntense, señores. Pónganse cómodos. Evidentemente, ésta no va a ser una entrevista breve y…

—No me importa continuar de pie —declaró Marshall—. Por lo que a mí se refiere, esta entrevista no se va a alargar demasiado. Quiero saber si ella le contó a usted esa historia o no.

Mason repuso con gravedad:

—Represento a la señora Elmore. Es mi cliente.

—Es lo que tengo entendido.

—Por consiguiente —concluyó Mason—, he de considerar confidencial cuanto me confíe. No puedo repetir sus palabras.

—Usted puede decirme, ciertamente, si la señora Elmore fue víctima de un atraco —subrayó Marshall.

—Mucho me temo no poder decirle eso siquiera.

—¿Por qué?

—Hasta ahora, cuanto conozco acerca del caso procede de fuentes que considero confidenciales.

—Iré más lejos todavía —dijo Marshall—. Usted estuvo en Calexico esta mañana. Disponía de una avioneta. Ordenó al piloto que sobrevolara algunas carreteras situadas al este de la mencionada población. Luego, localizó un automóvil que se encontraba medio hundido en la arena. Seguidamente, regresó al aeropuerto.

—¿Puedo preguntarle por la fuente de tal información?

—Yo no soy aquí el que va a contestar a todas las preguntas.

Mason sonrió.

—Pensé que tal vez quisiera sentar el precedente.

—Procederé así en este caso… Efectué unas comprobaciones en el aeropuerto, averiguando el número de la avioneta por usted utilizada y hablando posteriormente con el piloto.

—Al parecer, ha desplegado usted bastante actividad.

—Me esfuerzo por utilizar las pistas que descubro mientras todo está «caliente».

—Un proceder muy digno de elogio. Creo que va a ser usted un antagonista peligroso.

—¿Es necesario que seamos antagonistas? —inquirió Marshall.

—Es usted quien ha de decidirlo. Mientras no acuse usted a mi cliente de haber cometido algún crimen no tenemos por qué enfrentarnos.

—No quiero acusarla de nada en tanto no la considere culpable.

—Muy encomiable.

—Pero a menos que obtenga respuestas satisfactorias a algunas de mis preguntas, la retendré como testigo.

Mason esbozó una sonrisa, manifestando afablemente:

—Eso le proporcionará una oportunidad para establecer una fianza y estoy seguro de que ella dispone de recursos suficientes para tal cosa, siempre que la estimada por el tribunal merezca el calificativo de razonable.

—Entonces continuaré avanzando y la retendré con fines de

investigación.

—Entonces recurriré al *habeas corpus* y le forzaré a usted a acusarla o a dejarla en paz.

—Ante tal alternativa formularé una acusación —respondió Marshall secamente.

—Será entonces cuando nos enfrentemos los dos como adversarios —repuso Mason, sonriente.

—De acuerdo. Sigamos… Tengo razones para creer que una vez localizado el automóvil, usted se apeó de la avioneta en el aeropuerto, tomando un vehículo, con el que se dirigió al sitio en que se encontraba el coche. Éste llevaba matrícula de Massachusetts y pertenecía a Lorraine Elmore, su cliente.

»Echó un vistazo por allí y tengo también razones para creer que se llevó alguna prueba que no quería que las autoridades encontraran… Puede ser que dejara otros objetos con la esperanza de que la policía encontrara en ellos ciertas pruebas.

—¿No supondría eso una grave falta de ética? —inquirió Mason.

—A mí me parece que sí.

—Sin embargo, usted me cree capaz de cometer tal acción, ¿no?

—Lo expondré de esta forma: hay pruebas que indican que usted pudo proceder así.

Mason guardó silencio.

—¿Lo hizo o no? —insistió Marshall.

Mason contestó:

—No.

—¿Quiere usted decir que no se apeó del coche? ¿Quiere decir que no se apeó, echando luego un vistazo por los alrededores?

—Yo no he hablado de eso.

—Usted dijo que no.

—Y lo mantengo. Usted me ha preguntado si inspeccioné el automóvil, si dejé en él objetos con la esperanza de que la policía viera en ellos pruebas, si retiré otros… Yo le he contestado que no.

—De acuerdo. Formularé mis preguntas separadamente. ¿Se trasladó al lugar en que se encontraba el automóvil?

—No hay comentarios —respondió Mason.

—¿Sacó algo del vehículo?

—No hay comentarios.

—¿Dejó algo allí?

—No hay comentarios.

—Muy bien. Eso es todo lo que deseaba saber. Sólo quería averiguar si se hallaba dispuesto a colaborar conmigo. Ya veo que no. Le diré algo más, señor Mason. Estaba decidido a guardarle toda clase de consideraciones. Tal era la actitud que reservaba también para su cliente. Como se niega a colaborar conmigo, yo no tengo la obligación de ayudarle a usted.

»Aquí, en Los Ángeles, parece ser que tiene a los tribunales poco menos que subyugados. Sus miembros se hallan, indudablemente, bajo la influencia de su reputación. Su fama ofusca a las autoridades, por lo visto. En mi condado no será más que un abogado extraño a nuestra comunidad. Puedo descargar sobre usted el peso de la ley y si he de hacerlo sepa que no vacilaré.

—Adelante, señor Marshall —dijo Mason—. Sé escabullirme, sé hacer una presa cuando viene el caso. Me disgustaría mucho perder mi agilidad.

—No se preocupe que yo me ocuparé de que no le falte ocasión de practicar toda clase de ejercicios —prometió Marshall, dando la vuelta—. Vámonos, George.

—Un momento. ¿Esperaba usted, realmente, Marshall, que yo contestara a todas sus preguntas?

—Todas han sido formuladas oficialmente. Estoy autorizado para proceder así.

—Ésa no ha sido mi pregunta. ¿Esperaba que yo contestara a todas las cuestiones que me ha planteado?

—No.

—¿Por qué ha venido entonces aquí?

—Para dar lugar a que la prensa del condado de Imperial pudiera contar a los ciudadanos de la región que yo me había entrevistado con usted y que usted se había negado a hablar.

—Conque ésas tenemos, ¿eh?

—Esas tenemos —corroboró Marshall, saliendo del despacho detrás de Latty.

Della Street miró a Mason, preocupada.

—Localice a Crowder —ordenó su jefe.

La joven hizo un gesto a Mason una vez establecida la comunicación telefónica.

El abogado cogió el micro.

—Soy Perry Mason, Duncan. Acabo de ser visitado oficialmente por el abogado de su distrito. Se ha producido una filtración.

—¿Qué clase de filtración?

—De las grandes. Yo quisiera saber cómo ha podido suceder eso.

—¿No puede darme más detalles?

—¿No habrá nadie por ahí que esté escuchando nuestra conversación? —preguntó Mason.

—Puede que sí, señor Mason. Es posible que mi teléfono esté intervenido. Y el suyo… la ley prohíbe la escucha y registro de conversaciones telefónicas, pero de acuerdo con lo que me dicen unos amigos expertos en cuestiones electrónicas hay varios miles de aparatos magnetofónicos instalados sin más fin que aquél. Es posible que a nosotros nos hayan asignado algún dispositivo de ésos.

—Bien. Empezaré formulando algunas preguntas.

—Le escucho.

—¿Ha hablado el doctor Kettle con alguien?

—Acerca… ¿de qué?

—Acerca de algo que su paciente pueda haber dicho.

—La contestación es: no. En Kettle se puede confiar.

—¿Y usted, qué? ¿Ha hablado con alguien?

—¡Cielos! No.

—Quiero decir… así, en confianza…

—No; ya se lo he dicho.

Mason declaró luego:

—Esta mañana, yo tenía la unidad número nueve en el motel y Della Street la siete. A Howland Brent le habían dado la número once, adjunta a la mía por el otro lado.

»Tengo entendido que las paredes del motel son delgadas. Quiero que averigüe usted hasta qué punto. Preséntese allí y tome las cabinas novena y undécima. Vea entonces qué posibilidades hay de que a uno le oigan al otro lado de un muro.

—Conforme —contestó Crowder—. ¿Cuándo desea usted que lleve a cabo eso?

—Ahora mismo. Quisiera saber si Brent tuvo ocasión de escuchar lo que hablamos allí.

—¿Y cuándo quiere que le conteste?

—Tan pronto se haya hecho con la información. Esperaré aquí,

en mi despacho.

—De acuerdo —manifestó Crowder—. Creo que podré actuar de inmediato. Es posible que esas unidades estén libres. Claro que no sabemos si Brent habrá retenido la suya.

—Si es así, quédese con las que llevan los números siete y nueve y haga la prueba —ordenó Mason.

—Me parece que las condiciones difieren —objetó Crowder—. Las unidades siete y nueve se hallan en construcciones separadas. De otro lado, la nueve y la once quedan en un edificio y hay una puerta entre ellas…, una puerta de poca consistencia. En caso de necesidad, puede ser abierta, componiéndose así una cabina doble. Las unidades, en su totalidad, han sido proyectadas de esa forma: de dos en una construcción.

—¡Oh! —exclamó Mason—. Estoy comenzando a darme una idea del conjunto. Vaya allí y llámeme por teléfono. ¿Quiere usted, Duncan?

—Echaré un vistazo… Haré que me acompañe alguien para comprobar qué tal nos oímos mutuamente. ¿Quiere que me lleve un magnetófono, a fin de efectuar una prueba con todos los requisitos formales?

—No —replicó Mason—. No se trata de nada oficial. Esto es sólo para mi particular información.

—Muy bien. No se aleje del teléfono; le llamaré en seguida.

Mason colgó.

—¿Qué puede hacer él en definitiva? —inquirió Della.

—¿Crowder?

—No. Marshall.

—Puede hablar. O amenazar. Puede conseguir que nuestra cliente sea arrestada o dar lugar a una citación para que ella comparezca ante el Gran Jurado. Ya dijo bastante al declarar que se hallaba respaldado por la ley… Puede intentar algo, incluso, de las cosas que aquélla no le permite… Bueno. ¿Qué diablos cree usted que le diría Latty para dar lugar a todo esto? ¿Qué cree usted que tendría él que pesase sobre su conciencia?

—Sólo Dios lo sabe —comentó Della Street.

—Ahora, Drake, nada más salir de aquí, habrá empezado a vigilarle por medio de uno de sus hombres. Es posible que pronto sepamos algo más respecto a su persona.

»Haga usted un poco de café, Della. Hemos de matar el tiempo de alguna manera mientras aguardamos el informe de Duncan.

—Supongo que no se hará esperar mucho tiempo —comentó la joven.

Mason sonrió, afirmando.

Su secretaria hizo el café colocando junto a las tazas un paquete de galletas.

Mason suspiró, tomando unos sorbos de la infusión y mordisqueando una galleta.

—Hemos vivido un día movido y largo —opinó.

—Lo de anoche tampoco estuvo mal —dijo Della—. Dormimos bien poco, ciertamente.

Mason bostezó.

—En nuestra actividad, todo es normal.

Habiéndose bebido todo su café, Mason colocó la taza y el platillo a un lado de la mesa. Recostándose en su sillón, cerró los ojos. Instantáneamente, se quedó dormido.

Della le dejó dormir hasta que sonó el timbre del teléfono.

—Duncan Crowder al habla, jefe.

Mason cogió el micro e hizo una seña a la joven para que tomara el otro auricular a fin de que escuchara también la conversación.

—Hable, Duncan. ¿Qué averiguó usted?

—Me he enterado de muchas cosas —explicó Crowder—. El motel en cuestión está sentenciado… Les han dicho que han de proceder a efectuar serias reparaciones en el establecimiento, realizando ciertos cambios… Si se niegan, habrán de proceder a derribar el motel. Este asunto ha sido sometido a discusión. Hay varias unidades modernas… Ahora bien, las que pueden convertirse en dobles cuentan con paredes tan finas como el papel.

»La nueve y la once están separadas por una puerta de escasa consistencia. Si no hay ruidos alrededor, aplicando el oído a aquélla puede percibirse perfectamente lo que se hable al otro lado.

—¿Qué pasa con las cabinas doce y catorce?

—Ahí se produce idéntica situación —declaró Crowder—. Desde luego, no llevé a cabo ninguna prueba en esos alojamientos. Pero inspeccioné la construcción, descubriendo que eran como las unidades susceptibles de ser cedidas como dobles o simples. Me imagino que lo dicho para las otras cabinas es válido para éstas.

—Bien, Duncan. Por aquí andamos empeñados en una pequeña contienda. Tan pronto como vea al doctor Kettle, confíele un mensaje para Lorraine Elmore. Ésta no ha de contestar a ninguna pregunta y no ha de formular ninguna declaración a nadie, sean cuales sean las circunstancias en que procedan a interrogarla.

—¿Cuándo ha de llegar a ella ese mensaje?

—Antes de que el abogado del distrito haya regresado a su oficina —repuso Mason—. Preferentemente, antes de que se ponga en comunicación por teléfono con el sheriff.

—Eso es cosa hecha, señor Mason —contestó Duncan Crowder, siempre animoso.

Capítulo 12

Serían las nueve cuando, a la mañana siguiente, Perry Mason abrió la puerta de su despacho privado. Sonriendo en dirección a Della Street dijo:

—Amanece un nuevo día.

—Es verdad, jefe.

—¿Hay algo nuevo?

—Duncan Crowder le llamó por teléfono hace cosa de cinco minutos. Me notificó que deseaba hablar con usted tan pronto entrara aquí.

—Bien. Pida la conferencia. ¿Qué sabemos de Paul?

—Paul Drake quiere comunicarle una información personalmente. Ha tenido a varios de sus hombres trabajando y se ha enterado de cosas que juzga desconcertantes.

—¿Algo más?

—También hubo una llamada de Linda Calhoun. Quiere saber dónde para su novio.

—¿Y dónde está ella actualmente?

—En Calexico.

—Esto se complica —comentó Mason—. Póngame con Crowder.

Un momento después el abogado cogía el teléfono.

—Soy Perry Mason, Duncan. ¿Qué pasa por ahí?

—Pasan bastantes cosas —respondió Crowder—. Baldwin L. Marshall, mi estimado colega, parece estar empeñado en destacarse.

—¿Por…?

—Se presenta como el chico campesino dispuesto a enfrentarse con el poderoso señor ciudadano… Se trata de una especie de versión moderna del episodio de David y Goliath.

—¿Y en dónde lleva a cabo eso?

—En las columnas de los periódicos.

—¿Cómo?

—No hay citas directas. Sólo informes relacionados con las actividades del fiscal y las declaraciones de las autoridades. El *Sentinel* ha estado a su lado durante la campaña…

—¿Me habla usted del periódico local?

—Le hablo del periódico de El Centro, sede del condado.

—¿Cuál es su línea de ataque?

—El de David del Valle Imperial se alineará contra el Goliath de Los Ángeles… Habrá su partida de partisanos también. El día que nosotros comencemos a considerar una lista de jurados veremos claramente algo así como un equipo casero enfrentado con los bribones de la ciudad. Naturalmente los miembros de aquél, residentes en esta población o condado, se sentirán con ínfulas de francotiradores.

—Muy interesante. Creo que ese hombre, Marshall, es un elemento peligroso.

—Peligroso y ambicioso.

—¿Qué más? —preguntó Mason.

—Parece ser que el principal sospechoso en estos instantes es Lorraine Elmore. Marshall no sostiene precisamente que Lorraine Elmore sea una persona adicta a las drogas, pero ha admitido ante los reporteros que era muy aficionada a un medicamento, a un somnífero, de enérgicos efectos, añadiendo que al salir de Boston se las arregló para conseguir que su médico se lo recetara en cantidad suficiente para que no le faltara en tres meses.

»He de decirle, para su información, que las autoridades intentan seguir el rastro de ese medicamento. Por lo visto, Lorraine Elmore ingirió siete cápsulas en el intervalo comprendido entre la salida de Boston y la llegada a Calexico. La noche del crimen, ella tomó otra cápsula. Una nueva cápsula fue hallada en el asiento delantero del automóvil. Se ignora el paradero de unas noventa…

»El whisky encontrado en la maleta de Montrose Dewitt contenía ese hipnótico hasta la saturación.

»Opinan las autoridades que a Lorraine Elmore, al cuidado de un médico ahora, en un hospital de la localidad, no se le permite recibir visitantes y que fue instalada en el centro sanitario por sugerencia de Perry Mason. Se afirma que Baldwin Marshall, el batallador abogado del distrito, posee pruebas de que tan pronto se descubrió que la historia referida por Lorraine Elmore se hallaba en

directa contradicción con los hechos positivos del caso, diéronse los pasos necesarios para impedir que las autoridades procediesen a interrogarla.

—Eso es interesante —manifestó Mason—. Todo parece indicar que el caso va a ser juzgado desde las columnas de los periódicos.

—¡Dios nos libre! —exclamó Crowder—. Marshall deplora toda esta publicidad periodística. Dice, sin embargo, que cree que la gente tiene derecho a saber qué se hace en relación con la investigación de una muerte misteriosa que, día tras día, se ve más como un deliberado crimen.

—¿Y no declaran nada los periódicos en relación con la gran suma de dinero que se suponía en poder de Lorraine Elmore?

—No. La prensa ha aludido a las manifestaciones de Marshall ante sus amigos más allegados. Aquél dijo que estaba ya cansado de tantos rodeos; que tales tácticas puede que den resultado en las grandes ciudades, pero que no sirven de nada en una comunidad rural que todavía siente respeto por las leyes. A las diez de esta mañana visitará a la señora Elmore, a fin de obtener de ella una declaración. Si su médico particular insiste en que no está todavía en condiciones dé declarar, Marshall solicitará el concurso de un médico oficial, para que proceda a reconocerla. Quiere llegar a la obtención de una orden de comparecencia ante el Gran Jurado.

—¿Ha comunicado ya a la señora Elmore que no debe hablar?

—He venido a decirle que, todo lo más, dé la hora, si es que se la piden.

—¿Podemos contar con ella?

—No sé… He hecho ver a Linda Calhoun que su tía no debe hablar en ningún caso. Linda Calhoun es una chica sensible, Perry. La tengo por otro lado, por una joven de mucho conocimiento. Se mantiene en todo momento con los pies en el suelo y la cabeza sobre los hombros.

—Está bien. No deje que el doctor Kettle vaya demasiado lejos. Tendremos que cambiar de posición. Ahora, la señora Elmore no formulará ninguna declaración…

—Eso significa que Marshall la tomará bajo su custodia, acusándola del crimen.

—Lo va a hacer de todos modos —dijo Mason—. Bueno. Hay una cosa que deseo que haga usted, Crowder. Ya que este caso va a

ventilarse en las columnas de los periódicos, nos moveremos nosotros un poco en ese sentido.

—¿Qué es?

—Telefonee al médico de Boston y celebre una entrevista con él. Puede usted señalarle la dirección de la misma. Luego, hará unas declaraciones a la prensa en calidad de abogado *local*.

»Deseo que alcance varios objetivos con su declaración, ¿eh? Quiero que la gente sepa que hay por en medio un abogado local, que no se trata, simplemente, del David campesino enfrentado con el gigante Goliath ciudadano y que usted va a desempeñar un papel importante en el caso.

—Ya me figuré que era eso lo que usted quería —dijo Crowder —. ¿Qué más? ¿Qué tengo que hacer con el médico de Boston?

—Haga ver al doctor que la señora Elmore se encuentra en un período de la vida en que los romanticismos todavía no han muerto; dígale que ha estado viviendo en el seno de una comunidad muy reducida, bajo los ojos atentos de un vecindario inclinado a compadecerla por su condición de viuda relativamente joven y atractiva; que dentro de esa comunidad no se encuentra el hombre que a ella le convenía; que no hacía vida social; que, como consecuencia de todo ese estado de cosas, se halla desengañada, deprimida, entendiendo nosotros que lo aconsejable era aquietar sus nervios con tranquilizantes durante el día y diversos sedantes por la noche.

»Al emprender el viaje presentaba una gran tendencia a sentirse preocupada por la posibilidad de no poder reponer sus provisiones de medicamentos y él le puso en vía de conseguir un suministro en cantidad, conocedor de que la señora Elmore no tenía inclinaciones suicidas. Por otro lado, no perdía de vista su especial temperamento; sabía que si empezaba a preocuparse por la eventual falta de sedantes su sistema nervioso se desequilibraría por completo.

»La gran cantidad de sedantes que él le proporcionó era, simplemente, un factor psicológico relacionado con su tratamiento. Él está muy familiarizado con su carácter y conoce su reputación. Ella es una mujer íntegra, por lo cual no corría ningún peligro al recetarle un elevado número de cápsulas para el insomnio.

—¿Y cree usted que el hombre se avendrá a decir todo eso? —

preguntó Crowder.

—Seguro que lo dirá —declaró Mason—. Tiene que decirlo, inevitablemente. De otra manera quedará en evidencia, por haber facilitado a un paciente una receta exagerada, por una cantidad excesiva de hipnóticos; Señale usted que su reputación va a quedar en entredicho y que antes que la prensa censure su comportamiento sería una idea magnífica dar a conocer a todo el mundo la verdad de lo sucedido.

—¿Para decirle a continuación cuáles son los hechos ciertos? —preguntó Crowder.

—Naturalmente —corroboró Mason—. ¿Se le ocurre a usted alguna otra explicación más lógica?

—No voy a intentar idearla —repuso Crowder modestamente.

Mason se echó a reír.

—Está bien, Duncan. Manos a la obra. Si esa gente se empeña en juzgar el caso en las columnas de la prensa, facilitaremos a los periódicos algo en qué basar la publicidad que ha de favorecer a la defendida, una pobre viuda, una mujer desengañada, casi fracasada, que avistaba un nuevo horizonte de esperanzas, de atractivas promesas despiadadamente perdidas para siempre por la mano cruel de la muerte. No es de extrañar que se sienta abatida. Lo que sí es de extrañar es que no se haya vuelto loca.

—Comprendido —dijo Crowder—. Usted lo que quiere es recargar determinados toques.

—Con fuerza.

—Está bien. Voy a ocuparme inmediatamente de eso —repuso Crowder, interrumpiendo ya la comunicación.

Mason miró sonriente a Della Street.

—Si el fiscal del distrito quiere pelea, la tendrá. En la publicidad desde las columnas de los periódicos podemos meter baza los dos.

—La cosa está que arde ahora —comentó Della.

—Todos nos podemos quemar, Della. Veamos qué es lo que Drake me dice…

Della Street avisó a Drake. No había pasado un minuto cuando sonaron en la puerta los golpecitos de rigor.

Entró en el despacho Paul.

—¿Qué tal marcha eso, Mason?

—Regular.

—¿Se muestra duro nuestro famoso fiscal del distrito?

—Resulta un tanto impetuoso —explicó Mason—. Ha hecho de la cuestión un problema de patriotismo local. Él representa al condado de Imperial; yo a los bribones de la ciudad. Vamos a luchar en presencia de un jurado de la región integrado por labradores y hombres de negocios de la misma.

—Pero, bueno, tú dispones de la colaboración de un abogado de allí…

—Él no quiere acordarse siquiera de ello. La batalla tiene lugar en aquel escenario, enfrentándose el consciente y joven fiscal del distrito, saturado de rurales virtudes, con el mundano profesional de las leyes, ciudadano dispuesto a recurrir a todas las tretas que le permitan los resquicios del código. Por añadidura, nuestra cliente es una persona aficionada a las drogas, debiendo ser compadecida por ello, si bien tal hecho no puede servir para perdonar un crimen.

—¡Qué interesante! —exclamó Drake.

—Lo grande es que todavía no sé cómo van a lanzarse contra Lorraine Elmore. Cuando relate su historia, bien… ¡Pero si todavía no ha contado nada!

—Pero ellos saben por dónde va la cosa, ¿no?

—Lo saben gracias al pequeño espesor de los muros del Palm Court Motel en Calexico. Yo no sé, sin embargo, concretamente qué es lo que piensan hacer.

»El fiscal del distrito delata su cautelosa actitud al decir: «Todavía es pronto para nosotros… No podemos aún contar qué fue lo que sucedió exactamente. Pero deseamos interrogar a Lorraine Elmore y el hecho de que ella disponga de un abogado que, al parecer, tiene interés en que no hable con nadie constituye una circunstancia harto sospechosa.

»Adoptando tal proceder ejercerá, evidentemente, una gran presión sobre mí, dando lugar a cierto «suspense» en lo tocante a la historia que ha de contar Lorraine Elmore. Él actúa sobre la suposición de que tiene un caso contra la tía de Linda y elabora la base que necesita para hacerse con un jurado favorable a sus propósitos suministrando informaciones a los periódicos.

—No puedes echárselo en cara —objetó Drake—. Aspira a salir victorioso de su empresa…

Los ojos de Mason brillaron.

—También yo deseo triunfar, Paul… Háblame ahora de las personas que has estado vigilando. ¿Hay algo de nuevo?

—Agárrate bien, Perry, porque vas a experimentar una sorpresa.

—¿Qué me dices?

—Dejemos las cosas como son: se trata de dos sorpresas.

—Desembucha, Paul.

—Empecemos por Howland Brent. He aquí un consejero de finanzas de aire conservador, un inversionista profesional aparentemente correcto, que, de repente, pierde la cabeza en Las Vegas, Nevada.

—¡En Las Vegas! —exclamó Mason.

—Es verdad. El hombre se trasladó en un coche alquilado a Palm Springs y luego tomó un avión que le condujo a Las Vegas…, donde estuvo a punto de hacer saltar la banca.

—¡No!

—Es cierto, Mason.

—Bueno, bueno… Nunca se puede decir hasta dónde son capaces de llegar esos tipos tan conservadores del Este, Paul. Todos ellos, en el fondo, ansían identificarse algún día plenamente con el salvaje Oeste. Apuesto lo que quieras a que si hubiese alguien que le regalara a ese hombre un par de pistoleras con sus correspondientes armas, se pasaría el día delante del espejo ensayando el «saque» rápido, hallando de paso un placer evidente en hacer esto… ¿Cuánto ganó?

—No se puede decir —contestó Drake—, pero procedió de una forma muy peculiar. Se fue calentando… Amontonó fichas y más fichas en una mesa en que se jugaba a la ruleta. La gente se agrupó en torno a él. Muchacho, ¡y cómo se aventuraba!

—¿Qué pasó luego?

—Sus ganancias se elevaron, aproximadamente, a treinta y cinco mil dólares.

Mason emitió un silbido.

—Se portó como el más arrojado de los jugadores… De pronto pasó algo y se enfrió.

—¿Quieres decir que empezó a perder?

—Empezó a perder, sí —manifestó Drake—. Más tarde, se apartó de la mesa y desde aquel momento no hizo el menor caso de ninguno de los artilugios destinados al juego, que en Las Vegas son

tan numerosos como variados. Ni siquiera se fijó en las máquinas tragaperras.

—¿Dónde se encuentra ahora?

—De acuerdo con la última información recibida, está durmiendo en Las Vegas. Dos de mis hombres se dedican a observarle las veinticuatro horas del día. Tan pronto se levante y vuelva a ponerse en circulación, mis colaboradores me telefonearán.

—Buen trabajo, Paul —comentó Mason—. ¿Cuál es la otra sorpresa?

—Me referiré a tu amigo George Keswick Latty.

—¿Qué le pasa?

—Es el hijo predilecto del fiscal del distrito, en el condado de Imperial —declaró Drake.

—Explícate.

—Cuando Marshall salió de este despacho, parece ser que pasó por su cabeza una idea de que pudieran haber ordenado que ellos fueran seguidos. Recurrió a precauciones rutinarias para despistar a los probables vigilantes… No hay ni que decirlo: tretas leídas en las historietas policíacas que publican los periódicos, cosas que quizá fueron útiles hace diez años… Ahora bien, nosotros nos valimos para nuestro propósito de un mecanismo electrónico.

—A ver, a ver…

—Primeramente, inspeccionamos la zona de aparcamiento, descubriendo tres coches cuyas matrículas eran del Valle Imperial, examinando las cédulas de identificación. Entre ellas había una a nombre de Baldwin Marshall. En su automóvil, entonces, instalamos el mecanismo a que he aludido.

—¿Qué es lo que hizo Marshall concretamente?

—¡Oh! Comenzó a dibujar ochos, deslizándose caprichosamente de una manzana a otra; avanzó en ocasiones cuando las luces de los semáforos cambiaban de color; volvió la cabeza en diversas ocasiones… Finalmente, se quedó muy tranquilo y satisfecho de sí mismo. Más tarde se llevó a Latty a… Adivínalo.

—¿A Las Vegas? —preguntó Mason.

Drake denegó moviendo la cabeza.

—A Tijuana. En una avioneta que contrató.

—¡A Tijuana!

—Cierto. Al otro lado de la frontera con Méjico. Cualquier orden

de citación oficial, a él referida, carece de valor, aunque logres saber dónde para.

Ese joven está fuera de la jurisdicción de nuestros tribunales; se encuentra en otro país.

—¡Maldita sea!

—Marshall instaló al muchacho en el mejor hotel de Tijuana, explicando al recepcionista que el condado de Imperial pagaría su manutención y alojamiento.

—¿Y luego, qué?

—Baldwin Marshall, complacidísimo ante su propia decisión, regresó por vía aérea, en el mismo avión. En el aeropuerto subió a su coche, dirigiéndose a El Centro, donde comenzó a celebrar entrevistas con sus amigos más allegados, quienes no tardaron nada en dar a conocer lo que sabían los periódicos.

—Muy interesante.

—Tengo más noticias para ti, Perry —afirmó Drake—. Tu amigo ha sido subvencionado.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que el fiscal del distrito, además de encargarse del pago de los gastos de comida y habitación del joven, hizo entrega al mismo de cierta cantidad de dinero.

—¿Seguro?

—El muchacho estaba a la cuarta pregunta y ahora se dedica a comprarse cosas —manifestó Drake—. Ha adoptado la actitud del rico turista americano. Probablemente, recibió instrucciones para actuar en tal sentido y hay que reconocer que el papel se ajusta perfectamente a la manera de ser de George Latty. Yo diría, incluso, que es toda una revelación.

Mason entornó los ojos.

—Paul: no me importa que vayas a necesitar más o menos hombres. Lo que deseo es que no pierdas de vista a George Latty. Cuando compre algo, entérate del precio del artículo. En otras palabras: quiero estar al tanto hasta de la última moneda que gaste ese individuo.

»Más tarde, cuando el fiscal del distrito le haga subir al estrado de los testigos, voy a decirle a Baldwin Marshall algo acerca del ejercicio profesional, en el campo de las leyes, que puede ser que haya olvidado. Otra cosa muy distinta es instalar a un testigo en un

hotel donde nadie pueda intentar molestarle… Nada tiene eso que ver con la entrega a un testigo de dinero para unos supuestos gastos, máxime cuando el testigo en cuestión no tenía un centavo y aprovecha la oportunidad para convertirse en un dilapidador. Esto último es un soborno.

—No sé si el joven habrá comunicado a Linda Calhoun su paradero…

—Me inclino a creer que no —dijo Drake—. A juzgar por las precauciones tomadas por Marshall, éste lo que quería era que permaneciese totalmente aislado.

Sonó el timbre del teléfono.

Della Street cogió el aparato, diciendo a Mason, luego:

—Duncan Crowder le llama desde Calexico.

—Permanezca muy atenta a nuestra conversación, Della —contestó el abogado, descolgando el micro de su aparato—. Hable usted, Duncan.

—Hay noticias, Perry. ¿Qué sabe usted acerca de un punzón para romper hielo?

—¿Un punzón para romper hielo?

—Cierto. Un arma asesina.

—¿Un arma asesina? Yo tenía entendido que el hombre falleció a consecuencia de haber ingerido una dosis exagerada de barbitúricos.

—Es lo que todo el mundo ha estado pensando hasta hace poco. Pero el señor fiscal del distrito se ha sacado de la manga un punzón para romper hielo. Evidentemente, fue puesto a dormir mediante una dosis de whisky drogado; seguidamente alguien cogió un punzón, asestándole un golpe en la cabeza, por arriba de la raya del peinado. A continuación, el agresor, queriendo asegurarse de que había acabado con la víctima, apuñaló a ésta un par de veces en el corazón.

»Sin embargo, estas últimas heridas no originaron ninguna hemorragia, lo cual indica que el hombre se hallaba ya muerto al ser apuñalado. Las señales de aquéllas eran tan pequeñas que hubieran pasado inadvertidas, quizá, de no haber insistido Marshall para que fuese realizada una autopsia completa del cadáver. El fiscal telegrafió a Los Ángeles, de donde salió uno de los mejores profesionales para colaborar con el forense de aquí.

—Entonces, el caso cambia por completo de aspecto… —subrayó Mason.

—Sobre el aspecto del caso he de decirle algo más, señor Mason —manifestó Crowder—. El arma utilizada por el homicida fue hallada en el coche de Lorraine Elmore.

—¿Que?

—Sí, sí. Estaba escondida debajo de la alfombrilla del compartimiento de equipajes. Además, el punzón ha sido identificado como procedente de la cabina decimosexta del Palm Court Motel, es decir, el alojamiento que ocupó nuestra cliente.

—Pero, hombre, ¿cómo puede saber eso? —inquirió Mason.

—Todas las unidades del motel cuentan con un abridor de tapones corona y un punzón para el hielo —explicó Crowder—. Para evitar su extravío e intercambio, la administración del establecimiento decidió estampar en cada pieza el número de la cabina correspondiente, en las empuñaduras, que son de madera. Los números en cuestión son muy pequeños. Pasarían inadvertidos, de no conocerse el detalle y ser buscados.

—De manera que eso es lo que ha estado ocurriendo entretanto, ¿eh? —dijo Mason, pensativo.

—Pues sí. Y Marshall clama porque Lorraine Elmore comparezca cuanto antes frente a un tribunal. Probablemente, yo podría ver al doctor Kettle y…

—Un momento, un momento. No más dilaciones, Crowder. Deje que Marshall siga adelante.

»Quiero que dé la impresión ahora de una persona inepta, que se halla algo desconcertada. Deje que Marshall continúe su marcha triunfal, logrando una audiencia preliminar tan pronto como le sea posible.

—La ley me autoriza a… —empezó a decir Crowder.

—Sé lo que va a responder. No importa. Usted tiene que dar la sensación de que no está muy al tanto de sus derechos. Habrá de mariposear un poco. Ya me imagino que no va a ganar nada con ello profesionalmente, pero más tarde le buscaré la compensación.

—¿Tiene usted algún plan?

—¡Diablos! No. Pero, en cambio, he sorprendido a Baldwin Marshall con las manos en la masa. Lo he cogido sobornando a un testigo.

—¿Sobornando a un testigo? —preguntó Crowder.

Mason respondió, con los ojos muy brillantes:

—Sí. Usted deje que Marshall siga adelante y que fije una fecha. Lo único que le pido es que se mantenga en contacto conmigo y eso, Crowder, le ocasionará algunas molestias.

»No quisiera que esa audiencia preliminar se celebrara antes de las próximas veinticuatro horas, pero tampoco deseo solicitar un aplazamiento basándome en los derechos constitucionales o los de aquellas personas que figuran como testigos de la defensa.

—¿Va usted a permitir a ese hombre que se salte a la torera los derechos constitucionales de nuestra cliente? —inquirió Crowder—. La cosa no resultará si Lorraine Elmore se ve representada por un abogado de oficio…

—Lorraine Elmore estará representada adecuadamente y nosotros no vamos a confiar en defensas técnicas relativas a sus derechos constitucionales. Lo que quiero, de momento, es que Baldwin Marshall celebre cuantas entrevistas periodísticas desee, el mayor número de ellas posible; que arme todo el escándalo que le apetezca… Seguidamente, la tormenta descargará sobre él, en cuanto demuestre yo que ha sobornado a un testigo.

—Eso ya sería algo —comentó Crowder.

—Efectivamente —dijo Mason—. Creo que voy a hacer que sea usted quien aporte la prueba. Tal hecho le destacará en el juego y la lucha se desarrollará a un nivel todavía más local.

—Muy interesante. A otra cosa… Linda Calhoun está muy preocupada a causa de Latty. ¿Qué ha hecho usted con él?

—Nada en absoluto.

—Ella no piensa eso. Linda cree que después de reprenderle, usted le metió en un autobús obligándole a regresar a Boston.

—No hice nada de eso.

—Bueno, pero, ¿dónde para?

—¿No se ha puesto en comunicación con Linda?

—No.

—¡Qué raro!

—Sí que lo es —manifestó Crowder—. Lo lógico hubiera sido que llamara a la muchacha, solicitando algún auxilio.

—Es lo que hará, seguramente. Ese individuo estaba sin un centavo y Linda le giró veinte dólares a El Centro. Yo le di otros

veinte en Yuma. Hay que pensar que tenía que comprar gasolina, que tenía que pagar su habitación en el motel. Bien. Me parece que no tardaremos en recibir noticias suyas.

Mason se volvió hacia Drake guiñándole un ojo.

—¿Algo más? —preguntó Crowder.

—Eso es todo —replicó Mason—. Dentro de una hora saldremos para El Centro. Defienda la fortaleza con todas sus energías hasta el momento de nuestra llegada.

Capítulo 13

Linda Calhoun y Duncan Crowder se reunieron con Mason, Della Street y Paul Drake en el aeropuerto, al poco de haber aterrizado el avión en que estos últimos viajaban.

—Bienvenidos al condado de Imperial —dijo Crowder—. He estado dedicado a la tarea de burlar a los reporteros. Sabedores de que la audiencia preliminar se celebrará mañana, suponían que se presentaría usted aquí hoy y deseaban una entrevista.

—¿Y por qué no he de complacerles? —preguntó Mason.

—¿De veras está usted decidido a dejarse entrevistar?

—Naturalmente.

—No lo sabía. Pensé que lo mejor era avisárselo. Ese hombre, Marshall, sabe muchos trucos. Algunos de ellos son bastante inteligentes.

—Es lo que yo también tengo entendido.

Linda Calhoun terció en la conversación:

—Señor Mason: quisiera que averiguara usted qué ha podido sucederle a George Latty.

—¿Le ha sucedido algo?

—No lo sé. Yo creo que sí.

—¿No ha tenido noticias de él?

—He tenido noticias de él, sí. Sólo ha sido un breve mensaje, sin embargo, ignoro dónde se encuentra.

—¿Qué le decía en su mensaje?

—Llamó al hotel encontrándome yo ausente. Preguntó entonces si podrían darme un recado. La telefonista que atendió su llamada le contestó que sí. Me ha comunicado que por diversas razones que de momento no podía explicarme tenía que mantenerse alejado de este asunto; que se encontraba bien y que no tenía por qué sentirme preocupada… Añadió que no le sería posible mantenerse en comunicación conmigo y que confiaba en mi lealtad.

—Ya, ya.

—¿Supone usted que se halla bien?

—Caben muchas facetas en lo de hallarse bien una persona, Linda. ¿En qué piensa usted? ¿En si vive una vida sobria? ¿En si observa una conducta moralmente intachable? ¿Piensa acaso en su fidelidad? ¿En su seguridad, tal vez?

—Por ahora lo que más me preocupa es su seguridad.

—Yo diría, a juzgar por el mensaje, que está bien.

—Pero, ¿dónde para?

—He ahí una pregunta que no me es posible contestar, Linda. Quiero señalar una vez más que yo represento a su tía. Actúo así porque usted me lo pidió, pero mi cliente es ella. Lo primordial son sus intereses.

—¿Y qué tiene que ver eso con George?

—Me es imposible decírselo. Puede que tenga que ver mucho y puede que no tenga que ver nada. Ahora bien, existen cosas en las que no quiero correr riesgos.

—Tengo la impresión, señor Mason, de que usted y Duncan me están ocultando algunos hechos.

Al oír a Linda, usando el nombre de pila de Crowder con tanta naturalidad, Mason miró al joven abogado.

Crowder interpretó acertadamente su mirada, manifestando sonriente:

—Linda y yo hemos tenido ocasión de conocernos a fondo, uniéndonos ya cierta confianza.

—Ya lo veo, ya.

Linda se ruborizó ligeramente, volviéndose hacia Paul Drake.

—Usted está investigando los hechos del presente caso —dijo—. ¿No tiene ninguna idea acerca del paradero de George? ¿Sabe usted si le ha sucedido algo?

Drake hizo una mueca.

—A la cabeza de un detective, señorita Calhoun, afluyen las ideas en aluvión muchas veces, pero no siempre son las mismas aprovechables.

Della Street cogió a Linda de un brazo.

—Tengo la impresión, Linda, de que no tiene usted por qué estar preocupada —dijo.

—Es que no acierto a comprenderlo. George es… Bueno, la

verdad es que no es un hombre de gran iniciativa en materias de tipo financiero y carece de dinero. Vino aquí para estar conmigo y… simplemente: esto no es para él. Ya no hay más.

—Es probable que la policía le haya interrogado, que haya querido comprobar qué sabe concretamente acerca de este asunto, señorita Calhoun —aventuró Mason.

—¿Y qué sabe concretamente él, señor Mason?

—Resulta difícil decirlo. Él estuvo en el motel y dijo que las paredes de las cabinas eran tan finas como el papel. La inspección de la cabina que ocupó ha hecho ver que ésta era un lado de una doble unidad, habiéndose alojado en el otro Montrose Dewitt. En tales circunstancias, pudo muy bien haber oído algo…

—Indudablemente —contestó Linda—. Ahora bien, ¿por qué no se confió a mí? ¿Y qué tiene que ver eso con su presente desaparición?

—No puedo decírselo —repuso Mason.

—Pero, ¿lo sabe?

—Dejemos las cosas tal como están, señorita Calhoun. Traslademonos ahora al despacho de Duncan. Usted visite al fiscal del distrito y pregúntele, por ejemplo, si sabe algo acerca de George o si conoce alguna razón que motive su silencio.

—¿Me dará explicaciones?

—¿Hay alguna razón para que no se las dé?

—Que yo sepa, no.

Mason miró a Crowder rápidamente.

—¿Por qué no le llama por teléfono? Duncan y yo escucharemos su conversación por los auriculares auxiliares, para ver si el fiscal del distrito sabe algo de todo esto.

—Una vez llegue usted a mi despacho —anunció Crowder—, se le va a presentar un problema: el de los reporteros.

—Cruzaremos el puente cuando lleguemos a él —respondió Mason—. Ahora mismo, lo que a mí me gustaría es escuchar qué respuesta tiene Marshall para la pregunta de la señorita Calhoun.

Una vez en el despacho de Duncan, Linda llamó a Baldwin Marshall.

Mason y Crowder comenzaron a escuchar el diálogo.

—Soy Linda Calhoun, señor Marshall —dijo la joven, tan pronto tuvo al fiscal al habla.

—¡Oh! Muy bien. ¿Qué tal, señorita Calhoun?

En la voz de Marshall se notaba una cordialidad afectada, mezclada con una dosis de fría cautela.

—Intentaba averiguar qué es lo que puede haberle pasado a George Latty y pensé que usted, tal vez, podría ayudarme en mis indagaciones.

—¿Qué es lo que le ha llevado a pensar que puede haberle sucedido algo?

—No he recibido noticias suyas.

—¿Ninguna, en absoluto?

—Sólo un breve mensaje, diciéndome que no me preocupara por él y que confiaba en mi lealtad.

—Bueno, ya le ha dicho que no estuviera preocupada…

—Sí.

—¿Lo está?

—Sí.

—Le habrá enviado ese mensaje por alguna razón —afirmó Marshall.

—Claro. Estoy segura de ello.

—Habrá estado en algún aprieto para que le diga que no se preocupe.

—Es probable.

—Y usted se encuentra inquieta…

—Yo lo que quiero saber es dónde para.

—No puedo ayudarla en este aspecto, señorita Calhoun.

—Permítame que le haga una pregunta directa: ¿usted sabe dónde se encuentra en la actualidad?

Marshall vaciló un instante.

—No, señorita Calhoun. Le seré franco: no lo sé.

—¿Pero cree que está bien? —insistió Linda.

—Yo creo que si él le ha dicho que no se preocupe por el hecho de su ausencia, usted no debe sentirse preocupada. Yo, en su lugar, confiaría en el muchacho, en su integridad personal, a despecho de lo que otras personas pudieran decirme.

»Permítame ahora, señorita Calhoun, que yo también formule una pregunta: esta llamada, ¿se le ha ocurrido a usted espontáneamente?

—¿Cómo? ¡Sí, claro!

—Quiero decir: ¿le sugirió alguien que me llamara por teléfono para preguntarme eso?

—Linda Calhoun guardó silencio un segundo.

—¿Le sugirió su abogado, Perry Mason, que me llamara, con el fin de plantearme esa pregunta?

—Pues… Yo… Yo estaba preocupada y…

—¡Oh! Muchísimas gracias —dijo Marshall—. Estaba seguro de que Perry Mason le había apuntado la pregunta. Déjeme formular otra, ¿escucha él en estos momentos nuestra conversación?

Linda Calhoun abrió la boca, pero no articuló ninguna palabra.

Intervino el abogado:

—Aquí, Mason. Buenos días, Marshall.

—Me lo había imaginado —dijo el fiscal—. Si yo tuviera que hacer alguna pregunta, Mason, no le quepa la menor duda de que la plantearía con toda franqueza, de hombre a hombre, sin intentar esconderme detrás de las faldas de una mujer.

—Yo no me estoy escondiendo detrás de las faldas de ninguna mujer, Marshall. Simplemente: me dedico a comprobar sus declaraciones. No quiero que ella hable con usted a menos que yo pueda oír lo que se dice.

—Pues ya está usted al tanto.

—Le he oído con toda claridad. Le he oído decir que no sabe dónde para Latty.

—Sí. Se lo he dicho a la señorita Calhoun y se lo repito ahora a usted —contestó Marshall colgando bruscamente el teléfono.

—Ahora sí que me siento preocupada —manifestó Linda.

—Lamento no poder ayudarla —declaró Mason—. Tendrá usted que acomodarse a la situación.

—Pero, ¿cuál es, concretamente, la situación planteada?

—Eso tiene que ser determinado todavía. Me doy por satisfecho con saber que Latty no corre ningún peligro físico… Por lo menos estoy seguro de que esto es así.

La secretaria de Crowder dijo:

—En la oficina hay dos reporteros que solicitan una oportunidad para entrevistar al señor Mason.

—Que pasen —contestó el abogado de Los Ángeles.

Crowder hizo un gesto afirmativo y la secretaria abrió la puerta del despacho.

Entraron en éste dos periodistas y un fotógrafo. Uno de los reporteros dijo:

—Señor Mason: voy a hacerle una pregunta a quemarropa: ¿acaba usted de hablar por teléfono con Baldwin Marshall?

Mason contestó:

—He estado hablando por teléfono con Baldwin Marshall, sí.

—¿Puedo preguntarle por el motivo de su conversación?

—La señorita Calhoun se encuentra preocupada a causa de la ausencia de su prometido, George Latty. Pensó que existía la posibilidad de que Baldwin Marshall conociera su paradero. Le llamó por teléfono, le preguntó por el joven y estuve escuchando el diálogo.

—Entonces usted no habló con Marshall, sino que se limitó a escuchar…

—Yo estuve hablando con Marshall.

—¿Quiere usted darme una idea sobre el tema de su conversación?

Mason vaciló.

—¿Se ofreció para conseguir que Lorraine Elmore se confesara culpable de asesinato a cambio de que él atenuara sus cargos?

—¡Cielos! No. ¿Quién le ha dado tal idea?

—Circula un rumor por ahí de ese tipo.

—¿Un rumor inspirado, quizá, por el fiscal?

—Yo no sé de dónde ha salido. Todo lo que sé es que existe el rumor. Hemos oído hablar de eso, como tantas otras cosas.

Mason obsequió a su interlocutor con una severa mirada.

—Le comunicaré, para su información, que no hubo nada de ello en la conversación sostenida con Marshall y que ni siquiera ha pasado por nuestras cabezas tal pensamiento… No abrigamos la menor intención de formular tan absurda oferta.

»Puedo decirle también que hablé con Marshall cuando la señorita Calhoun hubo terminado. Añadiré que Marshall aseguró a la señorita Calhoun, y después a mí, que no sabía nada acerca del paradero de George Latty.

—¿Por qué es Latty una figura importante? —inquirió el reportero.

—Eso es algo que de momento no estoy preparado para discutir.

—¿Por qué?

—No dispongo de la información necesaria.

—Déjeme preguntarle algo más... La audiencia preliminar comenzará mañana, a las diez. ¿Va usted a solicitar un aplazamiento?

—Siempre resulta difícil predecir el futuro —contestó Masón, sonriendo—. Ahora bien, usted puede ver que yo estoy aquí, con el señor Crowder, y gracias a los esfuerzos de Baldwin Marshall y el sheriff, Lorraine Elmore, nuestra defendida, va a encontrarse a la disposición de todos.

—¿Significa eso que está usted en condiciones de proseguir con la audiencia preliminar?

—Podría ser —repuso Mason—. No obstante, me gustaría mucho hablar con George Latty antes de continuar.

—¿Por qué? ¿Es acaso un testigo?

—Para nosotros, no.

—¿Para el fiscal, sí?

—No puedo referirme a los asuntos del fiscal. En este sentido, se entiende.

El otro reportero preguntó:

—¿Seguro que Baldwin Marshall le dijo que no sabía nada sobre el paradero de George Latty?

—Seguro.

—Pero, ¿por qué había de desaparecer Latty?

—No sé.

El primer periodista manifestó:

—Se dice que usted se propone ofrecer el reconocimiento de una culpabilidad mañana y que incluso no planea ninguna defensa, consintiendo, sin más, que sea procesada la acusada.

—¿Dónde han nacido tales rumores?

—Uno de ellos salió del despacho de Baldwin Marshall. El fiscal declaró sin rodeos que no aceptaría ninguna oferta de reconocimiento de culpabilidad por parte de Lorraine Elmore a cambio de una atenuación en sus cargos.

—¿Habló de posibles tentativas en ese aspecto?

—Dijo que no consideraría tal propuesta.

A Mason le brillaban los ojos.

—Pregúntenle si alguien se la ha hecho y si afirma que le ha sido pasada por alguna de las personas que defienden a Lorraine

Elmore, señalen que en tales circunstancias Perry Mason le va a llamar embustero en público.

Los periodistas tomaban notas febrilmente.

Mason prosiguió diciendo:

—Si el fiscal del distrito ha contribuido a dar la impresión de que Lorraine Elmore está dispuesta a confesarse culpable para hacerse reo de una acusación menor, hemos de convenir que el señor Marshall ha puntualizado hechos que no son ciertos.

—Un momento, ¿eh? —dijo uno de los reporteros—. En realidad, lo que él declaró fue que jamás se detendría a considerar la propuesta. Él no afirmó que le hubiese sido formulada.

—Bien. En tal caso, ustedes pueden puntualizar que nosotros no tomaremos en cuenta ninguna propuesta salida del despacho del fiscal del distrito en el sentido de reconocer la culpabilidad de Lorraine Elmore a cambio de lo que sea. Nosotros aspiramos a que sea reconocida su total inocencia.

El periodista se echó a reír.

—¿Puedo recalcar que ésa ha sido su declaración?

—Cítenos a los dos abogados —replicó Mason—. No olvide que Duncan Crowder está tomando parte activa en el caso.

—No lo olvidaremos. Estaremos presentes mañana en la audiencia preliminar.

Mason sonrió.

—Lo mismo que nosotros.

Los reporteros se marcharon.

Drake hizo un gesto expresivo a Perry Mason y éste siguió a su amigo hasta otro despacho.

—El fiscal del distrito miente —afirmó Paul.

—¿Sobre Latty?

—Sobre Latty, sí. Latty se encuentra en estos instantes al otro lado de la línea fronteriza, en Mexicali. Se ha alojado en un hotel, dando el nombre de George L. Carson. No hace todavía una hora llamó por teléfono al despacho del fiscal del distrito, sosteniendo una larga charla con él.

—¿En qué emplea su tiempo?

—Se dedica a vivir a lo grande —repuso Drake—. Anoche acabó medio mareado. Cenó venado a la parrilla, tortillas, fríjoles y otras cosas por el estilo, convenientemente rociadas con champaña. Pidió

que le sirvieran perdices, un par de ellas, y le sobró una. Del champaña, en cambio, no dejó ni gota. Regresó al hotel en un estado de completa euforia. Está preparado para tomar parte en la audiencia preliminar, pero vendrá tan sólo cuando el fiscal del distrito mande por él. Va a ser un testigo sorpresa… Evidentemente, tiene alguna prueba que Marshall estima que será una bomba para la defensa.

—Es todo un tipo ese Marshall, ¿eh, Paul?

—¿Le vas a llamar embustero en plena audiencia?

Mason enarcó las cejas.

—¿En qué ha mentido?

—¡Hombre! Él dijo claramente que no tenía la menor idea del paradero de Latty, ¿no?

—Él aseguró a Linda que no podía decirle dónde estaba el joven…, que no lo sabía.

—¿Y bien?

—Linda no fue tan lista como para preguntarle si sabía dónde se encontraba Latty media hora atrás o una hora antes, o a cualquier hora en el transcurso de la mañana. Ella le preguntó, simplemente, si sabía dónde estaba Latty y él respondió que no. Sus palabras fueron: «No, señorita Calhoun. Le seré sincero: no sé dónde está».

—¿Por qué no le agarraste con este motivo? —preguntó Drake —. Ya que se está aprovechando de tales detalles, ¿por qué no interviniste inmediatamente, preguntándole si sabía dónde había estado Latty a una hora más temprana del día?

—De haber procedido yo así, se me habría escapado del anzuelo.

—No te entiendo.

—Ha mordido el anzuelo, Paul. Dándoselas de listo, se ha pasado de la raya —afirmó Mason, sonriente.

—¿Cómo?

—Mañana, en la audiencia preliminar, sacaré a colación este asunto. Voy a asegurar al tribunal que nosotros conocemos una solemne declaración del fiscal del distrito, por la que éste afirmó que él no sabía nada acerca del paradero de Latty. Esto pondrá a Marshall en pie, para manifestar que él no nos había dicho nada por el estilo, que lo que dijo fue que no sabía dónde estaba Latty en el instante en que nosotros le telefoneamos; que Linda le preguntó: «¿Sabe usted dónde está George Latty?»…

—Sigue.

—Cuando haya terminado con él, Marshall será para todos los presentes un trapisondista, un granuja, un embustero. De haberle preguntado yo, en cambio, si sabía dónde se encontraba Latty a una hora más temprana del día, él me habría contestado mandándome al infierno, colgando el teléfono acto seguido. Ya en la audiencia, más tarde, habría sido yo el interesado en no dar cuenta de la conversación completa.

»Mañana me presentaré muy digno, dolido y quizás ofuscado por la insólita rapidez con que se han desarrollado los acontecimientos. Dejaremos a Marshall que dé las explicaciones convenientes.

—¿Vas a ser un castigado mártir o acabarás perdiendo los estribos? —preguntó Drake.

—No sé cuál de las dos cosas beneficiará más a mi cliente… Todo depende de lo que vea.

—Me da el corazón que acabarás perdiendo los estribos —anunció Drake.

—Ya pensaremos en ello.

—¿No terminarás perdiendo la serenidad de todos modos?

—Un buen abogado puede perder siempre los estribos cuando hay alguien que le paga por ello. Ahora bien, cuando uno se ha visto recompensado por tal cosa monetariamente cuesta mucho indignarse por cuenta propia y sin que nadie le pague…

Drake sonrió burlonamente.

—¡Oh, los abogados! —exclamó.

—¡Oh, los detectives! Paul: que tus hombres no pierdan de vista un solo momento a George Latty.

—No te preocupes. Los tengo ahora mismo materialmente colgados de su chaqueta —repuso Drake.

Capítulo 14

El juez Horatio D. Manly ocupó su sitio y después de pasear la mirada por la sala, atestada de público, declaró:

—Ésta es la hora fijada de antemano para la celebración de la audiencia preliminar en el caso del Estado de California *versus* Lorraine Elmore.

—Preparado en nombre del Estado —dijo Marshall.

—Preparado por parte de la defensa —manifestó Mason, colocando una mano tranquilizadora sobre el hombro de Lorraine Elmore.

El juez Manly se aclaró la garganta.

—Antes de que comience la vista de la presente causa quiero señalar que se ha hablado mucho acerca de la misma en las columnas de los periódicos, así como de ciertos hechos y de las personas afectadas. Deseo hacer presente al público que se encuentra en la sala que esto no es ninguna representación, que aquí no hay un debate espectacular, que esto no es ninguna diversión. Nos encontramos en una sala de justicia. El público habrá de conducirse con arreglo a ello. De no ser así, este tribunal adoptará las medidas que considere necesarias para garantizar el orden y el decoro debidos.

Mason se puso en pie, solicitando permiso para hablar.

El juez Manly se lo concedió.

—La defensa siente un gran interés por establecer contacto con George Latty —manifestó Mason—. Tenemos motivos para creer que el ministerio fiscal mantiene al señor Latty oculto o que sabe dónde está, pese a que el fiscal del distrito nos ha asegurado verbalmente que ignora dónde se encuentra dicha persona.

—¡Un momento! —exclamó Marshall levantándose—. Sus manifestaciones no son correctas.

—¿No son los hechos especificados exactos? —preguntó Mason.

—No; no son exactos.

—Ayer, señoría, pude escuchar una conversación telefónica, en el transcurso de la cual el fiscal del distrito aseguró a la señorita Calhoun, sobrina de mi defendida, que no tenía la menor idea acerca del paradero de George Latty. Quisiera que tal declaración fuese repetida aquí, ante el tribunal.

—Yo no formulé tal declaración —negó Marshall.

—¿Qué no? —inquirió Mason, sorprendido.

—No. La señorita Calhoun me preguntó exactamente: «¿Sabe usted dónde está el señor Latty?». Le contesté que no. No tenía medios para averiguarlo. Yo hablaba con ella por teléfono. Ignoraba qué estaba haciendo él en aquel momento, dónde se encontraba en aquellos instantes…

—¡Ah! ¡*En aquel momento*! —exclamó Mason—. Pero usted no le dijo eso a ella entonces. Usted le dijo que no tenía la más leve idea acerca de su paradero, con estas u otras palabras semejantes.

—Creo que la defensa, señoría, está citando mis palabras erróneamente, tergiversando su sentido de un modo deliberado.

—Bueno, pues para que no hayan torcidas interpretaciones, señor Marshall: ¿sabe usted dónde se encuentra Latty ahora?, o ¿sabe dónde estaba una hora, media, veinticuatro horas atrás?, ¿puede decirme cómo puede, ponerse Linda Calhoun en comunicación con el señor Latty? Linda Calhoun y George Latty, señoría, son prometidos.

—Yo no tengo por qué responder a sus preguntas; yo no tengo por qué someterme a un interrogatorio. Yo soy el fiscal del distrito y no el agente de una agencia matrimonial. Si Latty desea establecer contacto con Linda Calhoun, que la busque. Podrá hacerlo perfectamente.

—A menos que haya recibido instrucciones concretas en sentido contrario —manifestó Mason—. Y para que no se produzcan interpretaciones erróneas, preguntaré al señor fiscal si él instruyó o no a Latty en el sentido de no ponerse en comunicación con Linda Calhoun.

—Ciertamente que no hice tal cosa —declaró Marshall—. En efecto, yo concretamente, indiqué a Latty que debía ponerse en relación con Linda Calhoun.

Las cejas de Mason se levantaron.

—¿Para comunicar a la señorita Calhoun su paradero?

—Yo no he dicho eso.

—Bueno. Tendré que expresarme de otra forma. ¿Dio usted a Latty instrucciones concretas en el sentido de *no* decir a Linda Calhoun dónde estaba?

—No tengo por qué responder a sus preguntas; no tengo por qué ser interrogado por usted —replicó Marshall.

—En fin, yo creo que por lo anterior —declaró Mason— este tribunal habrá observado la serie de pequeños errores, subterfugios y evasivas que ha caracterizado la actuación del ministerio fiscal con motivo de nuestros intentos por localizar a George Latty. Solicito que se ordene al señor fiscal que revele el paradero actual del señor Latty, en beneficio de la defensa.

Mason se sentó.

—¿Sabe dónde se encuentra Latty? —preguntó el juez Manly a Marshall.

—Con la venia de la sala: ésta no es una pregunta justa —manifestó Marshall—. Si el abogado de la defensa señala que necesita a Latty como testigo, su indagación quedará justificada. Yo no puedo revelar lo que sé con el único fin de facilitar una relación de tipo amoroso entre una pariente por parte de la defendida y un importante testigo por parte del ministerio fiscal.

El juez Manly miró a Mason.

Éste adoptó una grave actitud, levantándose.

—Con la venia de la sala: nosotros no sabemos todavía si Latty va a ser testigo de la defensa o no. Nosotros no hemos tenido ocasión de interrogarle desde que ciertos detalles captaron nuestra atención. Es posible que deseemos utilizarle para fijar determinados puntos relacionados con la defensa del presente caso.

—El señor Mason no piensa en la defensa ahora —arguyó Marshall—. Esta insistencia sobre el paradero de Latty no tiene más objeto que el de dificultar la labor del ministerio fiscal.

—Perfectamente —dijo el juez Manly—. Vuelvo a mi pregunta, ¿sabe usted dónde se encuentra Latty?

—Ciertamente que sabemos dónde se encuentra —declaró Marshall—. Es un testigo del ministerio fiscal y le retenemos donde no pueda ser molestado.

—¿Puedo preguntar al señor fiscal qué entiende por no ser

molestado? —inquirió Mason.

—No queremos que nadie influya en él, ni que se tergiverse su testimonio —respondió Marshall—. A causa de su relación de tipo amoroso con la sobrina de la acusada, este testigo se halla en una posición delicada. Con alguna astucia y pocos escrúpulos podría ser alterado su testimonio.

Mason preguntó:

—¿Juzga usted a ese testigo tan vacilante, de tan escasa consistencia, que lo que conozca o vio es susceptible de ser cambiado por el simple hecho de hallarse relacionado con una pariente de mi defendida?

—¡Usted ha entendido perfectamente mis palabras! —chilló Marshall—. He querido dar a entender que usted es capaz de ejercer una fuerte presión sobre ese joven, hasta conseguir ofuscarle y confundirle.

Mason sonrió.

—El señor fiscal admite ahora que su testigo es de tal carácter que sólo puede soportar un interrogatorio conducido por él, exponiéndose en otras circunstancias a alterar sus manifestaciones. Siendo así, doy por buena su declaración.

—¡Eso no es lo que yo he dicho! ¡Eso no es lo que he querido decir! ¡Usted lo sabe!

Marshall había pronunciado a gritos estas palabras. La explosión de ira había enrojecido su rostro.

Medió el juez Manly.

—Caballeros, caballeros: ya está bien. Sus observaciones, de aquí en adelante, serán dirigidas a este tribunal. Ahora, este tribunal le pregunta, señor fiscal, puesto que al parecer usted conoce el paradero de George Latty: ¿existe alguna razón que justifique el silencio ante la joven de quien es prometido?; y también: ¿por qué la defensa no puede expedir una orden de comparecencia?

Marshall replicó:

—Se encuentra en la oficina del ministerio fiscal, aguardando el instante de ser llamado como testigo… Se trata, he de añadir, del más importante en este caso.

—Entonces, señoría —dijo Mason—, habrá que asegurar a la señorita Calhoun que el hecho de no haberse puesto en contacto

con ella su prometido, revelándole su paradero, fue debido a que el testigo se conducía con arreglo a las órdenes dictadas por el señor fiscal.

—La señorita Calhoun no tiene nada que ver en esta acción. No hay por qué asegurarle nada —declaró Marshall.

—¿He de interpretar que se propone usted, señor fiscal, traer a esta sala a George Latty? —preguntó el juez Manly.

—Estará aquí dentro de una hora.

—Muy bien. Creo que con esto queda zanjada la cuestión. Independientemente de lo que haya sido hecho con la ocultación o no ocultación del paradero de este testigo, o la razón de la misma, George Latty se presentará en la sala y la defensa tendrá ocasión de preguntarle dónde ha estado y por qué no se puso en comunicación con…

Marshall interrumpió al juez.

—Señoría: yo considero estas preguntas inadecuadas. Latty es solamente un testigo; no forma parte de ninguna controversia.

—A la defensa —contestó Mason—, le asiste siempre el derecho de considerar las circunstancias personales de un testigo tan bajo el control del ministerio fiscal que llega a prohibírsele que se ponga en contacto con su prometida… En otras condiciones corre ese testigo el riesgo de no ser considerado justo ni imparcial. Insisto en que la defensa tiene derecho a interesarse por la motivación de su conducta.

—Tal es mi opinión —señaló el juez Manly.

—Señoría —contestó Marshall—: me gustaría someter a discusión ese punto cuando llegue el momento.

—Sí. Ahora es prematuro. Nos ocuparemos de eso cuando el testigo vaya a declarar.

—El ministerio fiscal, pues, promete llamarle —remachó Mason.

—El ministerio fiscal no tiene por qué dar a conocer sus testigos a la defensa.

—Usted ha asegurado ya a la sala que llamaría a Latty para que declarase como testigo dentro de una hora.

—Espero llamarle —dijo Marshall.

Mason esbozó una sonrisa, inclinándose en graciosa reverencia ante el juez.

—Si el ministerio fiscal hubiese formulado esta declaración

antes, nos hubiéramos ahorrado una considerable cantidad de tiempo y algunas recriminaciones.

—El primer fiscal puede llamar a su primer testigo ya —dijo el juez Manly.

Marshall pareció vacilar. Su ayudante le susurró frenéticamente unas palabras al oído. Finalmente el fiscal se puso en pie:

—Llamaré al inspector del condado, mi primer testigo.

El inspector presentó un esquema del motel de Calexico y un mapa de las carreteras de la zona, señalando en el mismo el lugar en que había sido encontrado el coche de Lorraine Elmore.

—No hubo interrogatorio.

El sheriff testificó el hallazgo del automóvil con las ruedas medio hundidas en la arena. Aludió también a la cápsula encontrada sobre el asiento delantero.

—¿Sabe usted que contenía la cápsula? —inquirió Marshall.

—Lo sé, sí.

—¿Lleva usted encima la cápsula?

—Sí.

—¿Quiere usted enseñárnosla?

El sheriff extrajo de uno de sus bolsillos un frasquito dentro del cual se veía la cápsula verde.

—¿Y qué contiene esta cápsula? —preguntó Marshall.

Crowder miró a Mason.

—¿No va usted a formular ningún reparo? —susurró.

Mason movió la cabeza, denegando.

—Esto contiene Somniferal —respondió el sheriff.

—¿Y qué es eso? ¿Lo sabe usted?

—Sí, señor.

—Bien. ¿Qué es?

—Se trata de uno de los hipnóticos más modernos. Resulta muy enérgico; actúa con mucha rapidez y sus efectos persisten bastante tiempo. En general, los hipnóticos que actúan rápidamente se disipan pronto en tanto que los que persisten mucho tiempo son de una actuación más lenta. El Somniferal, nombre comercial de este producto, reúne las dos cualidades: es rápido y sus efectos se prolongan…

—¿Le dijo la acusada algo en relación con esta cápsula?

—Se negó a hacer declaraciones con respecto a ella,

manifestando que procedía así de acuerdo con lo que le había aconsejado su abogado.

—¿Localizó usted el envase de donde fue sacada la cápsula?

—Sí —dijo el sheriff—. Estaba en el bolso de la acusada.

Crowder fijó la mirada con ansiedad en el rostro de Mason. Seguidamente, viendo que él no pensaba formular ninguna objeción susurró:

—Ésa es una deducción. El sheriff no puede saber de qué envase procede la cápsula.

Mason sonrió, acercándose al oído de Crowder.

—No hay que formular objeciones ante tales cosas —declaró—. Su proceder en estos momentos, es de un aficionado. Dejemos que todo marche como hasta ahora, y luego, con el interrogatorio, habrá ocasión de desorientar al testigo. Acuérdese, cuando usted le haga sus preguntas, de insistir en la cuestión del envase. Hágale poner de relieve que se estaba guiando por lo que había oído decir. Pregúntele si no sabía que eso no es correcto. Pregúntele si discutió con anterioridad esta fase de su declaración con el fiscal del distrito y si Marshall le dijo, efectivamente: «Voy a hacerle tal pregunta y usted la contestará rápidamente, antes de que la defensa proteste. Es lo que se ha hablado por ahí, pero trataremos de sacar la cuestión adelante». Haga ver a todos que ha procedido torcidamente.

—Un momento… ¿Soy yo quien ha de interrogarle?

—Pues claro —replicó Mason—. Usted también querrá intervenir en el caso, ¿no?

—Naturalmente, señor Mason. No hay nada que desee tanto. Ahora bien, yo ignoraba que usted se proponía dejarme tomar parte en el interrogatorio de los testigos.

—¿Quiere o no tomar parte?

—¡Cielos! Sí… Hay una joven en la sala que… Con franqueza quisiera disponer de una oportunidad para impresionarla favorablemente.

—Tendrá usted esa oportunidad, Crowder.

El juez Manly, que había observado el coloquio de los abogados de la defensa, dijo:

—Al sheriff se le ha preguntado si había descubierto el envase del que procedía la cápsula, respondiendo el testigo

afirmativamente: que fue sacada de un frasco hallado en el bolso de Lorraine Elmore en el motel de Calexico.

—¿Fueron esas cápsulas despachadas mediante una prescripción? —quiso saber Marshall.

—Sí.

—¿Habló usted con el médico que extendió la receta?

—Sí.

—¿Dónde ejerce él su profesión?

—En Boston, Massachusetts.

—¿No se encuentra aquí, como testigo?

—No.

—Sin embargo él le explicó que había extendido una receta por una cantidad de cápsulas muy importante, lo cual no es normal.

—Sí.

—No tengo más preguntas que formular de momento. Puede usted proceder al interrogatorio del testigo —dijo Marshall con una reverencia dirigida a Mason, como si su gesto supusiese una generosidad por su parte, inspirado en la idea de jugar limpio.

Mason hizo un expresivo movimiento de cabeza, mirando a Crowder.

—Adelante, Duncan —dijo.

Crowder se levantó.

—Usted, sheriff, ha declarado que esta cápsula contenía Somniferal. ¿Y cómo sabe usted que contenía Somniferal? ¿Fue analizada?

—Así es. Yo tenía la receta.

—¿Qué receta?

—Aquella con que fue adquirido el medicamento.

—¿Y de dónde la sacó?

—Del doctor que la había extendido.

—¿Posee usted la receta original?

—No, ciertamente. Se halla en poder de la farmacia.

—¡Oh! Entonces no la tenía.

—El original, no.

—¿Y no mandó usted analizar la cápsula?

—No. La cápsula se encuentra intacta.

—Entonces, ¿cómo sabe que la cápsula procede de la receta?

—Por la etiqueta del frasco.

—¿Y dónde fue encontrado el frasco?

—En la cabina del motel ocupada por la acusada.

—¿Y cómo sabe que la cápsula procede de ese frasco, sheriff?

—Porque es igual que las cápsulas contenidas en el frasco.

—¿Cómo sabe usted eso?

—Pues… Tiene el mismo color, idéntico aspecto…

—Así pues, usted sabe que la cápsula procedía del frasco porque se dijo que éste había contenido Somniferal, y usted sabe que la cápsula contenía Somniferal porque lo dedujo del envase. O, para expresarlo de otra forma, a causa de haber supuesto usted que la cápsula contenía Somniferal, dedujo que procedía del frasco, acerca del cual alguien por teléfono le aseguró que había contenido dicho medicamento.

—Ése no es un modo claro de exponer la cosa —opinó el sheriff.

—Muy bien —dijo Crowder—. Expóngala como guste.

—Yo hablé con el médico que extendió la receta, quien me comunicó lo que figuraba en la misma. Comprobé…

—Sí, sí. Continúe usted, sheriff. ¿Qué fue lo que usted comprobó?

—Bueno. Comparé el contenido del frasco con la receta que el doctor me notificó haber extendido para Lorraine Elmore.

—Entonces, usted no se molestó en telefonear a la farmacia que había despachado la receta… Usted no facilitó al establecimiento el número del frasco, ni obtuvo su versión acerca del contenido del mismo…

—No. No creí que eso fuese necesario.

—¿Usted no sabe que, en general, las pruebas a base de rumores o habladurías son inadmisibles?

—Claro que lo sé.

—¿Y no se da cuenta de que las suyas, por eso, carecen de consistencia?

—No vi otro camino… No podíamos tener a esas personas yendo y viniendo de Boston para declarar algo que era evidente.

—¿Y cómo sabe que esta cápsula procede del frasco?

—Porque tiene el mismo tamaño, forma y color.

—¿Hay algo en cuanto al tamaño o la forma que la diferenciaría de otras?

—El color la diferenciaría de otras semejantes.

—¿Y ese color es el verde?

—Sí.

—¿Le dijo el doctor que el Somniferal se presentaba en forma de cápsula y que éstas eran de color verde?

—No.

—¿Quién le dijo eso?

El sheriff se agitó ahora, inquieto.

—Un farmacéutico de El Centro.

—¿Se encuentra en la sala el farmacéutico en cuestión?

—Que yo sepa no.

Crowder dijo entonces:

—Con la venia de la sala: solicito sea desechado el testimonio del sheriff con respecto al contenido y naturaleza de la cápsula y del frasco de la receta, ya que, al parecer, todo ha sido basado en comentarios y deducciones.

—Señoría —dijo Marshall—: mi joven colega alude a una serie de reparos técnicos insignificantes, cuyo verdadero valor comprenderá, seguramente, cuando lleve algún tiempo más ejerciendo su carrera.

Crowder se mostró firme, haciendo caso omiso de la ironía del fiscal.

—Aquí no han habido otras cosas: sólo habladurías. Nadie sabe qué contenía la cápsula. El ministerio fiscal ha afirmado que era Somniferal porque así se dedujo del frasco. Luego, supuso que el mismo contenía Somniferal porque así lo dijo un médico de Boston. La verdad es que no existe nada que demuestre que la cápsula procede de ese envase.

—Concedido —dijo el juez Manly—. Se desecha el testimonio referente a la droga de la cápsula.

—Señoría —clamó Marshall, enfadado—: esto afecta a lo fundamental del caso. Nosotros queremos demostrar que a la víctima le fue administrada una dosis de whisky drogado y que la droga que contenía el licor era Somniferal. Queremos demostrar también que el medicamento se hallaba en poder de la acusada.

—Aporte usted pruebas convincentes y no tendremos nada que objetar —dijo Crowder—. Lo que no puede ser es basar el caso en un armazón de rumores, de puras suposiciones por parte de las autoridades.

—Este tribunal ha decidido ya la cuestión —manifestó el juez Manly.

—Pero señoría, nos hallamos en la etapa preliminar del caso —protestó Marshall.

—En las audiencias preliminares rigen las mismas normas de siempre, respecto a las pruebas —saltó Crowder.

—Creo que eso es técnicamente correcto —dijo el juez Manly. Seguidamente, en tono más amable, añadió, dirigiéndose al fiscal—: Tal vez pueda usted ocuparse de ese detalle más tarde.

—Tendría que hacer venir desde Boston, por vía aérea, al testigo —objetó Marshall.

—La defensa accederá con mucho gusto a un aplazamiento para que el testigo pueda comparecer —dijo Crowder, afable—. Nos agradaría mucho interrogar al doctor para saber cómo descubrió lo que había en el frasco y cómo fue capaz de identificar el mismo por teléfono. Veremos entonces simplemente, que el doctor extendió una receta… Sólo el farmacéutico podría decir qué contenían las cápsulas.

—Haremos venir también, por vía aérea, al farmacéutico, si es eso lo que usted desea —declaró Marshall.

Crowder sonrió.

—Todo lo que yo deseo es que el ministerio fiscal aporte pruebas sólidas y que no se confíe únicamente en los comentarios o deducciones de los demás, como he señalado.

—Lo procedente ahora, señor fiscal del distrito —dijo el juez Manly—, es que llame al siguiente testigo. Vuelva a referirse a este asunto después, si lo estima pertinente.

—Muy bien —contestó Marshall, disgustado, consciente de que los periodistas que se hallaban en la sala tomaban notas febrilmente en sus blocs—. Requeriré la presencia de Hartwell Alvin, jefe de policía de Calexico.

—Suba al estrado, señor Alvin —ordenó el juez Manly.

Alvin, un tipo alto, de huesudo rostro, que ya había rebasado la cincuentena, cuyos inexpresivos ojos parecían hallarse cubiertos por una película opaca, avanzó, levantó la mano derecha, prestó juramento y tomó asiento en el estrado de los testigos. Sus modales eran calmosos, casi indiferentes.

—¿Se llama usted Alvin, Hartwell Alvin? ¿Es usted jefe de

policía en Calexico, dentro del condado de Imperial, California? ¿Es cierto que desempeña ese cargo desde hace varios años?

—Sí.

—Hablemos de la mañana del día cuatro de este mes… ¿Se trasladó a primera hora del día al Palm Court Motel de Calexico?

—Sí.

—Bueno. Como la defensa se opone a todo testimonio basado en rumores, habladurías o deducciones, no le preguntaré qué es lo que le llevó allí, ya que lo que le hablaran por teléfono sería inmediatamente catalogado de acuerdo con el precedente citado. Díganos qué encontró usted allí en el momento de su llegada.

—Encontré un hombre muerto en la cabina decimocuarta.

—¿Conocía usted a aquél?

—No.

—¿Fue posteriormente identificado?

—Sí.

—¿Fue identificado como cierto Montrose Dewitt, de Los Ángeles?

—Cierto.

—¿A qué hora entró en la cabina?

—Poco después de las siete.

—¿De la mañana?

—Sí.

—¿Qué más encontró usted?

—El cuerpo de aquel hombre estaba tendido en el suelo de la cabina número catorce. Vi que las cosas estaban revueltas en la habitación, tal como se puede observar en las fotografías que se tomaron. Algunos de los cajones habían sido abiertos, así como una maleta y una bolsa. La confusión era mayor en la cabina número dieciséis. El contenido de los cajones había sido desparramado por el pavimento: ropas y otros objetos…

—¿Fotografió usted esas unidades?

—Sí. Bueno, ordené que fuesen tomadas las fotografías correspondientes.

—¿Posee copias de las mismas?

—Sí.

—¿Quiere usted írmelas dando, con las explicaciones que juzgue convenientes?

El testigo fue entregando al fiscal fotografía tras fotografía, explicándole a qué se refería cada una, la unidad a que pertenecía y cómo había sido tomada. Así transcurrieron varios minutos.

—¿Consultó usted el libro registro del motel? —preguntó Marshall.

—Sí. La unidad número dieciséis había sido alquilada por una persona que utilizaba el nombre de Lorraine Elmore y la unidad número catorce por otra registrada con el nombre de Montrose Dewitt.

—¿Se encontraba usted en compañía del sheriff cuando fue hallado en el desierto un automóvil en cuya cédula de identificación constaba el nombre de Lorraine Elmore?

—Sí.

—¿Inspeccionó los alrededores?

—Sí.

—¿Tomó usted fotografías?

—Eso fue más tarde. Ordené que fueran tomadas.

—¿Las lleva usted encima?

—Tengo aquí copias de las mismas, sí, señor.

Alvin procedió a entregar al fiscal media docena de fotos en las que se veía el coche hundido a medias en la arena.

—¿Halló algo en el coche?

—Sí.

—¿Qué?

—En el compartimiento de los equipajes, debajo de la esterilla, encontré un punzón para el hielo.

—¿Lo ha traído usted?

—Sí.

—Enséñenoslo, por favor.

El testigo mostró el punzón. Marshall solicitó que fuera marcado a los fines de identificación.

—¿Figuraba el número dieciséis en el mango del punzón cuando usted lo encontró?

—Sí.

—¿Halló algo más?

—Vi que el sheriff cogía una cápsula verdosa que se encontraba sobre el asiento delantero del coche.

—¿Estaba usted presente cuando el sheriff encontró un frasco

con su número de receta?

—Sí.

—¿Dónde fue encontrado?

—En la unidad número dieciséis, en un pequeño bolso.

—Pueden ustedes proceder al interrogatorio del testigo —dijo Marshall dirigiéndose a la defensa.

Mason susurró, mirando a Duncan Crowder:

—Siga con él, Duncan. Poco se puede hacer. No generalice. Insista en un punto que se preste a cierta ampliación. Acto seguido, déjele.

Mason se recostó en su asiento, observando con interés a su joven colega.

Duncan Crowder se levantó, mirando sonriente al jefe de policía.

—Según deduzco de su testimonio y también de las fotografías aportadas por usted, la unidad número dieciséis fue escrupulosamente revuelta.

—Es cierto.

—Alguien registró el equipaje y el contenido de los cajones de la cómoda.

—Cierto.

—¿Buscó usted huellas dactilares?

—Intentamos localizarlas, sí.

—¿Y las localizaron?

—En efecto.

—¿Cómo es que no ha aludido a ese detalle al ser interrogado por el señor fiscal?

—No me preguntó nada en relación con eso.

—¿Por qué no le hizo esa pregunta?

Marshall se puso en pie.

—Protesto, señoría. Juzgo el interrogatorio inadecuado; así como esta pregunta, especialmente. El testigo no puede leer en la mente del ministerio fiscal.

—Se admite la protesta —contestó el juez Manly.

Crowder tornó a sonreír.

—Daré otra forma a mi pregunta. ¿Discutió el caso con el señor fiscal?

—Ciertamente.

—¿Antes de subir al estrado?

—Sí, desde luego.

—¿Y le hizo saber usted cuál sería su testimonio?

—Sí.

—¿Le indicó el señor fiscal entonces que él no quería que usted dijera nada acerca de las huellas dactilares, a menos que le preguntaran concretamente por las mismas? ¿Le indicó que él no formularía pregunta alguna en tal aspecto?

—¡Protesto! —exclamó Marshall irritado—. Esa conversación ni ninguna que pudiera celebrar el testigo con el ministerio fiscal, no tiene nada que ver con el caso. No es a mí a quien se está juzgando.

Crowder manifestó:

—Señoría: de ser advertido que el testigo, deliberadamente, dio una forma determinada a sus declaraciones, ocultando con toda intención determinados hechos a petición del fiscal (un proceder no muy recto), nada más lógico que la defensa insista en el detalle o detalles omitidos.

—Lo estimo correcto —replicó el juez Manly—. Se desestima la protesta.

—¿Quiere usted responder a mi pregunta?

Marshall vacilaba… No sabía si insistir o callarse. Por último, volvió a sentarse, de mala gana.

El testigo manifestó:

—Me indicó que no debía decir nada acerca de las huellas dactilares a menos que me preguntaran en concreto por las mismas.

—¿Le explicó por qué?

—Me dijo que tal dato sólo contribuiría a embrollar más el caso.

—Muy bien. Yo le he preguntado ya por la cuestión de las huellas digitales. ¿Qué encontró usted?

—Descubrí algunas pertenecientes a Lorraine Elmore. Otras eran de Montrose Dewitt.

—¿En las dos cabinas?

—En las dos cabinas.

—Siga. ¿Vio más huellas?

—Sí: las de la doncella que arregla los alojamientos… Había algunas otras que no pudimos identificar.

—¿Estaban suficientemente claras? ¿Como para pensar que podían ser identificadas?

—Si pudiéramos hallar la persona a que pertenecen, aquéllas

servirían perfectamente para efectuar una comparación.

—¿Posee usted fotografías de esas huellas?

—Sí.

—Enséñenoslas, por favor.

—Con la venia de la sala —dijo Marshall—; en este interrogatorio puede serle preguntado al testigo por sus hallazgos, pero la defensa no tiene derecho a presentar las fotografías a que se acaba de aludir. Si el señor Crowder desea que figuren las fotos como pruebas habrá de requerir al señor Alvin como testigo de la defensa.

—Yo no soy de su opinión —contestó el juez Manly—. A este testigo se le ha preguntado qué fue lo que encontró; fotografió o mandó fotografiar los alojamientos y las instantáneas se presentaron como pruebas. Ahora, si dichas fotos se retiraron deliberadamente, a petición del fiscal del distrito y eso se revela en este interrogatorio, la defensa tiene derecho a solicitar que sean mostradas.

—Con la venia de la sala: protesto ante la declaración que especifica que fueron deliberadamente retiradas por consejo del fiscal del distrito.

—Usted puede protestar —repuso el juez Manly—, pero ello forma parte de la prueba. Yo he formulado, simplemente, un comentario a propósito.

El testigo mostró las fotografías. Crowder señaló, complacido:

—Todo indica que en esas unidades se presentó alguien que estuvo registrando apresuradamente el equipaje y los cajones, como si buscara algo… ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Pero pudiera haberse dado idéntica situación de haber querido una persona colocar en cualquier parte del equipaje una prueba como la del frasco de la receta, ¿no es así?

—Exactamente no. De haber querido hacer eso alguien, habría aparecido revuelto parte del equipaje, no todo.

—Bueno, lo diré de otro modo. Si una persona hubiese registrado el equipaje a fin de asegurarse de que cierto objeto no formaba parte del mismo y luego, habiendo comprobado su no existencia, hubiera dejado otra cosa similar para que los investigadores lo hallaran, el aspecto de las unidades habría sido el

que usted apreció, ¿no?

—Cierto —concedió el testigo—. Al encontrarse las cosas revueltas de esa manera, no se puede afirmar si fue tomado algo o hubo una persona que buscara algo. Sería necesario poseer un inventario previo de lo que se guardaba en la habitación correspondiente para afirmar si faltan cosas o si se han añadido otras.

—Muchísimas gracias por sus imparciales declaraciones, jefe —dijo Crowder con una leve reverencia—. Aprecio en lo que vale su franqueza. Ya no tengo más preguntas que formular.

—No es necesario que la defensa pronuncie un discurso —medió Marshall.

—¡Oh! El señor Crowder se ha limitado a dar las gracias al testigo —declaró el juez Manly con los ojos muy brillantes.

—No tiene derecho a proceder así.

—Quizá —repuso el juez Manly—. Ahora bien, no hay ningún jurado presente y a nadie se va a perjudicar con ello. Este tribunal desea dar las gracias también al testigo por su encomiable sinceridad, ya que hablamos de esto. Puede usted retirarse, señor Alvin.

Alvin abandonó el estrado.

—Requiero la presencia en el estrado de Ronley Andover —dijo Marshall.

Mason dirigió una interrogante mirada a Paul Drake, quien se encogió de hombros indicando que había ignorado por completo que Andover iba a ser citado como testigo.

Andover prestó juramento, tomó asiento y dio su nombre y señas.

—¿Vio usted un cadáver en el depósito del forense? —inquirió Marshall—. Me refiero al cadáver de un hombre registrado en los libros de aquél con el apellido Dewitt.

—Sí.

—¿Conoció usted a la víctima?

—Sí.

—¿Bajo qué nombre la conoció usted?

—Bajo el nombre de Weston Hale.

—¿Vivían ustedes en el mismo apartamento?

—Sí.

—¿Sabe usted si ese hombre llevaba encima una cantidad relativamente importante de dinero cuando salió de Los Ángeles?

—Sí, señor.

—¿A cuánto ascendía la cantidad?

—A quince mil dólares.

—La defensa puede interrogar al testigo —dijo Marshall secamente.

Mason tocó a Crowder con el codo.

—Yo me ocuparé de él, Duncan —anunció.

Mason se puso en pie.

—¿Cómo sabe usted, señor Andover, que su amigo llevaba encima quince mil dólares?

—Porque fui yo quien le dio el dinero.

—¿Y de dónde lo sacó?

—Cobré un cheque que Weston Hale me entregó, por la citada cantidad, poniendo en sus manos luego el dinero.

—¿Tenía el nombre de Weston Hale por el verdadero de su amigo o sabía que era un seudónimo?

—Tenía el de Weston Hale por su verdadero nombre.

—¿Por qué usaba el de Montrose Dewitt? ¿Tiene usted alguna idea sobre el particular?

—No.

—¿Sabía usted que tenía un apartamento a nombre de Montrose Dewitt? ¿Sabía que tenía otra cuenta bancaria?

—Lo he sabido ahora.

—¿Entregó ese dinero a Weston Hale?

—Sí.

—¿Cuándo?

—El día tres.

—¿Dónde?

—En el apartamento que compartíamos.

—¿Subió al apartamento?

—No. Me pidió que bajara, que le viese en la acera.

—¿Bajó usted?

—Sí, señor.

—¿Se hallaba al volante de su coche?

—No, señor. Iba como pasajero en un automóvil que conducía Lorraine Elmore.

—¿Se apeó?

—No. Se me acercó, simplemente, y yo le alargué el sobre que contenía el dinero.

Mason frunció el ceño, pensativo, manifestando luego:

—No tengo más preguntas que formular.

Marshall llamó al forense y al cirujano que efectuara la autopsia. Éste habló de la existencia de heridas en el torso y en la cabeza de la víctima, heridas que habían sido producidas con un objeto alargado y fino «similar a un punzón para el hielo».

Después, Marshall llamó a la encargada del motel. Ésta declaró que cada unidad había sido equipada con su correspondiente punzón para cortar el hielo, punzones que resultaban similares al hallado en el automóvil perteneciente a Lorraine Elmore. Cada pieza había sido marcada en la empuñadura, fijándose el número del alojamiento a que pertenecía. El número dieciséis en el punzón indicaba, en consecuencia, que había sido tomado de la cabina que ostentaba aquél…

Crowder miró a Mason, en demanda de instrucciones.

Este último movió la cabeza a un lado y a otro.

—No hay interrogatorio —manifestó—. Lo ha hecho usted muy bien. Desentiéndase de esos testigos.

Baldwin Marshall se levantó, diciendo en tono dramático:

—Con la venia de la sala: mi próximo testigo será George Keswick Latty. Cuando haya terminado de declarar, la defensa podrá proceder a interrogarle a su placer.

—Ese comentario es absolutamente innecesario —manifestó el juez Manly—. Si Latty es su próximo testigo, llámele sin más, evitando los rodeos verbales.

—Sí, señoría —repuso Marshall—. Ocurre que como aquí se ha insinuado que yo temía que la defensa pudiese interrogar a este testigo, deseaba hacer presente a la misma que iba a tenerlo en seguida a su disposición.

—No es necesaria tal comunicación —insistió el juez Manly—. La defensa tiene perfecto derecho a interrogar a cualquier testigo que haga subir al estrado. Y hay más ahora: como usted ha declarado que podrá interrogar a éste *a su placer*, no habrá limitaciones en lo tocante al interrogatorio por parte del tribunal. Ya puede llamar al testigo.

—El señor Latty —anunció Marshall, sin conmoverse, aparentemente, por la salida del juez.

Hubo un momento de silencio cuando los ojos de todos los presentes se volvieron hacia la puerta de la sala. Luego, Latty se plantó en el umbral, escoltado por un agente. Llevaba la cabeza muy erguida. Su actitud era la de un hombre consciente de las dramáticas posibilidades de la situación. Seguidamente avanzó hacia el estrado de los testigos, levantó la mano derecha, prestó juramento y tomó asiento.

Su mirada tropezó con la de Linda, esbozando entonces una sonrisa, la sonrisa condescendiente con que la realeza acoge a un súbdito.

—Se llama usted George Keswick Latty —dijo Marshall—, hallándose prometido a Linda Calhoun, sobrina de Lorraine Elmore, ¿no?

—Sí, señor.

—Muy bien. ¿Dónde reside usted?

—En Massachusetts, cerca de Boston.

—¿Asiste allí a las clases de la Universidad?

—Sí, señor.

—¿Cuándo salió de allí?

—En la mañana del día tres.

—¿Por vía aérea?

—Sí, señor. En un «Jet».

—¿A dónde se dirigió usted?

—A Los Ángeles.

—¿A quién vio usted en Los Ángeles?

—A Linda Calhoun.

—¿La sobrina de Lorraine Elmore?

—Sí.

—¿Habló usted de los asuntos de Lorraine Elmore con Linda?

—Sí.

—Bueno. No voy a preguntarle qué hablaron concretamente, ya que eso podría ser considerado rumor o habladuría… Le preguntaré en cambio si como resultado de esa charla usted tomó alguna decisión.

—Sí. Los dos adoptamos una decisión.

—¿Cuál?

—Fuimos a consultar con Perry Mason en la mañana del día tres.

—Ahora, de nuevo, sin aludir a conversaciones sostenidas… Tengo entendido que antes de consultar con Perry Mason, Linda había reñido con su tía…

—Protesto, señoría —dijo Mason—. Evidentemente, las palabras del ministerio fiscal sugieren otras clasificables como rumor o habladuría.

—Se admite la protesta —replicó secamente el juez Manly.

—De acuerdo —contestó Marshall, irritado—. Ya que no puedo probarlo directamente, recurriré a la deducción, señoría. ¿Qué hizo usted después de abandonar el despacho del señor Mason?

—Alquilé un automóvil.

—¿Y qué hizo usted con ese automóvil alquilado? ¿A dónde fue usted?

—Seguí a Lorraine Elmore, que iba en el suyo.

—¿Y a dónde fue usted a parar siguiéndola?

—Montrose Dewitt se unió a ella. Después, Lorraine Elmore colocó muchos equipajes en un coche y emprendieron los dos la marcha hacia el sur. Pero primeramente hicieron una parada para recibir un sobre que les entregó un hombre llamado Ronley Andover. He sabido ahora que se llamaba así…

—¿Qué hizo usted luego?

—Les seguí hasta que les perdí de vista, unos veinte kilómetros antes de llegar a Arizona.

—¿Qué más?

—Me adentré en Arizona.

—¿Vio allí a alguna persona conocida?

—Sí. Vi a Perry Mason y a Paul Drake, el detective.

—¿Y qué sucedió luego?

—Luego, regresé a El Centro. Telefoneé a Linda desde este lugar, quien me dijo que tenía noticias de su tía, la cual se hospedaba en el Palm Court Motel, de Calexico.

—¿Qué hizo usted entonces?

—Me proponía regresar a Los Ángeles, pero como el motel de Calexico se hallaba tan sólo a dieciséis o veinte kilómetros de El Centro, decidí acercarme allí, para ver qué pasaba.

—¿Y procedió así?

—En efecto.
—¿A qué hora llegó a Calexico?
—Ignoro la hora exacta. Sería poco antes de la medianoche.
—Siga.
—Fui hasta el Palm Court Motel. Inspeccioné la zona de aparcamientos y descubrí el coche de Lorraine Elmore, con la matrícula de Massachusetts.
—¿Qué hizo usted después?
—Observé que el automóvil se hallaba aparcado enfrente de la unidad número catorce. También observé que había una vacante y se me dio una cabina más cercana de la calle. Pregunté si había algún otro alojamiento y me ofrecieron entonces la unidad que llevaba el número doce, que acepté.
—¿Dónde quedaba la unidad número doce con referencia a la ocupada por Montrose Dewitt?
—Montrose Dewitt estaba en la catorce. Yo ocupaba el alojamiento contiguo por el oeste.
—¿Cómo procedió a continuación?
—Quise ver cómo estaba todo.
—¿Qué quiere decir?
—Bien… Inspeccioné el lugar.
—¿Qué descubrió usted?
—Que las unidades doce y catorce habían sido proyectadas para su alquiler como alojamiento doble en caso necesario. Vi una puerta que estaba cerrada con llave. Ahora bien, alguien había hecho un taladro en la misma… El agujero era muy pequeño, pero permitía ver algo de la cabina contigua.
—¿Podía oír usted algo desde la puerta?
—No muy bien. Miré por el agujero, contemplando una pequeñísima sección del alojamiento. Sin embargo, metiéndome en el armario guardarropa, empotrado, podía escuchar y oír bastante bien lo que se hablara al otro lado.
—¿Qué hizo usted?
—Miré por el agujero… Vi una porción del lecho. Montrose Dewitt y Lorraine Elmore se habían sentado en el borde del lecho, una junto al otro. Hablaban, pero no entendí lo que estaban diciendo, de manera que abandoné la puerta, pasando al armario. Cuando apliqué el oído a la pared divisoria ya fue otra cosa.

—¿Oyó toda su conversación?

—Casi toda.

—¿Qué oyó usted?

—Discutían una cuestión de carácter personal.

—¿Qué quiere decir?

—Bueno… Se mostraban muy afectuosos mutuamente…

—¿Quiere usted decir que se estaban haciendo el amor?

—Pues… verbalmente, sí.

—Entendido —dijo Marshall, volviéndose con una sonrisa hacia el público de la sala—. ¿Les oyó hablar de sus futuros planes?

—Sí.

—¿Qué dijeron?

—Dewitt le dijo a Lorraine que lo único que hacía Linda era intentar quedarse con su dinero; que Linda pretendía dominar a su tía; que aspiraba a hacerla llevar una vida de aislamiento, una vida austera sin afectos; que no sentía el menor interés por sus problemas…

—¿Y luego, qué?

—Lorraine se indignó, contestándole que se había formado una idea inexacta sobre el carácter de Linda; que la muchacha era impulsiva, pero nada más. Estaba segura de que una vez se conociesen bien se agradarían mutuamente. Lorraine manifestó que se hallaba muy arrepentida de haber reñido con la joven y que la había llamado por teléfono para pedirle perdón, indicándole que se verían en el transcurso de la tarde siguiente. Añadió que por entonces ella y Dewitt serían ya casados y que ansiaba que Montrose conociera a su sobrina.

—¿Qué sucedió después?

—Dewitt se enfadó muchísimo al enterarse de que Lorraine había hablado por teléfono con su sobrina, diciéndole a aquélla: «Te dije con anterioridad que no debías ponerte en comunicación con tu sobrina. Te indiqué que íbamos a vivir nuestras vidas, sin la intervención de los demás, y que llevaríamos a cabo esta inversión conjunta sin que nadie se enterara de ella, para hacernos con un par de millones de dólares transcurridos doce meses». Más adelante, añadió, Lorraine podría hacer saber a sus amigos dónde se hallaba y qué estaba haciendo. Por entonces sería una mujer rica.

—Siga, siga.

—Lorraine se enfadó a su vez, manifestando que se sentía muy dolida; que su posición económica era relativamente buena; que no tenía por qué separarse de su familia para obtener más dinero y que éste no lo era todo en la vida…

—¿Y luego, qué?

—Dewitt se excusó por su arranque. Empezó a… hacerle fiestas, pero ella no respondió muy bien. Lorraine insistió en que no tenía por qué cortar las relaciones con su familia, por el hecho de que hubiese decidido emprender una nueva existencia. Siguieron hablando un rato y después ella le dio las buenas noches, anunciando que se trasladaba a su cabina.

—¿Y procedió así? —inquirió Marshall.

—No había hecho más que llegar a la puerta cuando Dewitt vio algo en la zona de aparcamientos que le alarmó. Habló de un coche… En ese momento se habían alejado de la cama y se encontraban en la entrada. No les oía ya muy bien. No obstante, sé que él habló de un automóvil. Noté ciertos movimientos y que apenas hablaban. Luego, de repente, las luces fueron apagadas y yo oí el ruido del coche de Lorraine al arrancar.

»Me lancé hacia la puerta, asomándome a la zona de aparcamiento a tiempo de ver a los dos en el coche con la matrícula de Massachusetts, el de Lorraine, que salía de aquel sector.

—¿Quién conducía?

—Ella.

—¿Ella? ¿Quién, concretamente?

—Lorraine.

—Y siempre que ha usado ese nombre, ¿a quién se ha referido?

—A Lorraine Elmore, la acusada en este caso, la persona que se encuentra sentada al lado de Perry Mason un poco detrás de él.

—¿Qué hizo usted a continuación?

—Intenté seguirlos. Entré precipitadamente en mi coche, poniendo el motor en marcha. Al llegar yo a la calle, doblaban los dos la esquina. Me figuré que habían girado hacia la izquierda, en dirección a la ciudad y procedí en consecuencia. Luego, advertí que había cometido una equivocación. Los perdí de vista. Iba a dar la vuelta en redondo, pero entonces vi un coche patrulla aparcado más arriba y tuve que rodear la manzana. Al regresar al cruce comprobé que mi error no tenía ya remedio. Estuve desplazándome por los

alrededores durante casi una hora para ver de localizarlos, sin el menor resultado.

—¿Qué hizo usted luego?

—Seguí la carretera que conducía a las afueras de la población hasta el cruce con la de Hotville.

—¿Y qué?

—No habiendo podido localizar a la pareja, regresé.

—Continúe.

—Bueno… Yo estaba enojado. Creí haberlo echado todo a perder. Pensé que el señor Mason no tardaría en formular alguna de sus sarcásticas observaciones y me preocupaba el efecto que él y sus palabras pudieran causar en Linda. Me sentía muy desanimado, en consecuencia. Estuve reflexionando quince o veinte minutos… Luego, decidí que lo único que cabía hacer era dormir un poco. Me acosté. Estaba cansado. Me dormí tan pronto toqué con mi cuerpo las sábanas.

—¿Qué le despertó?

—El rumor de unas voces en la cabina contigua del motel.

—Con estas palabras se refiere usted ahora a la unidad que llevaba el número catorce, la ocupada por Montrose Dewitt, ¿no?

—Sí.

—¿Y qué pasó?

—Salté del lecho, penetrando en el armario guardarropa, desde donde podía entender lo que se hablaba al lado.

—¿No miró por el taladro?

—No. Preferí escuchar, ya que alguien hablaba.

—¿Y qué oyó?

—La voz de Dewitt asegurando que tenía mucho sueño, que nunca se había sentido tan cansado en su vida. Después, añadió: «Estamos en el momento crucial. Ya lo hemos conseguido». Dijo eso o algo por el estilo. Continuó hablando, musitando palabras como si el sueño se fuese apoderando poco a poco de él. Apenas le entendía ya…

»Después se refirió a las maletas. Le oí coger una, depositándola en el suelo… Seguidamente, oí un fuerte golpe.

—¿Un fuerte golpe?

—Sí. Un ruido semejante al que produciría una persona al derrumbarse, al caer al suelo.

—¿Y qué sucedió luego?

—Intenté explicarme qué habría sido aquello. Pensé, al principio, que tenía que tratarse de una maleta. Después, mientras reflexionaba, escuché un rumor de pasos, imaginándome que se trataba de Dewitt.

—No importa lo que usted pensara —declaró Marshall—. El caso es que oyó un fuerte golpe y a continuación a alguien que se movía cerca.

—Cierto.

—¿Y qué hizo usted entonces?

—Seguí manteniéndome a la escucha, esperando oír alguna conversación más.

—¿Hubo algún otro diálogo?

—No.

—¿Cómo procedió luego?

—Salí del armario y me trasladé a la puerta, esperando ver algo en el alojamiento contiguo. Pensé que si la persona que se hallaba allí se movía de un lado para otro acabaría entrando en algún instante en mi campo de visión.

—¿Y pasó eso?

—No. Nada más llegar a la puerta, las luces se apagaron y en la cabina tornó a reinar el silencio.

—¿Y entonces?

—Pensé en todo aquello. Recordé finalmente que Dewitt había dicho que se encontraba muy fatigado. Me imaginé que se había acostado y que Lorraine se había trasladado a su cabina…

—No interesa lo que usted se imagina —manifestó Marshall—. Limítese a declarar lo que dijo, lo que oyó, lo que vio, lo que hizo.

—Bien. Me volví a la cama, en la que permanecí tendido diez o quince minutos. Pero no lograba conciliar el sueño. Decidí, entonces, echar un vistazo, para ver si había luz en la cabina de Lorraine. Me levanté y empecé a vestirme.

—Ha dicho usted que *empezó* a vestirse…

—Exacto.

—¿Qué pasó?

—Oí el rumor de una puerta que se cerraba de golpe, en la unidad contigua, en la catorce.

—¿De *golpe*, ha dicho?

—Sí.

—¿Qué más?

—Eché a correr hacia la salida del alojamiento, llegando a tiempo de ver los faros pilotos de un automóvil que abandonaba la zona de aparcamiento, enfilando la carretera.

—¿Pudo usted identificar el coche?

—Sin seguridad. No logré divisar el número de su matrícula.

—¿Qué automóvil creyó usted que era?

—Protesto, señoría —dijo Crowder—. El señor fiscal solicita una deducción por parte del testigo.

—Se admite la protesta —dijo el juez Manly—. El testigo ha declarado que no pudo identificar el coche. Lo que él piense carece de importancia ahora.

—Bueno, ¿qué hizo usted? —preguntó Marshall.

—Acabé de vestirme con la mayor rapidez posible y salté al coche. No pude hallar el menor rastro del automóvil de Lorraine. Volví a mi unidad e intenté dormirme, sin conseguirlo. A las cinco o cinco y media de la mañaña, me levanté y me vestí, subí a mi coche y me trasladé al restaurante para desayunarme. A la vuelta, encontré a Perry Mason en el motel. Luego, empecé a afeitarme. En aquellos momentos, oí un grito. Ignoraba la procedencia del mismo. Me puse a pensar y por último decidí ver de qué se trataba. Fui a la puerta, a medio afeitar, en mangas de camisa y entonces me enteré de que se había cometido un crimen.

Marshall se volvió hacia Mason, con una reverencia.

—Puede usted proceder al interrogatorio del testigo —dijo—. Le aseguro que el ministerio fiscal no formulará objeciones haga las preguntas que haga.

El juez Manly golpeó la mesa con la punta del lapicero que tenía entre las manos.

—Señor fiscal —manifestó—: este tribunal no piensa repetir la advertencia que le hizo antes. No quiero observaciones secundarias de ningún género. No es correcto que aparezca usted como si efectuara una concesión con respecto al interrogatorio de un testigo.

—Con la venia de la sala: he hecho una concesión, efectivamente —replicó Marshall—. He declarado que no formularé ninguna objeción sean cuales sean las preguntas planteadas durante

el interrogatorio de la defensa.

—Puede comenzar la defensa el interrogatorio del testigo —dijo el juez Manly.

Mason se levantó de su asiento para escudriñar el rostro de Latty.

Por un momento, éste miró al abogado con ojos desafiantes. Luego, fijó su atención en otro lado, agitándose levemente en su asiento.

—¿Es usted el prometido de Linda Calhoun?

—Sí.

—¿Desde cuándo son prometidos?

—Desde hace poco más de cinco meses.

—¿Ha sido fijada ya la fecha de su boda?

—Esperábamos a que yo terminara mis estudios en la escuela de leyes.

—¿Quién le proporciona el dinero necesario para sus estudios?

Marshall se puso en pie de un salto.

—Con la venia de la sala… —dijo—. Esto es…

—¡Siéntese! —dijo, severo, el juez Manly—. Ya declaró antes que no iba a oponerse a ninguna de las preguntas que pudiera formular la defensa. Ha insistido en ello, en circunstancias especiales, de manera que la sala considera ésa una condición aceptada. Cualquier objeción que usted formule será desestimada. Y ahora, siéntese.

—Pero esto es manifiestamente incorrecto —contestó Marshall.

—Mi pregunta tiende a mostrar el proceder del testigo —manifestó Mason.

—No me importa que tienda a eso o a otra cosa —repuso el juez Manly con aspereza—. Lo acordado es que usted puede proceder al interrogatorio del testigo *a su placer* y que no habrá objeciones. Por lo que a este tribunal respecta, puede seguir adelante.

—Mi prometida me avanza el dinero que necesito para terminar mis estudios, dinero que luego le devolveré.

—¿Le pagará casándose con ella?

—Espero casarme con ella, sí.

—Y luego, el dinero que usted gane figurará entre los bienes gananciales.

—No he pensado mucho en eso.

—¿Cuándo vio usted a Linda Calhoun por última vez antes de ahora?

—El día tres.

—¿Fue esa la última vez que la vio, hasta el momento de entrar hoy en la sala?

—Yo… Bueno, yo… Ésa fue la última vez que hablé con ella, sí.

Mason no apartaba los ojos de Latty.

—Le estoy preguntando por la última vez que la *vio*…

—Pues… la vi brevemente, en la calle, en Mexicali.

—¿Cuándo?

—Ayer.

—¿Habló con ella?

—No.

—¿Estuvo muy cerca de ella?

—A media manzana de distancia, aproximadamente.

—¿Hizo algún esfuerzo para abordarla?

—No.

—¿Qué hizo usted?

—Me trasladé a mi hotel, telefoneando al suyo desde allí.

—¿Preguntó por ella?

—Sí.

—¿Ocurrió eso inmediatamente después de haberla visto en la calle de Mexicali?

—Sí.

—Entonces, usted sabía que ella no se encontraría en el hotel.

—Sí.

—¿Qué dijo usted por teléfono?

—Pregunté por Linda y cuando me contestaron que nadie contestaba desde su habitación, quise saber si podrían darle un recado. Me dijeron que sí… Me limité a indicarle que no se preocupara por mí, que me encontraba perfectamente.

—Así que usted llamó al comprender que ella no podía encontrarse en su habitación, ¿eh?

—No podía encontrarse en dos sitios al mismo tiempo.

—Pero antes de llamar usted se aseguró de que no estaba en su cuarto.

—Necesariamente, no.

—¿Dejó ese recado porque pensó que la joven se sentiría

preocupada?

—Naturalmente.

—¿Llevaba ya mucho tiempo sin saber de usted?

—Sí.

—¿Uno o dos días?

—Sí.

—¿Y usted cursó ese mensaje diciéndole que no se preocupara porque la amaba y porque sabía que la muchacha estaría preocupada al ignorar su paradero?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué no le dio ese recado antes?

—Porque… porque se me dijo que nadie tenía que saber dónde me encontraba yo.

—¿Quién le dijo a usted eso?

—El fiscal, el señor Baldwin Marshall.

—¿Y obedeció usted sus órdenes?

—Prefiero declarar que cumplimenté sus peticiones.

—¿Que no iban más allá de evitar la natural preocupación de su prometida?

—Le acabo de decir que dejé un recado en su hotel para que estuviese tranquila.

—Pero usted llamó por teléfono solamente cuando tuvo la seguridad de que la joven no se encontraba allí.

—Pues… sí.

—De modo que no hizo nada por aliviarla de sus preocupaciones durante unas veinticuatro horas, ¿eh?

—Cierto. Ya he admitido eso.

—Sólo porque el fiscal le indicó que procediera así.

—Él me dijo que era importante que nadie supiese dónde me encontraba. Le pregunté entonces si podía cursar un mensaje a mi prometida y él me contestó afirmativamente, si bien no quería que hablara con ella. No quería tampoco que me viera nadie.

—Después de su conferencia con el fiscal, ¿se trasladó directamente a Mexicali?

—Bueno… primeramente fui a Tijuana.

—¡A Tijuana! —exclamó Mason, sorprendido aparentemente—. ¿Y cuánto tiempo estuvo usted en Tijuana?

—Toda una noche.

—¿Y luego se fue a Mexicali?

—Sí.

—¿Viajó en autobús?

—No.

—¿En un turismo particular?

—Fui en avión.

—¿Quién le llevó allí?

—El señor Marshall, el fiscal del distrito.

—¿Mencionó mi nombre el señor Marshall durante el viaje?

—Señoría —medió Marshall—: el señor Mason va ya demasiado lejos, tan lejos que esto resulta ridículo. Lo que yo hablara con el testigo nada tiene que ver con el caso directamente. No se puede admitir el testimonio de la conversación. En mi interrogatorio de este testigo no hubo nada que justifique una pregunta así y yo me opongo a ella.

—Su objeción es desestimada —dijo el juez Manly—. Adelante, señor Mason. Puede formular las preguntas que desee si ellas tienden a mostrarnos la rectitud del proceder del testigo.

—Con la venia de la sala —insistió Marshall—: el interrogatorio que se lleva a cabo no apunta a ese fin. Lo único que puede verse es que yo tomaba razonables precauciones para evitar que la defensa estuviese informada sobre lo que yo hacía.

—No vamos a ponernos a discutir eso ahora —anunció el juez Manly—. Acerca del particular ha quedado ya estipulado algo —el magistrado miró al testigo—: la pregunta fue: «¿Pronunció el señor Marshall el nombre de Perry Mason?».

—Sí.

—¿Más de una vez? —preguntó Mason.

—Se refirió a él con cierta extensión.

—¿Mencionó mi nombre más de una vez?

—Sí.

—¿Más de dos?

—Sí.

—¿Más de tres?

—Sí.

—¿Más de diez veces?

—No las conté.

—Pero, ¿es posible que lo mencionara más de diez veces?

—Es posible.

—¿Usted también mencionó mi nombre?

—Sí.

—¿Le dijo el señor fiscal del distrito que él pretendía que su historia cayese sobre la defensa como una especie de bomba y que iba a tomar todas las precauciones imaginables para impedir que su relato trascendiese?

—Creo que sí. Sí.

—Y el fiscal repasó una y otra vez su historia, ¿verdad?

—Sí. Hablamos largamente sobre cuanto había visto yo. Él no hacía más que indicarme que forzara mi memoria, preguntándome si no podría ampliar mi testimonio un poco.

—¡Oh! El señor fiscal deseaba que *ampliara su testimonio*, ¿eh?

—Bueno… Él… No es eso, exactamente.

—Usted acaba de decirnos que le preguntó si no podría ampliar su testimonio un poco.

—La palabra *ampliar* viene a ser mi interpretación de lo que él me dijo.

—Conforme —manifestó Mason—. Recuerde lo que recuerde de lo que le dijo el señor fiscal, lo cierto es que la impresión que produjo en usted era que quería ampliar sus aportaciones al presente caso, ¿no es así?

—Sí, señor.

—¿Y le dio dinero para que procediera conforme a sus instrucciones?

Marshall se puso en pie.

—Señoría, eso afecta a mi prestigio personal. Me opongo a tal pregunta. El interrogatorio que lleva a cabo la defensa no es correcto. Se trata de una insinuación malintencionada. ¡Se trata de una mentira!

—¿Se opone usted a la pregunta?

—Sí.

—Se desestima su objeción. Siéntese.

—Responda a mi pregunta —prosiguió diciendo Mason al testigo—: ¿Le dio Marshall dinero?

—Para que ampliara mi testimonio, no.

—¿Le dio Marshall dinero?

—Sí.

—¿Dependía usted por completo de Linda Calhoun en lo referente al dinero que necesitaba para sus gastos?

—Bien… Yo tenía mis ahorros.

—¿Usted tenía sus ahorros?

—Sí.

—¿De dónde ahorraba usted?

—De mi asignación.

—¿De qué asignación?

—De la que me había fijado Linda. Ya le hablé de esto.

—¿Y sabía Linda que había hecho sus previsiones?

—No.

—¿Trabajaba Linda?

—Sí.

—Y ella se privaba de esas menudas cosas superficiales que tanto significan para una joven para que usted pudiera disponer de dinero y le fuese posible estudiar, ¿verdad?

—Sí.

—Y usted se quedaba con parte del dinero, ¿eh?

—¿Qué quiere decir con que me quedaba con parte del dinero? El dinero en cuestión me había sido dado.

—Le había sido dado para un fin específico, ¿no?

—Supongo que sí.

—Usted retuvo parte de aquél. Usted se creó su cuenta de ahorros para poder destinar el dinero a otros propósitos.

—Para destinar el dinero a otros propósitos, no.

—¿No le era dado para que atendiera a sus gastos mientras estudiaba en la escuela de leyes?

—Sí.

—¿Y no lo utilizaba con ese fin?

—Disponía de más del que realmente precisaba.

—¿No pensó en devolver el que le sobraba?

—No. Yo mismo hacía muchas economías, señor Mason. Me pasaba sin cosas que realmente necesitaba para ayudar…

—Para ayudar…, ¿a quién?

—A Linda.

—De haber estado economizando hubiera debido devolver el dinero sobrante a Linda, si es que de verdad quería ayudarla.

—Le he dicho que hice mis ahorros que procedí a depositar en

una cuenta.

—¿En una cuenta a su nombre?

—Sí.

—Veamos ahora… Usted me vio en la noche del día tres, en Yuma.

—Sí.

—Y me dijo que estaba a la cuarta pregunta, que no tenía un centavo.

—Sí.

—Y yo le di veinte dólares.

—Sí.

—Inmediatamente regresó a El Centro, desde donde telefoneó a Linda, para decirle que no tenía encima ni un centavo, pidiéndole a continuación veinte dólares, ¿no es así?

—Le pedí dinero para regresar, sí.

—¿Y le dijo que le girara veinte dólares?

—Sí.

—¿Le dijo también que no tenía ni un centavo?

—Sí.

—Pero en aquellos momentos llevaba usted encima veinte dólares, los que yo le había dado, ¿no?

—Bueno, eso era un préstamo.

—¿Se proponía devolverlo?

—Claro.

—Pero usted lo tomó…

—Sí.

—¿Y sabía que yo le hacía entrega del dinero para atender a determinados gastos?

—No. Usted no me dio esos dólares con tal fin.

—¿Qué no? —inquirió Mason.

—No, señor. Usted me dijo que tomara el dinero y que me trasladara a un motel de Yuma.

—¿Tomó, pues, el dinero y luego no se trasladó al motel?

—Cambié de opinión.

—Pero usted llevaba encima el dinero.

—Consideré aquellos dólares como una especie de depósito, para atender a un propósito específico, señor Mason. Usted me dijo que me fuera a un motel de Yuma. Yo decidí no proceder así. Por

consiguiente, me negué a hacer uso de su dinero. Telefoneé a Linda, rogándole que me hiciera un giro.

—Entonces, ¿qué hizo con los veinte dólares que le di? —preguntó Mason—. ¿Los giró a las señas de mi despacho, comunicándome que lo sentía, pero…?

—No, no. Por supuesto que no. Me los guardé.

—Conservándolos… ¿durante cuánto tiempo?

—Yo… yo puedo devolvérselos ahora.

—No le estoy pidiendo que me los devuelva *ahora*. Le he preguntado: ¿durante cuánto tiempo los conservó en su poder?

—Todavía los tengo.

—¿No llegó a gastar ese dinero?

El testigo vaciló, respondiendo después:

—No.

Mason dijo:

—Se encontraba usted en Tijuana. Habíase hospedado en el mejor hotel de la localidad.

—Sí.

—¿Fueron pagados sus gastos?

—Yo pagué mis gastos.

—Con el dinero que le envió Linda, ¿verdad?

—No. Ese dinero ya había desaparecido.

—¿De qué dinero se valió para atender a sus gastos?

—Del que el señor Marshall me había dado.

—¿Se paseó usted por Tijuana, por el gusto de ver cómo era la población?

—Sí.

—¿Apostó en las carreras de caballos?

El testigo vaciló de nuevo.

—Sí.

—¿Más de una vez?

—Sí.

—¿Le dio dinero el señor fiscal del distrito para que apostara en las carreras de caballos?

—Él no me dijo qué era lo que tenía que hacer con él.

—¿Se limitó a entregarle cierta cantidad de dinero?

—Sí.

—¿Cuánto?

—Ciento cincuenta dólares la primera vez.

—¿La primera vez?

—Sí.

—¿Hubo entonces una segunda vez?

—Sí.

—¿Qué dinero le entregó la segunda vez?

—Ciento cincuenta dólares.

—Así, pues, recibió usted del señor fiscal del distrito, en total, la suma de trescientos dólares, ¿eh?

—Sí.

—¿Algo más?

—Bueno… Atendió a mis gastos en el hotel de Mexicali. Dijo al encargado del mismo que me entregara lo que necesitase, cargándolo todo a este condado. Añadió que aquí sería hecha efectiva la factura que presentase el hotel.

—¿Se procedió de este modo?

—Sí.

—¿Y utilizó el dinero que yo le había entregado para apostar en las carreras de caballos?

—Yo no hice tal cosa.

—¿Utilizó el dinero que le dio el fiscal del distrito para apostar en las carreras de caballos?

—Pues… sí.

—¿Y le dio el fiscal ese dinero para que apostara en las carreras de caballos?

—Desde luego que no.

—Entonces, ¿por qué dio a su dinero tal aplicación?

—El dinero era mío y podía hacer con él lo que quisiese.

—¿No le fue entregado para que atendiera a sus gastos?

—Su… supongo que sí.

—¿Qué le dijo cuando le hizo la entrega del dinero?

—No me dijo nada. Se limitó a dármelo, comentando que necesitaría disponer de algunos fondos.

—¿Pagó sus gastos con ese dinero?

—Pues… sí.

—Y luego, empezó a apostar en las carreras de caballos.

—Yo… tenía que hacer algo. Me encontraba separado de todos mis amigos; se me había prohibido que estableciese contacto con

ellos.

—Perfectamente —contestó Mason—. Volvamos a aquellos momentos en que el fiscal del distrito mencionó mi nombre. ¿Qué le dijo acerca de mí?

—¡Protesto! —exclamó Marshall—. La pregunta no procede.

—Desestimada la protesta —respondió severamente el juez Manly.

—Dijo que usted era un abogado que se las daba de hombre de altos vuelos, profesionalmente hablando; que no le temía y que… Bueno, añadió que iba a salir usted escaldado de este condado, donde los periodistas eran amigos suyos…

—Y él quería que usted le ayudase en su tarea, ¿no?

—Me dijo que lo que yo declarara le iba a ser de mucha utilidad.

—¿Trataba de impedir el que yo supiese los términos de su declaración?

—A mí me dijo que no quería que hablase con nadie.

—Hallándose en Mexicali, ¿entró usted en una tienda de curiosidades y recuerdos?

—Sí.

—¿Y adquirió algunos objetos?

—Adquirí algunos recuerdos.

—¿Que destinaba a sus amigos?

—Sí.

—¿Compró también algo para usted?

—Sí.

—¿Compró usted también una cámara bastante cara?

—Sí.

—¿Qué ha sido de ella?

—Se encuentra en mi poder.

—¿Dónde la guarda?

—En mi maleta.

—¿Le dijo al fiscal que se había comprado la cámara en cuestión?

—No.

—¿Qué pagó por ella?

—Doscientos cincuenta dólares.

—¿Le pareció barata?

—Desde luego. Aquí me habría costado quinientos dólares.

—¿Declaró la cámara en los servicios de aduanas al entrar en este país?

—No tenía por qué declararla: había sido usada.

—¿Declaró la cámara en aduanas?

—No.

—¿Le preguntaron los funcionarios del servicio por lo que había adquirido en Méjico?

—Sí.

—¿Y les dijo usted que nada?

—Bueno… Yo no.

—¿Usted no? ¿Quién, entonces?

—El señor Marshall.

—Así que usted se encontraba en Mexicali y el señor Marshall cruzó la frontera para traerle aquí esta mañana, ¿verdad?

—Sí.

—Y él dijo a los funcionarios del servicio de aduanas, hallándose usted presente, que no había comprado nada durante su permanencia en Méjico.

—Sí.

—¿Dijo usted otra cosa? ¿Le interrumpió para declarar en aduanas que había usted comprado una cámara?

—No.

—¿Y de dónde sacó el dinero para pagar la cámara?

—De lo que gané en las carreras de caballos.

—¡Oh! Usted ganó dinero en las carreras de caballos…

—Gané bastante dinero.

—¿Cuánto?

—No me es posible decirlo, así, de pronto.

—¿Cien dólares?

—Más.

—¿Doscientos dólares?

—Más.

—¿Quinientos dólares?

—Más.

—¿Se da cuenta de que tendrá que formular una declaración por esos ingresos, oficialmente, a fin de pagar el impuesto correspondiente?

—No hay nada de eso. El dinero lo gané fuera del país.

—Es igual. Usted ganó ese dinero y se lo trajo aquí. ¿Dónde se encuentra ahora?

—Está… está aquí y allí.

—¿Qué está aquí y allí? ¿Qué quiere decir?

—Parte de él lo tengo conmigo.

—¿En su cartera, en este momento?

—Sí.

—Suponga que nos ponemos a contarlo —dijo Mason—, para comprobar exactamente sus ganancias…

—Usted no tiene por qué saber el dinero que yo tenga —respondió Latty, alzando la voz—. Es mío.

—La defensa tiene derecho a averiguar la procedencia de ese dinero —dijo el juez Manly—, y también si el fiscal le proporcionó fondos para que jugara en las carreras de caballos.

—Me dijo que lo pasara lo mejor posible, que echase un vistazo por la ciudad, que me divirtiera.

—¿Y le dio dinero con tal fin?

—No puntualizó tanto. Se limitó a decirme que necesitaría algún dinero.

El juez Manly manifestó:

—Caballeros: son más de las doce y la presente audiencia va a ser aplazada, reanudándose a las dos.

—¿Puedo formular una pregunta? —inquirió Mason.

—Sea breve, por favor.

—¿Con qué caballos ganó usted?

—Pues… Fueron varios, sí…

—Cite uno. Cite el que le proporcionó las mayores ganancias.

—*Easter Bonnet* era el nombre de uno de los caballos.

—¿Ganó con ese caballo el dinero que necesitó para adquirir su cámara?

—Sí.

Medió el juez Manly:

—Caballeros: son las doce y cuarto. Este tribunal lamenta interrumpir el interrogatorio, pero bien se aprecia que la terminación del mismo no es cosa de unos minutos. Habrá, pues, un aplazamiento hasta las dos de la tarde.

El juez Manly abandonó su sillón. Linda Calhoun se dirigió a toda prisa al pasillo para hablar con George Latty, pero antes de que

pudiera llegar allí, Marshall cogió al joven por un brazo, haciéndole pasar por una puerta auxiliar a la cámara del juez. Linda se quedó inmóvil, perpleja, dolida.

En aquellos instantes, uno de los fotógrafos presentes la enfocó en su cámara, disparando…

Mason se volvió apresuradamente hacia Lorraine Elmore.

—¡Rápido! —exclamó—. Dígame si lo que ha declarado Latty es verdad. ¿Estaban los dos sentados en el borde del lecho? ¿Discutieron con motivo de su llamada telefónica a Linda?

Lorraine Elmore, llorosa, asintió.

—¿Volvió luego con Dewitt a la cabina?

—Señor Mason: pongo a Dios por testigo… Le estoy diciendo la verdad. Yo… ¿Cómo podía yo regresar a la cabina? Las ruedas de mi coche se habían hundido mucho en la arena.

—¿De qué otras cosas hablaron ustedes en aquellos momentos? —preguntó Mason.

Mientras la mujer hacía esfuerzos por recordar, Mason observó que Duncan Crowder, en un gesto protector, se había desplazado hasta el lado de Linda Calhoun y hacía lo posible porque el embarazo de la chica, su humillación, pasaran inadvertidos.

—Dije algo acerca del dinero. De eso sí que me acuerdo.

—¿Qué fue?

—Cuando él quiso salir a dar un paseo… Bueno. A mí no me seducía nada la idea de llevar una suma tan grande de dinero, en efectivo, dentro de un automóvil, de noche, por añadidura. Lo estimaba peligroso. Él se echó a reír, pero yo insistí en que debíamos dejar nuestro dinero en el motel, disponiéndome yo a esconderlo. Rióse él de nuevo, declarando que no existía un escondite apropiado. Le comuniqué que lo guardaría bajo los cojines del sillón. ¿Quién iba a registrar la cabina de un motel, particularmente cuando se suponía que sus ocupantes se hallaban durmiendo? En cambio, dentro de un automóvil…

—¿Qué le contestó él?

—Lo pensó mejor, mostrándose al final de acuerdo conmigo.

—¿De qué más hablaron ustedes?

—Ya no me acuerdo de nada más.

—Pero, ¿usted cree que Latty está diciendo la verdad? ¿Usted cree que él…?

—Sí. ¡Oh, sí! ¡Oh, señor Mason! Me siento humillada, avergonzada. Hace unos minutos estuve deseando que me tragara la tierra. He permanecido ahí dentro paralizada, con los ojos cerrados…

—Bien —dijo el abogado—. Va usted a estar ahora bajo custodia, hasta que se reanude la sesión.

Lorraine Elmore hizo un gesto afirmativo, siempre con los ojos llenos de lágrimas, al tiempo que decía:

—Pero, señor Mason… ¡Montrose Dewitt no pudo regresar allí! ¡Yo vi cómo le mataban! Ya se lo he dicho: ¡lo vi todo con mis propios ojos!

—Todavía no se ha hablado de la cuestión de las drogas, señora Elmore, pero creo que usted tendrá que reconocer la posibilidad de que puede haber incurrido en un error al recordar lo sucedido. Sin embargo, vamos a examinar todos los puntos de vista relativos al caso. Ahora, no se preocupe. Trabajan para nosotros varios detectives y todavía no hemos terminado con George Latty.

—¡Qué hombre! —exclamó la mujer, despreciativamente—. Pero, ¿qué vio Linda en él?

—No lo sé —admitió Mason—. Personalmente, opino que al juez le disgusta ese individuo. Sin embargo, hemos de combatir su testimonio de una forma u otra: mediante pruebas o por otros medios. Lo dicho: usted no se preocupe. Volveremos a vernos a las dos.

Capítulo 15

Mientras comían en un restaurante de estilo mejicano, donde habían podido conseguir un reservado, Paul Drake facilitó a Perry Mason los datos que había ido recogiendo mientras se celebraba la audiencia preliminar.

—Hemos estado procediendo igual que los agentes del servicio de recaudación de impuestos —declaró Drake—. Hemos husmeado por todas partes, visitando los lugares frecuentados por el joven, inspeccionando sus últimas compras. Puntualizando: podemos probar que gastó ochocientos sesenta y dos dólares con setenta y cinco centavos. Tengo que notificarte algo más, Perry: Marshall se apresta a formular una demanda contra ti si tú insistes en que en este caso se produjo un soborno.

—Que haga lo que quiera. Pienso ir más lejos todavía… Una cosa es que un hombre sufrague los gastos de un testigo mientras permanece escondido y otra muy distinta viene a ser que le dé una suma de dinero, sin más, para que atienda a aquéllos.

»Marshall es un ambicioso, un tipo con muchos deseos de subir. Ahora bien, le falta experiencia. Le queda todavía mucho por aprender profesionalmente.

—No obstante, es el niño mimado del condado —observó Drake, gravemente—. Es soltero, un soltero de mucho partido. Resulta inteligente, además, y aquí todo el mundo se encuentra a su lado.

»Tú tienes tu reputación profesional consolidada. Puedes perder un caso y seguirás siendo el mismo. Pero si este individuo lograra derrotar a Perry Mason, el gran Perry Mason, la gente del condado lo celebraría por todo lo alto, se sentiría feliz.

—Me hago cargo de la situación, Paul —contestó Mason—. Es un hombre inteligente en el campo de las relaciones públicas. Utilizando con tino a sus amigos de la prensa ha logrado su respaldo actual, la atmósfera en que respira.

—¿Qué vas a hacer, concretamente?

—Lo ignoro. Voy a seguir luchando, desde luego.

—Hasta que pueda hacerse con él, jefe —dijo Della Street.

—Examinemos la cuestión adoptando una actitud razonable. Una mujer como Lorraine Elmore, un tanto desilusionada quizá, nerviosa, pero eminentemente respetable, no es posible que se decida a efectuar un largo viaje con el único fin de reunirse con alguien y asesinarle por quince mil dólares o los que llevara él consigo. La mujer dispone de medios económicos que…

—Ése no es el móvil que sugerirá Marshall —apuntó Drake.

—¿Qué es lo que no va a ser el móvil?

—El dinero.

—¿Cuál será para él el móvil entonces?

—Los celos, la desilusión, la ira de una persona desilusionada, sí…

—Sigue…

—Recogí algo esta mañana y he estado pensando en ello —declaró Drake—. Creo haberme hecho con la respuesta. Debí haber pensado en ello antes.

—¿De qué se trata?

—Me refiero a Belle Freeman.

—¿Qué le pasa?

—Llamó en conferencia al Palm Court Motel, diciendo que deseaba hablar con Lorraine Elmore. Al parecer, las dos mujeres estuvieron conversando. Belle le dijo unas cuantas cosas acerca de su amigo y Lorraine, en un ataque de celos, arrebatada por la ira, le drogó, apuñalándole después con un punzón de los que se emplean corrientemente para partir el hielo.

—¿Cómo pensaste en Belle Freeman? —inquirió Mason, con los párpados entreabiertos.

—Me dijeron en el motel que Lorraine Elmore había celebrado una conferencia telefónica con Los Ángeles.

—Probablemente, una llamada de Linda Calhoun.

—Es lo que yo pensé al principio —dijo Drake—, pero no fue así, por lo visto.

Mason contestó:

—Sé muy bien que el fiscal del distrito ha citado a Belle Freeman. La sorprendió en este condado y por ello pudo hacerlo. Su

amigo vive en esta región. Me he estado preguntando qué intentará probar con su presencia.

Mason permaneció pensativo unos segundos. Seguidamente, declaró:

—Ocúpate de ese caballo llamado *Easter Bonnet*, Paul. Averigua a cuánto se pagaron las apuestas.

»En las figuras clave del presente caso representa cierto papel el juego. Acuérdate de Howland Brent. Se traslada a Las Vegas, gana dinero y se marcha… Luego, es George Latty quien se procura por un procedimiento semejante algunos fondos, en las carreras de caballos.

—Pero él no fue a las carreras —objetó Drake—. Haría las apuestas con algún profesional de las mismas, en cualquier parte.

—¿No habéis podido localizar en parte alguna al individuo en cuestión?

Drake movió la cabeza a un lado y a otro.

—Es ése uno de los detalles que más me desconciertan. Estuvimos siguiendo a Latty todo el tiempo, pero, por supuesto, al entrar en una casa y ponerse a hablar con alguien, no podías colocar junto a los interlocutores a uno de mis auxiliares, con el ingenuo propósito de escuchar la conversación que sostuvieran.

—No —convino Mason, reflexivo—. Pero su seguidor hubiera podido entrar luego en la casa de que se tratara, con el fin de enterarse de lo que había pasado. ¿Dónde hablaría con el corredor de apuestas profesionales? ¿No tienes idea?

—Podemos hacer suposiciones… Latty visitó la tienda de curiosidades y «souvenirs». Más adelante, pasó por el establecimiento de fotografía. En cada uno de estos sitios, George Latty estuvo un buen rato.

—Pudo haber comprado algunos de estos objetos para disimular que probaba suerte con los caballos —dijo Mason—. Desde luego, se encontraba en condiciones de probar suerte. Contaba con ciento cincuenta dólares para atender a sus gastos. Podía correr el riesgo con ese dinero. Si ganaba, miel sobre hojuelas. Si perdía, siempre le cabía el recurso de telefonear a su amigo, el señor fiscal del distrito, diciéndole: «Me he quedado sin un centavo. Necesito disponer de más dinero rápidamente. De otro modo, habré de ponerme inmediatamente en contacto con Linda o Perry Mason».

—¿Y no procedería realmente así? —inquirió Drake—. Es posible que le apretara las tuercas a Marshall. Todo eso es un rompecabezas.

—¿Qué me dices sobre Brent?

—¡Oh! La historia de siempre: lo de las finas paredes de nuevo. Brent, evidentemente, habíase enterado de que Lorraine iba a contraer matrimonio. A partir del día de su boda, el esposo se ocuparía, sin duda, de sus asuntos y para él apenas habría nada. Este asunto, pues, le afectaba. Parece ser que la cuenta de Elmore no era nada despreciable y representaba una excelente fuente de ingresos para Brent, de manera que el hombre se dedicó a escuchar detrás de las puertas.

»Por lo visto, oyó a Lorraine cuando te refería la historia de sus experiencias y Marshall intenta aportar su testimonio.

—Se trata de una comunicación confidencial hecha a un abogado, ¿no? —preguntó Della Street.

—Depende —replicó Mason—. Goza de ciertos privilegios por lo que a mí y a mi cliente se refiere. Ahora, la cosa varía cuando escucha una tercera persona. Es una cuestión de tipo técnico. Habremos de entablar una discusión sobre el punto de vista legal. Si adquiere importancia solicitaremos un aplazamiento de veinticuatro horas para poder efectuar una consulta y ver qué decisión definitiva se adopta.

—¿Es un asunto esencial? —preguntó Drake.

—Lo haremos esencial si viene el caso.

Drake dijo:

—Voy a telefonear. Tengo que ocuparme de lo de ese caballo.

Drake estuvo ausente unos quince minutos. Al regresar guiñó un ojo alegremente a Perry Mason.

—¿Hay noticias?

—Las hay.

—Vamos, habla.

—Ese caballo no ganó… Perdió la carrera.

La faz de Mason se iluminó con una sonrisa.

—Usted parece saber algo —dijo Della Street.

Mason replicó:

—Sí, sé mucho. Estoy empezando a concebir una idea clara de todo ya.

El abogado guardó silencio durante unos minutos.

Paul Drake fue a decir algo, pero Della Street se llevó un dedo a los labios, invitándole expresivamente a callarse.

De pronto, Mason echó su silla hacia atrás, más sonriente que nunca.

—Volvamos a la sala de justicia. Que Marshall proceda a coger su pequeña piedra en el lecho del río.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Drake.

—Estaba pensando en el episodio de David y Goliath —repuso Mason—. Ha llegado el momento de que Marshall coloque la piedra en su honda, de que comience a hacer girar ésta rápidamente una y otra vez en torno a su cabeza. A fuerza de darle vueltas y más vueltas es posible que él mismo acabe mareado.

Capítulo 16

A las dos en punto, el juez Manly tornó a ocupar su sillón.

—Se abre de nuevo la sesión. Reanudamos la vista de la causa del Estado de California *versus* Lorraine Elmore. El señor Latty se encontraba en el estrado de los testigos. Adelante, señor Latty.

George Latty subió al estrado y el juez Manly hizo una seña a Perry Mason.

Éste preguntó:

—¿Cuánto dinero ha gastado usted realmente desde el día cuatro de este mes, señor Latty?

—No lo sé.

—¿No puede decírnoslo de una manera aproximada?

—No.

—¿Más de un millar de dólares?

—No creo.

—¿No lo sabe?

—No.

—Muy bien. Haré la pregunta de otra forma —dijo Mason—. ¿Cuánto dinero ha ingresado usted desde el día cuatro de este mes?

—Pues… El señor Marshall me entregó alguno para gastos.

—¿Cuánto?

—Creo que alrededor de trescientos dólares en total.

—Y muchos de sus gastos fueron cargados en la cuenta del hotel, en Mexicali, ¿no?

—Sí.

—Veamos… No le pregunto por las cosas que quedaron cargadas en la cuenta del establecimiento con la idea de que el condado procediera a su pago después. Le pregunto por el dinero recibido por usted en efectivo. Esto sí que tiene que saberlo.

—Pues… Yo tenía trescientos dólares que me entregó el señor Marshall y… Bueno, eso es todo aproximadamente, creo.

—¿Llevaba usted dinero encima en el momento de cruzar la frontera por Tijuana? Me refiero a lo que podía quedarle de los veinte dólares que yo le di. Pienso también en los veinte dólares de Linda Calhoun.

—No. Estaba sin un centavo, por entonces. Había tenido que pagar el automóvil que alquilara. Eso, y los inevitables gastos corrientes, me obligó a pedir algún dinero prestado.

—¡Oh! Pidió usted dinero prestado… ¿Y quién se lo prestó?

—El señor Marshall.

—Ya. ¿Hubo alguna otra fuente de ingresos?

—No.

—¿No se olvida de su suerte en el juego?

—¡Ah, sí! Gané dinero en las carreras de caballos.

—¿Cuánto?

—No lo sé. Me guardé el dinero que me dieron. Luego, aposté y perdí… En fin, en uno de mis bolsillos quedaron las ganancias.

—¿Se trasladó al hipódromo para apostar?

—Pues… No recuerdo; no estoy seguro.

Mason insistió:

—Usted tiene que saber si fue al hipódromo o no. Responda: ¿fue usted al hipódromo o hizo sus apuestas a través de un corredor?

—Hice mis apuestas a través de un corredor.

—¿Y no tiene usted idea acerca de la suma de dinero que ganó?

—No. Recuerdo, sí, que fue bastante dinero.

—¿Más de cien dólares?

—¡Oh, sí!

—¿Más de quinientos?

—Es posible.

—¿Más de un millar de dólares?

—No. No creo que llegara a eso.

—¿Usted no cree que la suma llegara a eso?

—No.

—¿Fueron más de dos mil dólares?

—No. Me consta que no gané más de dos mil dólares.

—¿Y qué hizo con ese dinero?

—Gasté buena parte de él.

—¿Pero no lo gastó todo?

El testigo vaciló.

—Dispongo todavía de algunos fondos.

—¿Se propone trasladarse a Boston tan pronto haya terminado de declarar aquí?

—Sí. Tan pronto pueda hacerlo me propongo tomar un avión que me lleve a Boston.

—¿Tiene ya su pasaje?

—Sí.

—Veamos… ¿Cómo adquirió su pasaje al salir?

—Con dinero, en efectivo.

—¿De dónde sacó aquél?

—Linda me lo giró.

—¿Sacó un pasaje de ida y vuelta?

—Señoría —dijo Marshall—: he aquí la desventaja de insistir una y otra vez sobre cosas que nada o muy poco tienen que ver, en ocasiones, con el caso que nos ocupa. El interrogatorio se hace interminable y, ¿qué se gana con ello?

—¿Está usted formulando alguna objeción? —inquirió el juez Manly.

—Sí, señoría.

—Se desestima su protesta.

—¿Quiere usted contestar a mi pregunta, por favor? —dijo Mason—. ¿Sacó un billete de ida y vuelta?

—No.

—¿Y dispone ahora de un pasaje para un avión que se dirige hacia el Este? ¿O se trata de una reserva?

—Tengo… tengo un pasaje normal.

—¿A qué hora sale el avión?

—A las once y media de esta noche.

—¿De Los Ángeles?

—De San Diego.

—¿Y ese pasaje fue pagado?

—Sí.

—¿Quién lo pagó?

—Arregló la cosa el señor Marshall.

—En otras palabras: lo pagó él, ¿no?

—Sí.

—De manera que no sólo empezó el fiscal del distrito

prestándole dinero cuando se convenció de que podría persuadirle para que declarara favorablemente, sino que además ha intentado mantenerle aislado, a fin de que no trascendiera lo que iba a decir, proponiéndose por último sacarle de la zona de jurisdicción de este tribunal con la mayor rapidez posible, ¿eh?

—Protesto, señoría —dijo Marshall—. La insinuación de la defensa apunta una falsedad.

—Bien —contestó el juez Manly—. Creo que debe ser tomada en cuenta su objeción. En fin de cuentas, este tribunal formulará oportunamente sus conclusiones. Me parece que *todavía* no figura nada en las declaraciones del testigo que justifique esa acusación.

»Este tribunal, sin embargo, juzga muy interesante todo lo que concierne a la situación económica del testigo. Por tanto, estuvo obteniendo dinero de una parte u otra.

—Sacó dinero de las apuestas en las carreras de caballos —manifestó Marshall, indignado—. El testigo ha confesado eso con toda franqueza.

—Parece ser que fue afortunado en unos momentos muy oportunos —remachó el juez Manly.

—Es una cosa que puede suceder —repuso Marshall.

—Indudablemente, ha sucedido.

Mason formuló una pregunta más:

—¿Debió usted sus mayores ganancias al caballo llamado *Easter Bonnet*?

—Sí —dijo Latty.

—¿No recuerda usted lo que ganó con él?

—Fue una suma de dinero más bien grande.

—¿Y está seguro de que la ganó con ese caballo?

Mason escrutó el rostro del testigo durante unos segundos. De pronto, dijo:

—George: ¿por qué no se decide a decir la verdad? Ese caballo no le proporcionó ninguna ganancia. *Easter Bonnet* figuró entre los perdedores.

—¡Entre los perdedores! —exclamó Latty.

—Sí. Díganos ahora la verdad. ¿De dónde sacó su dinero?

—Yo… yo…

Mason interrumpió a Latty.

—Usted pudo oír perfectamente la conversación sostenida por

aquellas dos personas en la unidad contigua del Palm Court Motel, ¿verdad?

—Sí.

—El tema de la conversación era el destino que iba a ser dado al dinero que poseían los que dialogaban. La señora Elmore se negaba a llevar encima aquél. Tenía treinta y cinco mil dólares y Dewitt quince mil, todo en efectivo. ¿Dónde esconderlo? Ésa fue una parte de la conversación que usted sorprendió.

—Yo… yo no la oí toda.

—Usted se enteró así de que se disponían a ocultarlo debajo de los cojines del sillón de la cabina. Usted, joven, intentó seguirlos, los perdió de vista y regresó… Hizo sus pruebas en la puerta que conducía a la cabina número catorce, ocupada por Montrose Dewitt. Descubrió que podía abrirla manipulando en el cerrojo, por su parte, entró en la unidad, miró en el sillón y vio allí unos cincuenta mil dólares en efectivo. Usted no había dispuesto jamás de dinero; usted había dependido siempre de sus amigos en tal aspecto; usted se había colocado en la embarazosa y humillante situación que supone aceptar el dinero ofrecido por Linda… Usted no supo resistirse a la tentación y entonces se apoderó de aquellos billetes.

—Señoría: esto es absurdo —declaró Marshall—. No existe base alguna para formular tal cargo. Eso no es una pregunta: es una acusación. Protesto por no llevar a cabo la defensa el interrogatorio en la forma debida.

—Se desestima la protesta —repuso muy serio el juez Manly—. Y ahora, joven, deseo que conteste a lo que se le acaba de decir y que conteste sinceramente. Recuerde que ha prestado juramento.

—Yo no hice nada de eso —respondió Latty, indignado.

—De acuerdo —dijo Mason—. ¿Dónde está su equipaje? Usted ha embalado todos sus efectos personales para salir de aquí y trasladarse a San Diego nada más terminar de declarar. ¿Dónde está su equipaje?

—En la oficina del fiscal del distrito.

—¿Se opondría a que trajéramos aquí su equipaje con el propósito de examinarlo?

—¡Claro que me opondría! ¿Por qué han de ser inspeccionadas mis cosas?

—¿Hay algo allí que usted intente ocultar?

—No.

—Muy bien —dijo Mason, acercándose más al testigo, que tenía el rostro encendido—. Voy a examinar ese equipaje. Pediré una orden de registro, si es preciso. Recuerde que ha prestado juramento. Acuérdese de que su equipaje va a ser inspeccionado. ¿Hay entre sus cosas dinero o no lo hay?

—Claro que hay dinero… Ya le dije antes que gané alguno.

—¿Habrá tanto como veinte mil dólares en su equipaje?

—Yo… yo no sé cuánto gané.

—¿Usted no sabe si ganó tanto como veinte mil dólares?

—No.

—¿Habrá treinta mil dólares allí?

—Ya le he dicho que no lo sé.

—Perfectamente. Voy a darle otra oportunidad para que sea sincero. Recuerde en todo momento que ha prestado juramento. ¿Entró en la cabina ocupada por Dewitt en el motel? Antes de que usted conteste a esta pregunta, tenga presente que la policía ha declarado en el sentido de que han sido encontradas huellas dactilares en la habitación, pero que resultan escasamente definidas, por lo cual…

—Bien. Entré allí —dijo Latty—. Todo fue como usted indicó. Cuando comprendí que los había perdido de vista, regresé. Empecé a manipular en la puerta que comunicaba con los dos alojamientos, descubriendo que podía llegar a abrirla. Vi que por el otro lado no se había corrido el cerrojo… Penetré en la cabina y eché un vistazo en torno.

—Y descubrió el dinero —apuntó Mason.

El testigo vaciló largamente.

Marshall se puso en pie para formular una objeción y el juez Manly movió una mano, indicándole que se sentara.

Latty, repentinamente, abatió la cabeza.

—Sí. Descubrí dónde estaba el dinero.

—Ya me lo figuraba —comentó Mason—. ¿Mató usted a Montrose Dewitt?

Latty miró al abogado. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Le juro a usted, señor Mason, se lo juro solemnemente… Yo no sé nada acerca de eso. Yo no lo maté. Todo lo que sentí fue una fuerte tentación, una tentación irresistible, por lo que al dinero

respecta. Proyectaba quedarme con él y conquistar las simpatías de Lorraine Elmore devolviéndoselo en el momento oportuno. Pensaba que Montrose Dewitt era un criminal en potencia. No sabía entonces si me decidiría a devolver la parte del dinero a él correspondiente. Pero lo cierto es que yo no lo maté.

Mason regresó a la mesa de la defensa, sentándose.

—No hay más preguntas.

Marshall contempló primeramente el rostro lloroso del testigo y después la severa faz del juez. Susurró unas palabras al oído de su ayudante. Finalmente, declaró:

—Señoría: este testimonio, naturalmente, me ha producido una gran sorpresa… Voy… voy a solicitar un aplazamiento.

—El aplazamiento no podrá serle concedido, a menos que la defensa acceda —contestó el juez—. Le preguntaré ahora qué decisión piensa adoptar con este testigo.

—Re… rechazarlo.

—No hablo de eso. He aquí un hombre que ha incurrido en un delito de perjurio y que acaba de admitir que cometió un robo de gran importancia. ¿Qué camino va a seguir en la presente situación?

—Ad… advierto la existencia de una tentación, pero supongo que tendré que retenerle.

—Es lo que yo pienso también.

El juez se volvió hacia Mason.

—¿Cuál es la posición de la defensa con respecto al aplazamiento?

Mason contestó:

—No tengo el menor deseo de aprovecharme de la ventaja que significa la sorpresa del señor fiscal. Acepto el aplazamiento. He de declarar, sin embargo, que el señor Latty no se ha mantenido escondido por lo que toca a nosotros. Tuvimos investigadores que no le perdieron de vista un instante, que sabían dónde estaba en todo momento, que se hallaban informados de que se dedicaba a gastar mucho dinero.

»Sabiendo que no disponía de efectivo a su entrada en Méjico, era lógico que yo sintiera un gran interés por conocer la fuente de sus ingresos. En un principio, llegué a una conclusión lógica: el dinero tenía que haberle sido facilitado por la persona que quería que se mantuviera oculto. Lamento haber acusado al señor fiscal de

soborno.

—Es el señor fiscal quien ha de lamentar todo lo sucedido —apuntó gravemente el juez Manly.

Marshall, considerablemente abatido, repuso:

—Siento de veras que se haya planteado esta situación. ¿Puedo solicitar un aplazamiento hasta mañana a las diez?

—La defensa accede —manifestó Mason—, pero ahora sugiero yo, señoría, que mi defendida recupere la libertad de movimiento hasta que se reanude la sesión mañana.

—A eso me opongo —dijo Marshall.

—Entonces me opondré yo también al aplazamiento.

—¿Podría solicitar el mismo por quince minutos a fin de discutir la cuestión con mi ayudante? —inquirió Marshall.

—Ésa parece ser una petición razonable —repuso el juez Manly—. Habrá un aplazamiento de quince minutos de duración. En cuanto al testigo Latty, habrá de quedar bajo custodia. Este tribunal no se da por satisfecho con la explicación que ha elaborado de su conducta. Si entró en la habitación, si cogió el dinero, pudo muy bien haber utilizado el arma asesina. ¿Por qué no?

—¿Cómo se encontró entonces aquélla en el coche de la acusada? —preguntó Marshall.

—Estaba en el coche de la acusada porque alguien la pondría allí —replicó el juez—. Este testigo hizo una segunda salida, que tuvo lugar después de haberse apropiado del dinero. ¿Cómo podemos saber a dónde fue? Solamente poseemos su declaración.

—¡Yo no lo maté! ¡Se lo he dicho: no lo maté! —gritó Latty.

—Nos ha dicho usted muchas cosas ya, joven —contestó el magistrado— insisto en que debe quedar bajo custodia, por perjurio y robo. Se inicia ahora el aplazamiento.

Cuando el juez Manly hubo abandonado su sillón, Lorraine Elmore se aferró al brazo de Mason. Éste sintió que los dedos de la tía de Linda se hundían en su carne.

—¡Oh, señor Mason! —exclamó—. ¡Oh, señor Mason!

Linda Calhoun dio unos apresurados pasos hacia delante. Su objetivo era George Latty. Pero Latty pareció haberla visto y enfiló la puerta por donde salían siempre los detenidos que visitaban la sala de justicia. Uno de los ayudantes del sheriff se le aproximó, diciéndole:

—Un momento, señor Latty. Está usted bajo custodia.

Linda giró en dirección al grupo de la defensa.

—¡Oh, Duncan! —dijo—. ¡Qué terrible, qué espantosa desilusión siento!…

—Desilusión… ¿con qué motivo?

—Estoy pensando en ese hombre —contestó la muchacha—. Hice toda clase de sacrificios para que siguiera en la escuela de leyes… Por otro lado, sabía qué concepto le merecía a tía Lorraine… No obstante…

Linda parpadeó para evitar que las lágrimas que asomaban a sus ojos resbalaran por sus mejillas.

Lorraine Elmore la abrazó.

—No llores, querida no llores. Todo se arreglará. Todo volverá a marchar bien, como antes.

Los reporteros se agrupaban en torno a ellos, en busca de temas para sus informaciones, solicitando datos, detalles. Los centelleos de las lámparas de mercurio eran constantes.

Medió Mason:

—Lo lamento, caballeros. Sólo disponemos de quince minutos y hemos de confeccionar, hemos de preparar nuestros próximos movimientos estratégicos. Con su permiso… Vamos a trasladarnos a un rincón de la sala.

Mason hizo una seña a los suyos. Todos se instalaron en otro sitio que quedaba detrás de la mesa del juez.

—Bueno… ¿Qué va a pasar ahora? —preguntó Drake.

Mason contestó:

—Dewitt debía de tener un cómplice.

—¿Un cómplice? ¿Qué quieres decir?

—Está claro como la luz del día. Él quería desaparecer. Tenía dos personalidades, dos identidades separadas. Una como Montrose Dewitt, otra como Weston Hale.

»Weston Hale trabajaba en una compañía de finanzas, donde disponía de excelentes oportunidades para manejar elevadas sumas de dinero. Me imagino que adoptó la identidad de Dewitt con el propósito de conseguir que Hale se adueñara de una fuerte cantidad, desvaneciéndose posteriormente sin dejar rastro. Pero ocurrió algo que alteró sus planes iniciales y Hale se quedó con ese otro «yo», el de Dewitt…

—Descubrió que valiéndose de tal identidad podía aprovecharse de algunas mujeres, sacándoles dinero.

»Pero luego algo debió de pasar con la personalidad de Dewitt y Hale decidió eliminar a éste. Proyectó hacer la cosa de manera que a él le resultase tan provechosa como limpia.

»En consecuencia quiso dar la impresión de que había sido asesinado. Sin embargo, pretendía hacer algo más que esfumarse. Quería llevarse consigo los treinta y cinco mil dólares de Lorraine Elmore.

»Salió, por tanto, en compañía de ella hacia un sitio determinado previamente, en el que su cómplice detuvo el coche.

—Pero ¿cómo explica usted los terribles golpes que encajó? —inquirió Lorraine Elmore, llorosa—. Yo lo vi todo, lo oí todo…

—Eso fue parte del juego —explicó Mason—. Dewitt fue *aporreado* con un periódico enrollado y pintado de negro, de modo que pareciese un palo o una estaca. Aquello no tenía más fuerza que una paleta matamoscas, pero daba una impresión muy distinta.

—¿Y qué pasó después? —quiso saber Drake.

—Después todo marchó con arreglo al plan concebido previamente… durante cierto tiempo. El cómplice avanzó tras su coche señora Elmore, hasta que las ruedas del vehículo se hundieron en la arena. Más adelante dio la vuelta, regresó, recogió a Dewitt o Hale… Fue entonces cuando intentaron hacerse con el dinero y desaparecer. Algo raro ocurrió, sin embargo…

—¿Qué pudo ser? —preguntó Drake.

—Es posible que el cómplice decidiera que habiendo sido asesinado oficialmente Hale (o Dewitt), el crimen sería denunciado a la policía… En estas condiciones, ¿por qué no hacer de Dewitt otro cadáver? Así, el cómplice podría desaparecer llevándose cincuenta mil dólares.

—Pero ese dinero lo tiene Latty, ¿no?

—Ésa fue una auténtica chiripa. No habían contado con el joven —dijo Mason.

—¿Quién era entonces el cómplice? —inquirió Drake.

—Alguien con quien Dewitt se hallaba muy ligado, alguien con quien había llevado algún negocio…

—¿Está usted pensando en Belle Freeman? —preguntó Linda, incrédula.

Una puerta se abrió. El juez Manly penetró en la sala. Todos se apresuraron a ocupar en aquélla sus sitios respectivos.

El juez se dirigió a Marshall.

—¿Ha decidido ya el ministerio fiscal la petición del aplazamiento a cambio de lo indicado por la defensa?

—Con la venia de la sala: este ministerio fiscal no puede acceder a eso —repuso Marshall—. Sí. Pese al interés con que consideramos tal aplazamiento.

—Este tribunal se hace cargo de la posición de la defensa —dijo el juez Manly—. El hecho de que el ministerio fiscal se haya visto sorprendido por un giro muy particular del caso, deseando en consecuencia tiempo para acomodarse a la nueva situación, no es motivo suficiente para que la acusada continúe bajo custodia durante veinticuatro horas más. Si no está dispuesto a ponerse de acuerdo con la defensa en este aspecto, prosiga usted con sus actuaciones.

Intervino Mason.

—Es probable, señoría, que si pudiera formular dos o tres preguntas a cierto testigo dejaríamos aclarada la cuestión, hasta el punto de hacer innecesario entonces el aplazamiento.

—¿A qué testigo se refiere?

—A uno que puede decirnos sobre Montrose Dewitt alguna cosa que nosotros hasta ahora hayamos pasado por alto. Me refiero a Ronley Andover.

El juez Manly miró al fiscal.

—Nada tengo que objetar, ciertamente —manifestó Marshall.

El juez hizo un gesto de asentimiento dirigido a Andover.

—Suba usted al estrado de los testigos, señor Andover. Ya ha prestado juramento antes.

Andover obedeció. Sus modales revelaban alguna perplejidad, no poca sorpresa.

Mason se le acercó, mirándole fijamente a los ojos.

—Señor Andover: ¿dónde se encontraba usted en la noche del día tres?

—En Los Ángeles. Usted ya lo sabe. Me encontraba en la cama, con la gripe.

—¿Abandonó usted Los Ángeles a alguna hora de la noche?

—Desde luego que no.

—Entonces, ¿cómo explica que sus huellas dactilares hayan sido localizadas entre otras en el Palm Court Motel de Calexico?

Andover, nervioso, se irguió.

—No es posible. No puede ser.

Mason se volvió hacia el sheriff.

—Sheriff: quisiera que tomase usted las huellas digitales al testigo.

El sheriff miró a Marshall.

—Protesto —dijo el fiscal—. Entendemos que la defensa con esa petición innecesaria se propone intimidar al testigo.

—En condiciones normales aceptaría su propuesta —contestó el juez Manly—. Ahora bien, en el presente caso, señor fiscal, se han dado demasiadas cosas sorprendentes… Hay que hacer una excepción. Ordeno que sean tomadas las huellas dactilares al testigo.

—¡Un momento! —gritó Andover—. ¡Ustedes no tienen derecho a proceder así! Se me ha citado aquí como testigo. No estoy detenido. No soy sospechoso de haber hecho nada…

—¿Se opone a que tomemos sus huellas digitales? —preguntó Mason.

—No tengo por qué…

—¿Se opone? —insistió el abogado.

—¡Sí! —gritó Andover.

—Muy bien. ¿Con qué motivo?

Andover parecía en aquellos instantes un animal atrapado. Repentinamente, se levantó, bajando del estrado de los testigos.

—No pienso seguir ahí… Me niego a ser objeto de un abuso. Conozco perfectamente mis derechos.

—¡Un instante! —medió el juez Manly—. Sheriff: que este hombre quede bajo custodia si intenta abandonar la sala. Parece ser que este detalle de las huellas dactilares, en fin de cuentas, es de la máxima importancia.

Andover se desasió violentamente del sheriff. Dando la vuelta, echó a correr en dirección a la salida de la sala.

El sheriff gritó:

—¡Está usted detenido! ¡Deténgase si no quiere que dispare!

Andover dio al sheriff con la puerta en las narices.

Aquél la abrió rápidamente, desenvainando su revólver al mismo

tiempo.

El griterío en la sala se tornó ensordecedor. Todos los presentes pugnaban por salir de ella, para ver qué sucedía en los pasillos.

Las miradas de Mason y del juez Manly se encontraron.

—Ahora —dijo el último—, este tribunal proseguirá las actuaciones por su propia cuenta, ordenando en virtud de ello la libertad de Lorraine Elmore, a menos que el ministerio fiscal desee el sobreseimiento del caso.

Marshall vaciló un momento. Luego abrió los brazos, en un gesto de renuncia, de total rendición.

—Perfectamente.

Sin mirar a Perry Mason una vez siquiera, sin pronunciar una palabra más, a él dirigida, o a Lorraine Elmore, Marshall salvó con unas cuantas zancadas la distancia que le separaba de la puerta de salida de la sala de justicia.

Capítulo 17

Mason, Della Street, Linda Calhoun, Lorraine Elmore y Paul Drake se reunieron con Duncan Crowder en el despacho de este último.

—Bueno —dijo Duncan—. El David local ha errado el tiro con su honda, evidentemente, por lo cual Goliath Mason puede seguir entre nosotros.

—Merced a la excelente colaboración de un abogado de esta ciudad —contestó Mason.

Crowder hizo una leve reverencia.

Drake dijo:

—Veamos si yo acabo de comprender esto del todo, Perry. Andover había de ser el cómplice. Se trasladó al sitio elegido previamente para aquella especie de atraco, donde hallaría a Dewitt con Lorraine Elmore. Arma en mano, ordenó a Dewitt que se apeara del coche, le obligó a retirarse un poco y comenzó a golpearle con un periódico enrollado y pintado de negro para que pareciese una estaca. Seguidamente volvió sobre sus pasos, forzando a Lorraine a seguir avanzando hasta que llegara a un lugar en el que las ruedas del automóvil se hundirían en la arena. Habiéndose reunido luego con Dewitt, los dos regresaron al motel. Se proponían permanecer en el establecimiento el tiempo suficiente para coger el dinero y marcharse.

—Tal fue su propósito primero —contestó Mason—. Ahora bien, mientras registraba el coche, Andover descubrió en la guantera el frasco de las cápsulas. Esto le dio una idea. Apresuradamente, introdujo aquéllas en una botella que contenía whisky. Luego, esperó a que se disolvieran en el licor. A continuación, en la oscuridad, obsequió a Dewitt con un trago. En el momento de llegar al motel, su acompañante se hallaba tan aturdido que apenas se daba cuenta de nada.

»Es muy probable que se quedara dormido nada más llegar a la cabina. Después, para asegurarse de que ya no sobrevendrían complicaciones a causa de Dewitt, sabedor de que tenía una salida perfecta, Andover se desembarazó de Dewitt utilizando el punzón del hielo. Seguidamente, regresó al sitio en que se quedara el coche atascado. Sin embargo, no utilizó el mismo camino que Lorraine. Fue a la carretera de Holtville y se dirigió hacia el sur, hasta alcanzar la zona arenosa que a él le interesaba. Colocó el punzón en el automóvil de la señora Elmore; también situó una cápsula en el asiento delantero. En aquel momento, Lorraine se encaminaba a la carretera principal.

»Hecho el trabajo, Andover volvió a Los Ángeles. Una vez aquí utilizó un extracto de cebolla o algún producto al cual fue alérgico para ponerse los ojos y la nariz en condiciones, acostándose con la pretensión de que la gripe le retenía en el lecho.

»Pero, invariablemente, al criminal «amateur» siempre se le escapa algún detalle importante. Dejó sus huellas dactilares en el motel. Comprendió que había incurrido en un error que podía tener desastrosas consecuencias. Aquello era algo que jamás lograría explicar.

—Pero, ¿por qué lo revolvió todo en la cabina de Lorraine Elmore? —preguntó Drake—. ¡Oh! Un momento… Ya lo entiendo. Primero pensó que el dinero estaría en el sillón de la unidad de Dewitt. Luego, al comprobar que no se encontraba allí, revisó atropelladamente el alojamiento de Lorraine…

Mason asintió.

—Él tenía una llave —dijo—. Acuérdate de que Lorraine se lo quitó todo, incluso el bolso. Incidentalmente, aportaba una insinuación para él conveniente con el hallazgo del bolso en la cabina del motel.

»En el momento de planearse el «atraco», Dewitt no podía saber que Lorraine insistiría en que dejasen el dinero en el motel. Naturalmente, pensó que desearía llevárselo. Al sugerir el paseo de medianoche para hablar de sus cosas (todo ello parte del plan elaborado con Andover), Lorraine insistió en esconder el dinero en el motel.

»En aquellos momentos daba igual, ya que Dewitt y Andover podían coger el dinero en el establecimiento con idéntica facilidad

que si lo hubiera llevado encima la tía de Linda.

Medió en la conversación ahora Della Street.

—Lo que a mí me extraña, jefe, es cómo llegó usted a figurarse lo que había… ¿Cómo supo que el cómplice era Andover?

—Pues fue todo muy sencillo —replicó Mason—. Se trata de un punto que yo pasé por alto. Habrá de transcurrir mucho tiempo para que me decida a perdonarme el desliz.

—A ver, a ver, expliqúese…

—Tan pronto comprendí qué era lo que había ocurrido, es decir, lo que posiblemente había ocurrido, supe que Dewitt tenía que haber actuado en todo de acuerdo con un cómplice.

»En consecuencia, comencé a pensar, elaborando diversas hipótesis para llegar a él. ¿Quién podía ser cómplice? Repentinamente lo vi claro. Tenía que ser Andover.

—¿Por qué?

—Porque Andover fue el que hizo entrega a Dewitt de los quince mil dólares que Dewitt mismo utilizaba como cebo para lograr que Lorraine se llevase consigo sus treinta y cinco mil. Se plantó en la acera y entregó el sobre que contenía el dinero a su amigo, en el sitio designado por éste para su encuentro. Lorraine conducía el vehículo.

—Siga, siga —dijo Della Street—. Todavía no lo veo.

—Recuerde usted que, según lo declarado por él, Andover conocía a Dewitt sólo como Weston Hale. Él ignoraba que Weston Hale llevaba un ojo artificial. Sin embargo, en el momento en que Andover hizo entrega del dinero, Hale iba caracterizado como Dewitt y llevaba el parche negro sobre el ojo.

»Si Andover hubiese estado diciendo la verdad, habría aludido en seguida a aquel detalle confesando que su sorpresa había sido grande al ver a su amigo con aquel aspecto.

Drake chasqueó los dedos.

—¡Diablos! ¡Es cierto!

Della Street volvió a hablar.

—Ahora quisiera que alguien me explicara por qué Howland Brent, de repente se trasladó a Las Vegas y empezó a jugar.

—He ahí, en verdad un detalle desconcertante.

Se produjo un silencio. Finalmente, Lorraine Elmore dijo:

—Eso voy a explicárselo yo. Espero que no trascienda, ya que

me consta que Howland está plenamente arrepentido y ya no hay peligro de que incurra otra vez en la misma falta.

»La cuestión es que Brent tuvo algunas obligaciones muy urgentes de tipo financiero. Esperaba recibir algún dinero en el transcurso de unas semanas y sabedor de que yo estaba fuera de la ciudad y que tenía algunos fondos que podía utilizar, dispuso de ellos. Cuando comprendió que yo estaba a punto de contraer matrimonio, se dio cuenta de que mi esposo no tardaría en exigir una cuenta detallada de mi dinero, con lo que sin lugar a dudas, se descubriría su desfalco.

»El hombre se sintió presa de una gran desesperación. Tomó un avión y vino a verme. Quería confesarme la verdad y solicitar mi perdón, disponiendo lo necesario para que todo apareciera como un préstamo, hasta que pudiera devolver el dinero.

»Al ver que se me acusaba de haber cometido un crimen, comprendió que había salido de Herodes para meterse en Pilatos. No le quedaba más que una alternativa. Tenía que arriesgarlo todo en un desesperado envite.

»Decidió trasladarse a Las Vegas para probar suerte en las mesas de juego. Si ganaba lo que debía se retiraría inmediatamente para no volver a jugar más. De perder, se proponía suicidarse.

»Espero que ninguno de ustedes contará a nadie este episodio. Creo que todos merecían escuchar esta explicación. Tengo la seguridad de que Howland Brent se ha aprendido bien la lección y que nunca volverá a tentar la suerte en los juegos de azar.

—¡Vaya! —exclamó Drake—. Confieso que Brent había llegado a intrigarme.

—Bien —dijo Crowder riendo—. Nuestra aventura ha terminado felizmente. Desde el punto de vista profesional, el caso me ha favorecido mucho. Gracias por haberme permitido estar asociado a usted, Perry.

—Soy yo quien le ha de dar las gracias, por muchos conceptos —repuso el abogado.

—Desde luego, Perry —convino Drake—, has atraído la atención de todos sobre la figura de nuestro amigo Duncan.

Mason se volvió hacia Paul.

—Duncan me dijo que había una joven en la sala a quien deseaba impresionar favorablemente…

Della Street, disimuladamente, tocó con el codo a su jefe.

Linda Calhoun, súbitamente, se puso muy encarnada.

—Pues es verdad… Duncan, ciertamente, *me* produjo una gran impresión —declaró Della Street, echándose a reír.

Sonó el timbre del teléfono. Crowder se volvió hacia el aparato, disponiendo así de un pretexto natural para recobrar su compostura.

Cuando hubo terminado la conversación telefónica, el joven abogado miró a Mason.

—Se trata de la prensa, Perry. Los reporteros quieren hacernos fotografías en grupo, aquí, en este despacho. Creo que se puede acceder a ello, ¿no?

Mason hizo un gesto cordialmente afirmativo.

—Yo estoy de acuerdo con todo lo que usted desee, Duncan.

Mason había acentuado especialmente la palabra *todo*.



ERLE STANLEY GARDNER (17 de julio de 1889, Malden, Massachusetts - 11 de marzo de 1970). Fue un abogado y escritor estadounidense. Autor de novelas policíacas, que publicó bajo su propio nombre, y también usando los pseudónimos A. A. Fair, Kyle Corning, Charles M. Green, Carleton Kendrake, Charles J. Kenny, Les Tillray, y Robert Parr.

Sus novelas destacan por su acción y sus ingeniosas revelaciones legales transformando la vida de la abogacía en una apasionante profesión. Así nacieron más de cien relatos policíacos con la diferencia innovadora con relación a las historias de la época, de que sus protagonistas eran atrevidos e inteligentes abogados y no solamente policías y ladrones. La característica que hizo a Gardner notorio en el medio, es que, a pesar de pertenecer al género policíaco, el héroe de sus novelas no era un policía ni un detective, sino un abogado o un fiscal.

Sin duda alguna su personaje más conocido fue Perry Mason, el cual apareció en más de ochenta novelas e historias cortas. Perry Mason no solo demostraba la inocencia de su cliente, sino que acababa desenmascarando al verdadero culpable. Mason siempre ganó los casos en los que intervino, excepto uno (El caso de la mecanógrafa aterrorizada).

Además de las novelas de Perry Mason, Gardner escribió bajo el pseudónimo A. A. Fair, varias novelas con los detectives Bertha Cool y Donald Lam; además de escribir una serie de novelas sobre el fiscal Doug Selby, y su enemigo Alphonse Baker Carr. En esta última serie, era evidente el contrapunto a la serie de Perry Mason, pues los papeles del investigador infalible y su eterno rival eran invertidos entre el fiscal y el abogado de las novelas.